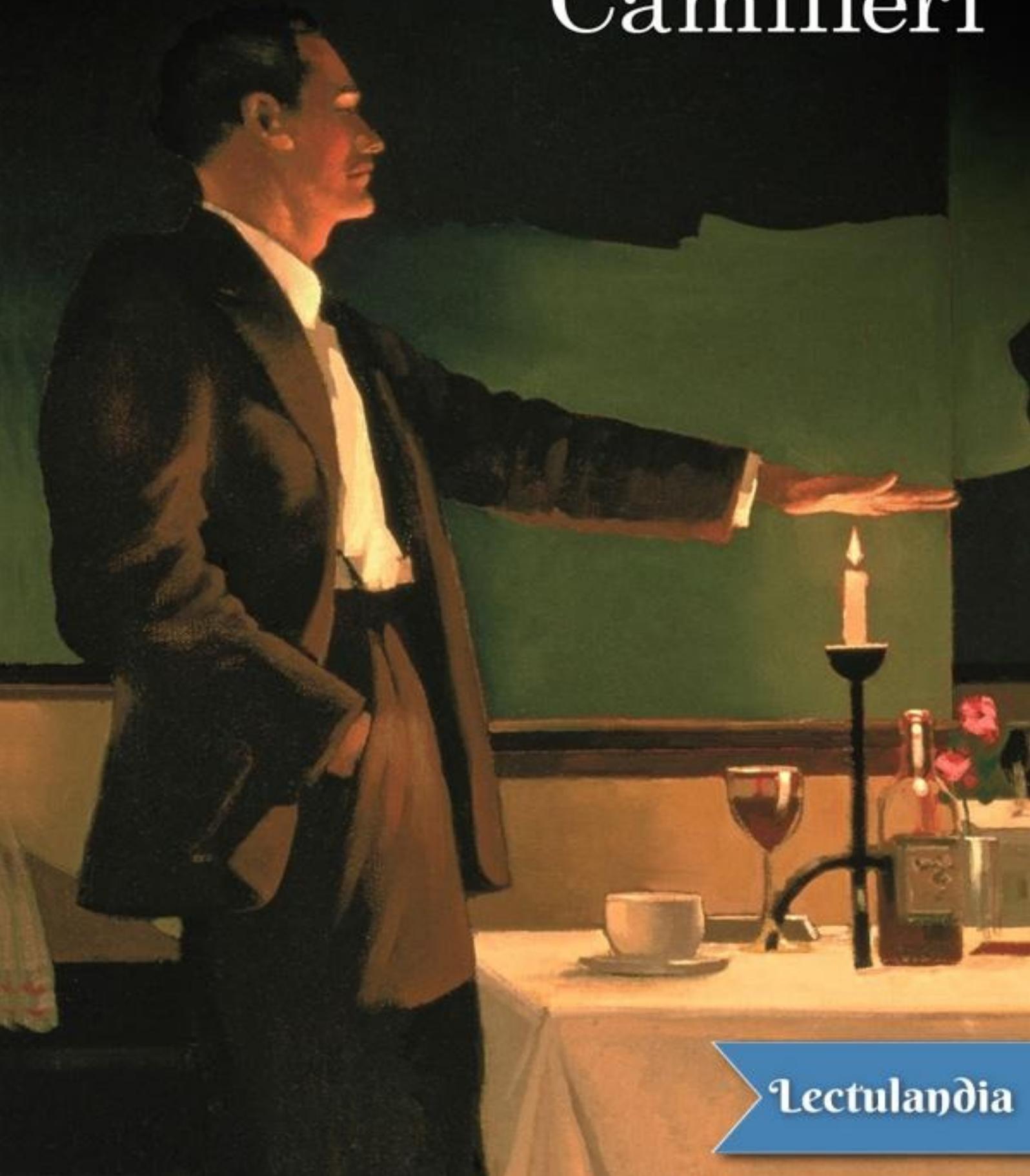


# El caso Santamaria Andrea Camilleri



Lectulandia

¿Quién se esconde tras las grandes corporaciones? ¿Quién mueve realmente los hilos de las grandes operaciones bursátiles? ¿Quién controla a los que controlan la economía?

Mauro Assante es el encargado de supervisar la transparencia de los bancos italianos. Casado y con un niño pequeño, pasa el verano solo en la ciudad porque debe elaborar un complicado informe sobre un banco. Sin embargo, durante esos días de trabajo, su rutina se ve turbada: recibe extrañas llamadas, un motorista le persigue, una atractiva chica se equivoca de piso y acaba en su casa, la misma chica con la que volverá a encontrarse dos días después..., ¿o quizá no es ninguna casualidad?

Mauro se verá envuelto en una turbia trama de intereses que le obligarán a replantearse totalmente su vida.

**Lectulandia**

Andrea Camilleri

# **El caso Santamaria**

ePub r1.0

Titivillus 09.03.16

Título original: *La relazione*  
Andrea Camilleri, 2015  
Traducción: Juan Carlos Gentile Vitale

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

Mauro tiene los ojos fatigados. Aparta la mirada de la pantalla, faltan pocos minutos para las siete y media, desde las tres de la tarde trabaja ininterrumpidamente en el ordenador, escribiendo, borrando, reescribiendo y modificando, sopesando cada palabra, cada adjetivo. Para que no lo molesten, ha alzado una barrera de silencio, desconectando el teléfono fijo y apagando el móvil. Incluso ha echado un poco las cortinas y ahora enciende la lámpara de mesa, con la intención de continuar otra media horita. Relee la última frase que ha escrito. No funciona, demasiado retorcida y larga, sería mejor dividirla en dos.

El repiqueteo del timbre ha sido tan breve que Mauro duda si habrán llamado o no. Levanta un momento la cabeza de la pantalla a la espera de que vuelvan a llamar, lo que, sin embargo, no sucede. Ha empezado a releer cuando el sonido se repite. Breve, como el primero, como si la persona que llama temiera lo que está haciendo. Esta vez Mauro se alza, sale del despacho, recorre el pasillo, enciende la luz del recibidor y abre la puerta. Está seguro de que será la anciana baronesa, que habrá bajado del piso de arriba para renovar su invitación a cenar. En cambio, la mujer que ha llamado y que le sonrío es una treintañera alta, rubia, elegante y, sobre todo, muy muy hermosa.

—Aquí estoy —dice—. Puntual como un reloj.

Mauro se ha quedado sin palabras, confundido y sorprendido, no conoce de nada a aquella muchacha. Nunca la ha visto, está seguro. Una mujer así, aunque te la hayas cruzado una sola vez, es imposible de olvidar. Y tampoco puede ser una de las pocas amigas de su mujer, porque las conoce a todas.

—¿No me deja entrar? —pregunta la rubia adelantándose medio paso y acentuando la sonrisa.

Mauro ahora siente su perfume. Ligero pero insinuante.

—Creo que se equivoca —dice, brusco, sin poder apartar los ojos de los de ella, dos serenos lagos azules.

La sonrisa de la mujer se apaga de inmediato, sustituida por una expresión perpleja. Hay una nota de alarma en su voz.

—¿No ha sido usted quien ha telefoneado a la agencia?

—No he telefoneado a ninguna agencia.

Ahora los ojos de la muchacha se entornan recelosos.

—¿Por casualidad no ha cambiado de idea y...?

¿Sobre qué debería haber cambiado de idea?

—No sé de qué está hablando —dice irritado.

—Entonces me he equivocado, perdone —espetea la mujer.

Le da la espalda y, con decisión, recorre el rellano y comienza a bajar la escalera.

Sólo cuando ha desaparecido, Mauro cierra la puerta. No ha podido menos que quedarse mirándola, fascinado, mientras se alejaba.

Diez minutos después de haber vuelto a su trabajo, se da cuenta de que aquella tarde le será difícil continuar, el hilo del complejo razonamiento que estaba entretejiendo se ha roto irremediabilmente por la imprevista intrusión de aquella desconocida. Ha llegado la hora de volver al mundo real. Apaga los dos ordenadores, conecta el teléfono fijo y enciende el móvil.

*Entonces me he equivocado, perdone.*

Un momento. ¿Qué significa que se ha equivocado? O mejor: ¿en qué se ha equivocado?

Él, Mauro Assante, vive desde hace siete años con su mujer, Mutti, y su hijo Stefano en el primer piso de un superviviente palacete modernista del romano barrio de Prati. En la planta baja habita Germani, coronel de los carabinieri, con su mujer y su hija de dieciocho años; en el segundo y último piso, el octogenario barón Ardigò, con su mujer, Margherita. El palacete no tiene portero, le corresponde al coronel abrir el portal a las siete de la mañana y cerrarlo a las ocho de la tarde. Fuera, junto al portal, está el telefonillo con los apellidos de los inquilinos. Hipótesis improbable que a aquella mujer la hubieran llamado Germani o Ardigò. Por tanto, la desconocida no se habrá confundido con los apellidos o con los pisos, sino con el número de casa, aunque sólo con que le hubiesen descrito el palacete, habría sido imposible que se equivocara.

Le asalta una repentina e irresistible necesidad de fumar. Lo dejó cinco años atrás, ¿por qué, entonces, este deseo irracional? Sabe que tiene, en el segundo cajón del escritorio, un paquete de cigarrillos que nunca llegó a abrir. Lo coge, lo pone delante de sí, lo observa. EL TABACO MATA. Sonríe. La frase amenazante podría cambiarse con facilidad. EL TABACO MATA EL ABURRIMIENTO. Arranca el envoltorio de celofán, abre el paquete, extrae un cigarrillo y se lo pone entre los labios; no puede encenderlo porque no tiene mechero ni cerillas al alcance de la mano. Recuerda haber visto una caja de fósforos en algún sitio, pero no tiene ganas de levantarse. ¡Si lo viera Mutti! Sí, Mutti. Quizá la explicación de su malestar consiste en que por primera vez, en siete años de matrimonio, se ve obligado a vivir separado de ella durante un largo período. El pediatra de Stefano dijo que al niño le iría muy bien el aire de montaña, y Mutti no se lo pensó dos veces. El 1 de junio se fue con Stefano al pueblecito de Trentino donde nació y donde viven sus padres con el propósito de quedarse allí al menos tres meses. Mauro pasará con ellos las vacaciones de agosto.

Eso es, han transcurrido dos semanas y Mauro aún no se ha acostumbrado a su condición, aunque sea provisional, de soltero. Si fuera un hombre menos metódico y menos ordenado, el cambio de los ritmos de su vida habría sido más soportable. El trabajo, claro, lo distrae mucho, sea en la oficina, sea en casa, pero las horas vespertinas representan un auténtico problema. Las amigas de Mutti han competido por invitarlo a cenar, pero él no se ha sentido con ánimos para ir solo. Porque, y

únicamente ahora se da cuenta, en aquellas cenas, en aquellos encuentros, ha sido siempre Mutti quien le ha ofrecido un pretexto para implicarlo en la conversación, de otro modo no habría abierto la boca. No por timidez, sino por su innata incapacidad de abrirse por completo a los demás. Mutti, en cambio, desde la primera vez que intercambió unas pocas palabras con él, supo milagrosamente encontrar la llave exacta para liberarlo de su blindaje. Si, con cuarenta años cumplidos, no hubiera encontrado a Mutti, seguro que nunca se habría casado, nunca habría tenido la alegría de un hijo.

Se quita el cigarrillo de los labios, lo vuelve a poner dentro del paquete y lo entierra de nuevo en el cajón.

El sonido del timbre lo sobresalta. Imagina por un instante que volverá a ser la desconocida. Una alteración mínima del latido del corazón. Va a abrir. La baronesa Margherita Ardigò lo mira, imperiosa.

—Si dentro de trece minutos no sube a cenar con nosotros, no volveré a dirigirle la palabra.

Ha sido Mutti quien lo ha encomendado a la baronesa, quien se ha tomado en serio la misión que le ha sido asignada. No puede rechazar por tercera vez la invitación, sonaría como una ofensa injustificada.

Además de Mauro hay otro huésped, Giorgio, el adorado sobrino de la baronesa. De él Mauro sólo sabe que es un treintañero soltero que ama la buena vida, los coches deportivos carísimos y que se viste con trasnochada elegancia. Dónde trabaja, qué hace, un misterio. Mutti sostiene que Giorgio debe de ser una especie de gigoló o algo por el estilo, y que va a ver a menudo a la tía porque esta lo idolatra y es feliz de mirarlo con su dinero. Menos mal que aquella tarde está Giorgio para animar la reunión, porque de otro modo Mauro habría tenido que pasar la cena soportando los tediosos monólogos de la baronesa, dado que el barón, su marido, al ser totalmente sordo y estar bastante ausente, prefiere permanecer en silencio. Giorgio está hablando de un reciente viaje de negocios a Berlín, negocios que no llega a precisar, cuando la baronesa lo interrumpe:

—¿Has ido solo?

Siempre según Mutti, parece que la tía, a cambio de las sustanciosas regalías, pretende de Giorgio el relato minucioso y detallado de sus aventuras amorosas.

—Solísimo.

—No te creo.

—Debes creerme, fui solo porque estaba seguro de que allí encontraría compañía.

—¿Y la has encontrado?

—Desde luego. La primera tarde me presentaron a una muchacha que fue mi acompañante durante toda la estancia.

—¿Era una empleada suya?

—¡No, tía! Son muchachas que tienen precisamente este oficio. Además de tener buen aspecto, son bastante cultas. La mía hablaba italiano, inglés y francés.

—¿Acompañan también al dormitorio?

—Sólo si tienen ganas, no están obligadas, ese tipo de servicios no entran en el contrato.

—Déjeme entender —intervino Mauro—. ¿Usted ha firmado un contrato con la muchacha?

Giorgio ríe.

—Yo no, pero los que me la han procurado creo que sí. Si no se ha tratado de un verdadero contrato, han suscrito algo similar.

—¿Con la muchacha?

—Con ella no, sino con la agencia de la que depende.

—¿También en Italia existen estas agencias?

—Desde luego.

*¿No ha sido usted quien ha telefoneado a la agencia?*

La sobremesa no se prolonga demasiado porque la baronesa suele irse temprano a la cama, así que a las nueve y media despacha a los huéspedes. Giorgio huye a toda prisa, bajando los peldaños de dos en dos, con el móvil pegado al oído. Mauro acaba de entrar en casa cuando suena el teléfono. Es Mutti.

—¿Has ido a cenar con Margherita?

—Sí.

—Bravo. ¿Te has aburrido mucho?

—Menos de lo que temía. Por suerte estaba también Giorgio. ¿Cómo está Stefi?

—Muy bien. Tiene mucho apetito. Ha estado toda la tarde jugando con el abuelo y hace poco se ha dormido. ¿Y tú?

—No he vuelto a la oficina por la tarde, me he quedado trabajando aquí. Ah, ¿sabes?, me ha ocurrido algo curioso.

Y le cuenta lo de la desconocida. Mutti ríe.

—¿Qué encuentras tan divertido?

—Me río porque me imagino la cara que habrás puesto.

Una pausa. Y luego:

—Claro que la situación era, cómo decirlo, clásica.

—No entiendo.

—La esposa de vacaciones, la comezón del séptimo año...

Esta vez es Mauro quien ríe.

—¿Me estás diciendo que no debería haber perdido la ocasión? La próxima vez...

—No puede haber una próxima vez.

—¿Por qué?

—Porque ha sido una casualidad. No se repetirá, es imposible.

—Lástima.

Hablan unos minutos más, luego se dan las buenas noches.

A Mauro no le apetece irse a dormir tan temprano. Y tampoco tiene ganas de pasar la velada, como las anteriores, con un ojo en el televisor y el otro en los periódicos que hay encima de la mesa. Podría, para variar un poco, coger una novela de la librería de Mutti, que está aprovisionadísima, pero las novelas lo aburren. ¿Qué hacer? Va al salón, abre la ventana, se asoma. La tarde romana es cálida y acogedora, ya estival. Desde luego, una caminata le ayudaría a conciliar el sueño. ¿Por qué no? Diez minutos después cruza el portal de la casa, encaminándose hacia el paseo a lo largo del Tíber. Hay mucho tráfico, incluso en las inmediaciones del puente se ha producido un atasco y se ve obligado a hacer un fatigoso eslalon entre los coches. Está sudando. ¿Y si se quitara la americana? Nunca ha salido de casa en mangas de camisa, siempre le ha parecido una vulgaridad. Pero aquella tarde se la quita y se la pone bajo el brazo. Aún más, se afloja el nudo de la corbata y desabrocha el primer botón de la camisa. Luego, delante de él, aparece la plaza del Popolo, animada por gente que pasea, discute o canta. Se dirige hacia uno de los dos cafés enfrentados. Las mesas de la terraza están todas ocupadas. En el café de delante, en cambio, encuentra una libre. Se sienta.

Pide una menta con hielo, asombrado de haberlo hecho. Desde los tiempos de su juventud que no la probaba, ni siquiera sabe por qué la ha pedido. Su mesa está justo al borde de la acera; en el otro lado de la calle están los taxis aparcados.

Se distrae mirando de reojo a una pareja joven sentada a su lado. Está claro que discuten ferozmente en voz baja. Se esfuerza por oír lo que dicen, pero hay demasiado ruido a su alrededor. El camarero le trae la bebida. Comienza a sorberla, hace una mueca, demasiado dulce.

—¡A tomar por culo, capullo!

Quien ha gritado es la muchacha, que, puesta de pie, ahora se está alejando a toda velocidad. El muchacho se hurga en los bolsillos, deja un billete sobre la bandeja y se lanza en su persecución.

La mirada distraída de Mauro cae sobre la fila de taxis. Una pareja, a la que él ve de espaldas, quiere entrar en el primero. El hombre, un cincuentón alto y robusto, abre la puerta a la mujer, que lleva un traje de noche largo, y al entrar en el coche se muestra, durante un momento, de perfil. Mauro se queda clavado en la silla. ¡Es la desconocida! El hombre cierra la puerta. Mauro continúa distinguiendo perfectamente el perfil de la mujer porque la ventanilla está bajada. Lentamente, y con una especie de inexplicable desilusión, se da cuenta de que no se trata de la desconocida, sino de una mujer que se le parece mucho. Ahora también el hombre ha

entrado en el taxi, el vehículo arranca.

En este momento, Mauro desea encontrarse lo más lejos posible de aquel lugar. Paga, se levanta, pero con estupor descubre que las piernas le flaquean, no podrá volver a pie. Así que pide un taxi.

En casa, entre los protectores muros domésticos, su inexplicable nerviosismo se aplaca. No quiere reflexionar sobre el efecto que ha tenido sobre él ver a aquella mujer que se parecía a la desconocida, sólo desea dormir.

## 2

Tan sólo en los días lluviosos, Mauro usa el coche para llegar a su oficina de Via Nazionale; si no, coge el transporte público. Apenas sale del portal, tiene la costumbre de dirigirse hacia la acera opuesta porque a dos pasos se encuentra el quiosco donde compra siempre los mismos dos periódicos. Aquella mañana, mientras está cruzando la calle, se ve obligado a detenerse de golpe para que no lo embista un vehículo que llega desde la izquierda a mucha velocidad. Pero el coche roza un ciclomotor conducido por un tipo bigotudo y de pelo rizado que viaja en sentido inverso. A pesar de que le hace perder el equilibrio y el motorista cae al suelo, el coche prosigue su carrera. Mauro corre a ayudar al hombre, que entretanto se está levantando.

—¿Se ha hecho daño?

—No me he hecho un carajo —dice nerviosamente el hombre, que vuelve a subirse al ciclomotor y se va a toda prisa.

«Con la crisis que arrecia —piensa Mauro—, todos tienen los nervios a flor de piel. Ese hombre ha reaccionado como si lo hubiera hecho caer yo».

Poco después, mientras se dirige a la parada del autobús, se detiene un momento delante del escaparate de una zapatería, necesita un par de zapatos de verano. Mientras observa, reflejado en el cristal ve pasar lentamente al hombre bigotudo y de pelo rizado a bordo de su ciclomotor. Está mirando hacia él. ¡Está como una cabra! ¿Será que aún la tiene tomada con él?

Un golpeteo discreto, luego la puerta de la oficina se abre y una voz pregunta:

—¿Puedo...?

Mauro la reconoce, es la voz de Biraghi, el inspector superior. Está un poco sorprendido, es raro que Biraghi abandone su sillón y visite las oficinas de los demás. Mauro se levanta y se dirige a su encuentro. Se estrechan la mano. Biraghi cierra cuidadosamente la puerta a sus espaldas. Se sientan en un silloncito de esquina.

—¿La familia bien?

—Todo bien, gracias.

—¿Ha comenzado a redactar el informe?

—Empecé hace tres días.

—¿No habrá retrasos?

—¿Por qué debería haberlos?

—Puede ocurrir.

—No ocurrirá.

—Mejor así. No quisiera haberle dado la impresión, la última vez que nos vimos, de estar impaciente por conocer... En resumen, no tenga prisa, si precisa otra comprobación, hágala, tómese todo el tiempo que necesite.

—Gracias.

Mauro cree que la visita ha terminado, está a punto de levantarse, pero Biraghi permanece sentado.

—Ayer me invitaron a la casa de unos amigos —dice después de una brevísima pausa—. Estaba también De Simone.

—¿El subsecretario?

—Sí. Lo acompañaba el senador Fondi, de su mismo partido.

Tras un breve suspiro, prosigue:

—No quiero pensar mal, pero tengo la desagradable impresión de haber caído en una especie de trampa.

—No entiendo.

—Tengo la sensación de que mi invitación a la velada la habían solicitado De Simone y Fondi.

—¿Con qué objetivo?

—Darme un mensaje, aunque fuera con muchos rodeos y de manera indirecta.

—Disculpe, pero...

—Los dos estaban bien compenetrados, se devolvían la pelota en un diluvio de palabras, del cual constantemente emergía un concepto básico: que todos aquellos que tienen la misión de hacer respetar las leyes también tienen el deber de no olvidar las repercusiones políticas y sociales de su actuación.

—Que traducido significa: estad atentos a cómo os movéis con la Banca Santamaria, ¿no? —pregunta Mauro, irónico.

—Creo que querían decir precisamente eso. Bueno, usted, querido Assante, prosiga con total libertad. Sólo quería informarlo de la situación.

Se levanta, vuelven a estrecharse la mano, Mauro le abre la puerta.

¡Qué hijo de puta este Biraghi! Así, con ligereza, como quien no quiere la cosa, le ha dejado caer la advertencia que, a su vez, ha recibido. Que la inspección de la Banca Santamaria iba a ser una lata lo había entendido en el momento mismo en que Biraghi le había confiado el encargo.

Todos sabían que el administrador delegado Foschini era una criatura del honorable De Simone, un empresario multimillonario sin escrúpulos consagrado a la política, y que todo el consejo de administración había sido elegido por el senador Fondi. Estos hombres habían transformado la Banca en una caja del partido, como lamentaban decenas de cartas denunciando los hechos y algunos artículos de periódico. Inspeccionarla significaba meterse en la boca del lobo.

Ha adquirido la costumbre de ir a comer a un pequeño restaurante a poca distancia de la oficina, se lo ha recomendado su colega Marasco, que, al ser soltero, es un cliente

habitual. Cuando entra, lo ve en su mesa de siempre. Se acerca y se sienta.

Marasco, con una sonrisita, ataca de inmediato:

—Me han dicho que esta mañana Biraghi ha venido a visitarte.

—Sí.

Preferiría no hablar de ello, Marasco es un chismoso de pasillo, pero este no suelta la presa.

—¿Qué quería?

Mauro decide contarle solamente una parte de lo que le ha dicho Biraghi.

—Ha venido a decirme que me concede todo el tiempo que quiera para escribir el informe.

—¿Y tú qué le has respondido?

—Se lo he agradecido y le he dicho que se lo entregaría dentro del plazo establecido.

—Habría querido estar allí.

—¿Por qué?

—Para ver la cara que ha puesto.

—¡Pero no ha puesto ninguna cara!

—Porque sabe controlarse. En realidad, Biraghi ha venido a pedirte que alargues el tiempo.

—¿Qué dices?

—Puedes estar seguro. De Simone y Fondi saben que el destino de su Banca muy probablemente está marcado, y necesitan tiempo para hacer una serie de operaciones que puedan limitar los daños. Y Biraghi ha venido a pedirte precisamente eso.

—No sé qué hacer; además, ha sido él quien ha establecido el plazo de entrega.

—Se ve que le han hecho notar que ha cometido un error e intenta cubrirse las espaldas.

Un camarero viene a servir los pedidos. Marasco espera que se haya marchado para volver a hablar.

—En resumen, es divertido —dice.

—¿El qué?

—Que Biraghi, queriéndote quemar, corra el riesgo de quedar al menos gravemente achicharrado.

—¿Me dices de qué va esa historia?

—¿Qué historia?

—La de que Biraghi quiere quemarme.

—Examina los hechos. Esta inspección, siguiendo la rotación normal, no habría debido tocarte a ti, porque acabas de terminar una. En cambio, Biraghi te la ha asignado. Y te la ha encargado sólo a ti como inspector principal único, lo que no es algo habitual. Lo ha dispuesto todo para que sólo tú seas responsable de este asunto tan peliagudo.

—Oye, Marasco, respóndeme con sinceridad: en tu opinión, ¿por qué Biraghi

quiere quemarme?

Marasco lo mira asombrado.

—¿Me lo preguntas en serio?

—En serio.

—Entonces, ¿tú eres el único que no sabe qué se dice de ti?

—No sé nada y te agradeceré que...

—Se dice que relevarán a Biraghi del cargo de jefe de Servicio y que tú ocuparás su puesto.

Por un instante, Mauro se queda boquiabierto. Luego reacciona.

—¡Pero es una tontería! Yo soy demasiado joven para...

—Cierto, no tienes la edad, como dice la canción, pero ¿no lees los periódicos? ¿No ves la televisión? Hoy la consigna es modernizar. O cualquiera de sus sinónimos: renovar, cambiar, etc. Y tú, quieras o no, encajas perfectamente con esta moda.

Apenas tiene tiempo de cerrar a sus espaldas la puerta de casa cuando oye sonar el teléfono.

—¿Familia Assante?

Es la voz agradable de una mujer joven.

—Sí. ¿Quién habla?

—La editorial Lux, filial de Roma. Necesitaríamos preguntarle algo.

—Dígame.

—La señora Assante ha reservado los doce volúmenes de la *Enciclopedia de los muchachos*, que finalmente han llegado. Nos ha dejado la dirección a la que enviarlos, pero quizá hayamos transcrito mal el nombre del pueblo, Fossa di Fassa, que no existe.

—En efecto. El nombre exacto del pueblo es Pozza di Fassa.

—Le agradezco su ayuda. Una última cosa. El niño se llama Stefano y tiene seis años, ¿verdad?

—Sí, pero ¿por qué os interesa saberlo?

—Para adjuntar un regalito personalizado.

El hecho de que no desconecte el teléfono cuando cuelga significa que no tiene la intención de ponerse a trabajar de inmediato. Aún sigue descolocado por las palabras de Marasco. No está en absoluto convencido de que Biraghi le haya confiado deliberadamente una misión suicida. Hace unos días, cosa que Marasco ignora, Biraghi lo entretuvo largo rato ilustrándolo sobre el estrechísimo enredo de aquella Banca con la política y advirtiéndole de las repercusiones que una sanción grave provocaría. No sólo esto, sino que también le explicó que lo mandaba a él solo para mantener un perfil bajo y que ningún periodista se interesase por el asunto. ¿Y entonces? Y, entonces, únicamente había sido una de las tantas chácharas inútiles que cíclicamente proliferan en los demasiado espaciosos pasillos de los edificios romanos

donde reina soberana la burocracia.

Y, luego, la historia de que Biraghi quiere meterlo en líos para quitarlo de en medio no tiene pies ni cabeza. Debería eliminar también a Valentini o De Marzio, inspectores principales, que, mucho más que él, tienen las credenciales en regla para la sucesión.

La melodía del móvil. Es Mutti.

—¿Dónde estás?

—En casa.

—¿Estás trabajando?

—Aún no he comenzado. ¿Todo bien? ¿Stefano?

—Todo bien. Stefano tiene muy buen color. Quería decirte que hace un rato me ha llamado Elena para...

—No, Mutti —la interrumpe de inmediato Mauro—. Pídeme lo que quieras, pero no tengo ningunas ganas de quedar con ella y...

Elena Ranzi va de intelectual, tiene muchas amistades en el mundo del cine y del arte, y también la vocación de descubrir talentos desconocidos, pero él no puede soportarla.

—Déjame terminar. Me ha recordado que le habíamos prometido que esta tarde irías a la inauguración de Romitelli.

Se había olvidado por completo. Incluso han comprado un cuadro de este incomprensible pintor para contentar a Elena.

—De acuerdo —asiente, bufando—. Me doy una vuelta, cinco minutos y me marcho. ¿Dónde es?

—En la galería del Aquilone, de las siete a medianoche. Trata de no ser demasiado huraño.

—Lo intentaré. Ah, oye, para aquella *Enciclopedia de los muchachos* que habías reservado, me han...

—Perdona, no entiendo de qué...

—Mutti, me acaban de telefonar de la editorial para decirme que esa enciclopedia que habías reservado...

—¡Y dale! ¡Yo no he reservado ninguna enciclopedia!

¿Es posible que se haya olvidado?

—¡Pero si hasta conocían el nombre y la edad de nuestro hijo! ¡Y también sabían que estáis en Pozza di Fassa!

—Mauro, no sé qué decirte —espetea Mutti después de una pausa.

—No puede ser que alguna de tus amigas, a escondidas y en tu nombre, haya...

—Imposible. En todo caso, me habrían informado.

—Ahora mismo llamo a la editorial y procuraré aclarar qué ha sucedido.

—¡Déjalo correr, no tiene importancia! Si por casualidad me llega la

enciclopedia, la devuelvo. Adiós. Acuérdate de Romitelli.

Mutti resuelve los problemas a su manera: no planteándoselos. Él, en cambio, quiere esclarecer incluso los más pequeños. Por eso no tiene la intención de pasar por alto lo que ha ocurrido. Le inquieta que las informaciones en poder de la mujer que ha telefoneado sean tan precisas, tan detalladas. ¿Quién se las ha proporcionado? Si no ha sido Mutti, ¿quién ha sido? ¿Y con qué fin? Plantearse más preguntas sobre el cómo y el porqué es una inútil pérdida de tiempo. Sabe desde dónde comenzar las indagaciones: desde su teléfono fijo, que registra el número de la última llamada recibida.

—Bar Aurora —dice una ronca voz de hombre.

Mauro, sorprendido, no consigue pronunciar una palabra.

—¿Y bien...? —pregunta el individuo que está al otro lado del teléfono.

—Perdone, he...

Mauro cuelga.

La muchacha ha dicho con claridad que llamaba de la filial romana de la editorial Lux. Marca lentamente los números de la última llamada recibida.

—Bar Aurora —responde la misma voz de antes.

### 3

Cuelga, perplejo. No consigue encontrar una explicación. Su cerebro funciona a toda velocidad, pero no llega a ningún sitio.

¿Es posible que se haya producido un error en el registro automático del número? En teoría, tal cosa no debería ocurrir, aunque no se puede excluir con seguridad. Sólo queda intentarlo.

Marca el número de la guía de teléfonos y pregunta por la editorial Lux. La respuesta es casi inmediata.

No aparece ninguna editorial Lux entre los abonados de Roma.

Un momento. La muchacha ha dicho que era de la filial. Sin embargo, esto también podría significar que hablaba en nombre y por cuenta de la filial. Si es así, la muchacha podría haber hecho la llamada desde un bar. Pero ¿por qué el número no aparece en la guía? Bueno, puede haber muchas respuestas. Por ejemplo, que la filial aún no tenga teléfono fijo. O quizá, por más que pueda parecer absurdo, no quieran que el número se haga público. Por tanto, la única posibilidad que le queda es conseguir el número de la sede central de la editorial. Se encuentre donde se encuentre. Pero ¿cómo hacerlo? Enciende el ordenador. Busca en internet y no encuentra nada.

Le viene a la memoria Gaslini, un amigo alto funcionario del Ministerio del Interior. Decide llamarlo, precisándole que necesita conocer ese número por motivos de trabajo. Se avergüenza de molestar a su amigo por una cuestión, en el fondo, tan fútil.

Cinco minutos después, Gaslini le devuelve la llamada.

No existe ninguna editorial Lux en Italia.

Mauro es una persona racional y sabe cómo hacer trabajar su mente para llegar, siempre y en cualquier caso, a una conclusión clarificadora y satisfactoria de hechos que, a primera vista, pueden parecer del todo casuales. Pero después de estar media hora paseando nerviosamente por el despacho mientras intenta dar con una explicación lógica a lo ocurrido, se ve obligado a renunciar. Para no pensar más, decide concentrarse en el trabajo. Antes de sentarse, echa un vistazo por la ventana. A poca distancia del quiosco donde suele comprar los periódicos está aparcado un ciclomotor, y en él está sentado el hombre bigotudo y de pelo rizado al que ha intentado socorrer. Parece esperar a alguien. Mauro se sienta, desconecta el teléfono fijo, apaga el móvil, enciende el otro ordenador sobre el escritorio, introduce las respectivas contraseñas. En el primer ordenador aparece el informe en el que está trabajando, en el segundo están registrados todos los datos recopilados durante la inspección, que debe consultar constantemente. Es sólo en ese momento cuando se percata de que no tiene las gafas, y sin ellas no puede trabajar. Sin duda, se las ha

dejado en la oficina. Por fuerza debe ir a buscarlas. Maldiciendo, vuelve a conectar el fijo, llama un taxi, se pone la americana, cierra la puerta con llave, baja la escalera y sale. El motorista, que sigue allí, le echa una mirada distraída y luego se pone a hablar por el móvil. El taxi llega después de algunos minutos.

Esperaba volver a casa en menos de una hora, pero tropiezan con un tráfico infernal. Hay una manifestación por el derecho a una vivienda digna que ha invadido las vías del centro y ha bloqueado algunas calles, así que el taxista se ve obligado a recorrer un trayecto que alarga, y mucho, la carrera.

Y no sólo eso. En el pasillo de su oficina se encuentra a Carloni, un colega suyo conocido por lo pesado que es y a quien no consigue esquivar.

Con mucha circunspección, Carloni le informa de un rumor que corre con insistencia: que Biraghi, una vez recibido el informe, lo impugnará ante el Directorio y pedirá una segunda inspección que, como es natural, llevarán a cabo otros inspectores. Para contarle esta habladuría, que Mauro juzga absurda, Carloni emplea tres cuartos de hora.

Casi tres horas después, se encuentra de nuevo delante del portal de casa.

Sube la escalera, abre la puerta y se queda paralizado. ¿Cómo es que la puerta se ha abierto de inmediato? Está seguro de que al salir la ha cerrado con cuatro vueltas de llave, como de costumbre, casi mecánicamente. Entra. El apartamento, a primera vista, parece que está en orden. El escritorio sigue tal como lo ha dejado, con los *pendrives* aún introducidos en los ordenadores apagados. Comienza a dudar de haber cerrado la puerta con cuatro vueltas: probablemente, a causa del nerviosismo, sólo ha creído hacerlo. Ahora está demasiado alterado para ponerse a trabajar. El informe exige absoluta lucidez. ¿Qué hacer? Para empezar, ante todo, recuperar un poco la calma. Va a la cocina, se prepara una manzanilla, se la bebe hirviendo. Luego va al baño, se lava la cara con agua fría durante un buen rato. Suena el teléfono. Responde. Es la baronesa.

—¡Al fin ha vuelto!

—¿Por qué, baronesa? ¿Me ha buscado antes?

—Sí, querido, dos veces.

¿Con qué quiere darle la tabarra ahora?

—¿Puedo ayudarla en algo?

—¡No, pero esta vez la ha hecho gorda!

—¿¡Yo!?

—Sí, precisamente usted, querido mío.

—¿Qué he hecho?

—¡Ja, ja! —ríe socarronamente la baronesa.

Quiere tenerlo en ascuas.

—¿Entonces? —pregunta Mauro, impaciente.

—Hace poco más de dos horas, al bajar a la farmacia, he visto que la puerta de su apartamento estaba abierta de par en par.

Mauro reacciona con brusquedad, ¿qué coño se está inventando esa vieja loca?

—¡Venga, es imposible!

—¿Cree que lo he soñado?

—No, pero...

—Estaba abierta de par en par, le digo. Creí que estaba a punto de salir y lo esperé en el rellano. Luego, como no lo veía, lo llamé, pero no me respondió nadie. Entonces me permití entrar, y usted no estaba. Así que cerré. ¿Sabe?, este barrio ya no es el de antes...

Mauro tiene la garganta tan seca que apenas consigue darle las gracias. Desconecta el teléfono.

Tiene la frente perlada de sudor.

Quizá se haya olvidado de las cuatro vueltas, aunque está segurísimo de haberla cerrado. Y además: ¿con qué fin entrar en un apartamento sin robar o forzar nada?

Por asegurarse, se levanta, da la vuelta a las habitaciones, abre incluso la pequeña caja fuerte del dormitorio, escondida detrás de un espejo. No falta nada.

Frente a dos acontecimientos inexplicables ocurridos en la misma tarde es fácil perder la calma. Es lo que Mauro teme por encima de todo. Y, por consiguiente, haciendo un esfuerzo, se obliga a razonar. Partiendo del presupuesto de que la baronesa ha visto realmente la puerta abierta y descartando la hipótesis de un hurto, no queda más que pensar que ha sido él mismo quien ha olvidado cerrarla. Por lo demás, ¿no estaba saliendo precisamente para remediar un olvido? Una desatención que no es frecuente en él, pero que quizá pueda explicarse por la tensión que le provoca la redacción del informe.

Y en cuanto a la editorial inexistente... Bien, ante todo no podría jurar que la muchacha haya dicho precisamente Lux, la editorial podría llamarse Fuchs y tener la sede central en Alemania, en Suiza, vete a saber... Y Mutti se habrá olvidado de que ha reservado la enciclopedia, no se puede decir que tenga una memoria de elefante.

Sí, habrá sido eso.

Llega a la galería del Aquilone cuando son casi las diez. Ha perdido tiempo aposta en el restaurante con la esperanza de llegar a la inauguración cuando la mayoría de los invitados se hubiera ido. Y, en cambio, aún hay mucha gente.

Elena lo vislumbra de inmediato, se le lanza encima con grititos de alegría, lo abraza, lo besa y lo arrastra hasta donde se encuentra Romitelli, que está rodeado por tres adefesios adoradores.

—¡Mira quién ha venido!

Apenas ha tenido tiempo de apretar la mano de Romitelli cuando Elena ya está tirando de él para enseñarle una tela gigantesca, totalmente blanca, con un minúsculo punto de interrogación rojo en el margen inferior.

—¿No es genial?

No espera la respuesta, deja a Mauro plantado y estupefacto, vuelve con dos copas de champán, lo obliga a brindar.

—Míralo todo con calma. Hasta dentro de un momento —dice Elena, y se dirige hacia un grupo que está entrando.

Mauro se queda un rato contemplando la tela, estrujándose el cerebro en un intento de comprender por qué Romitelli la tituló *Rupestre*. La tela siguiente es toda negra. La única variante: un punto de exclamación verde, minúsculo, en el margen derecho inferior. Mauro piensa que en el fondo el cuadro de Romitelli que tiene en casa es más complejo: sobre un fondo azul descuella, en blanco, la conocida fórmula de Einstein. Quisiera marcharse, ya tiene bastante, pero con el rabillo del ojo ve a Elena cerca de la puerta. Es muy capaz de detenerlo y de montarle una escena. Posa la copa sobre una providencial mesita, ha bebido sólo un sorbo de champán, que le ha parecido pésimo, y prosigue el recorrido.

Una media hora después, cumplido su deber, se vuelve para acercarse a Romitelli, saludarlo y marcharse.

Se gira, sí, pero el corazón le da un vuelco que lo deja paralizado. Porque se ha encontrado cara a cara con la muchacha que el día anterior llamó, por error, a su puerta. También ella lo observa durante un momento, pero su mirada carece de interés; evidentemente no lo ha reconocido. Mauro, mientras tanto, ha recuperado la calma necesaria para moverse y hablar. Se adelanta un paso y saluda.

—Buenas tardes.

—¿Nos conocemos? —es la respuesta distante de la muchacha.

Es guapa y seguro que los hombres se pasan el día intentando ligar con ella, de modo que debe de haberlo tomado por uno de los tantos que lo intentan.

—Sí, usted vino ayer por la tarde a mi casa; por desgracia se había equivocado de dirección.

Ahora la muchacha lo reconoce, su actitud cambia, le sonrío, le tiende la mano.

—Soy Carla.

—Yo, Mauro.

—Lamento haberlo molestado —dice la muchacha—. Pero yo no me había equivocado de dirección.

Mauro espera haber oído mal.

—Me está diciendo que...

—Exactamente. ¿Su apellido no es Passante?

—Assante.

—Assante, sí. No sólo me han dado su apellido, no sólo me han proporcionado la dirección, sino que también me han descrito exactamente el palacete modernista en el que vive.

—Me cree si le digo que no he sido yo...

—Le creo. En efecto...

Pero ella no consigue terminar la frase. Entre ellos dos se interpone Elena, que,

sin ni siquiera excusarse con la muchacha, lo coge del bracete y lo arrastra a sentarse en un diván. A Mauro lo asalta un fuerte impulso homicida, aunque logra contenerse.

—¿Lo has visto todo?

—Sí.

—¿Cuál te gusta más?

Mauro entiende adónde quiere ir a parar Elena.

—Dios, así, a bote pronto...

Elena zanja:

—Hagámoslo a mi manera. Mando el catálogo a Mutti. Así podéis elegir juntos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —balbucea Mauro, resignado.

Se levanta al mismo tiempo que Elena, quien lo abraza y se aleja. A Mauro le basta con echar una ojeada para constatar que Carla ya no está. ¡Esa cretina de Elena! ¡Puede olvidarse de que le compren, y encima caro, un segundo pintarrajo! Va a despedirse de Romitelli, sale.

—¡Señor Assante!

Mira a su alrededor, en aquel momento no hay nadie en las inmediaciones, no consigue descubrir de dónde viene la voz.

Luego, de la ventanilla de uno de los coches aparcados del otro lado de la calle, ve levantarse un brazo.

—¡Señor Assante! ¡Estoy aquí!

Se dirige hacia el vehículo, Carla abre la puerta, él entra.

—¿Usted tiene coche?

—No, he venido en taxi.

—Entonces vayámonos de aquí.

—Sí, es mejor.

Carla arranca, parte.

—Si quiere, lo acompaño a casa.

—No se moleste, gracias. ¿Tiene prisa?

—No. ¿Por qué?

—¿Podría dedicarme diez minutos?

—Con gusto.

—Perdone, pero le agradecería que me explicara... Podemos ir a un café y...

—De acuerdo.

¡Qué bien huele el perfume de la muchacha! Además, tiene una voz encantadora, musical.

Intenta entablar una conversación con ella:

—¿Conoce a Romitelli?

—¿Quién es?

—El pintor que exponía esta tarde...

Carla ríe. Tiene una risa argentina, casi infantil.

—Nunca he oído hablar de él. Y, además, no entiendo nada de pintura. Una amiga me había citado allí, luego me ha telefoneado para decirme que había tenido un contratiempo, y me estaba marchando cuando usted me ha visto.

—Cuando vea a su amiga, dele las gracias.

Carla no entiende.

—¿Por qué?

—Por haberme dado la oportunidad de encontrarla.

—Aquí hay un café abierto —dice Carla—. ¿Le parece bien?

—Me parece muy bien.

Carla se arrima a la acera, bajan. En el interior, ningún cliente, encima de algunas mesas las sillas están puestas patas arriba. Un camarero está limpiando el suelo. Se sientan. El chico deja de limpiar, se acerca, dice con tono perentorio y grosero:

—Dentro de diez minutos cerramos.

—Y nosotros dentro de diez minutos nos marchamos —lo tranquiliza Mauro.

Y luego se vuelve hacia la muchacha:

—¿Qué toma?

—¿Le molesta si tomo sólo un vaso de agua mineral? —pregunta Carla vacilante.

—¿Por qué debería molestarme? Yo, en cambio, quisiera un *whisky* con hielo.

El camarero se marcha.

—Me parece que me estaba diciendo algo cuando mi amiga nos ha interrumpido —empieza Mauro.

—Sí. Le estaba diciendo que no me había equivocado.

—Pero ¿cómo es posible?

—Mire, en mi opinión, se ha tratado de una broma que ha querido hacerle algún amigo suyo.

—No tengo amigos que hagan esas bromas.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. ¿Es tan amable de explicarme cómo y por qué ha llegado a esta conclusión?

—Claro. Después de haber estado en su casa, fui a la agencia. Quería contar cómo había ido y avisar de que estaba disponible. También tenía un poco de curiosidad... Quería saber si me había mentido cuando había afirmado que no había sido usted quien había telefoneado a la agencia. A mí me había parecido asombrado y sincero... Nuestro jefe, Maurizio, me lo explicó todo.

—¿Qué le dijo?

Vuelve el camarero, posa la bandeja sobre la mesa, se marcha. Antes de responder, Carla bebe un sorbo de agua.

—Maurizio me precisó que no había sido el cliente, es decir, usted, quien había venido a la agencia o se había puesto en contacto con nosotros directamente, sino que había mandado a un secretario. Así se presentó. Buscaba una muchacha que hablase inglés para acompañar aquella misma tarde al cliente a una cena de negocios. Vio las fotos y me eligió a mí. Dio los datos, pagó y se marchó.

Por momentos, el *whisky* a Mauro se le atravesaba.

—¿Pagó?

—Sí, el pago es siempre por anticipado.

—¿Cómo pagó? ¿Con un talón? ¿En metálico?

—No sé decírselo.

—¿Dijo su nombre?

—Por fuerza. Debe de haber firmado el formulario.

—Por tanto, ¿usted sabe cómo se llama?

—No lo he preguntado, no me interesaba.

—Pero ¿podría saberlo?

—Desde luego.

—Si usted, una vez que lo sepa, quisiera...

—Lo haré, esté tranquilo. Mañana mismo.

—Es la hora de cerrar —dice el camarero.

Mauro paga, salen, vuelven a subir al coche.

—Apúntese mi número —dice Carla—. Y deme el suyo.

Los registran en los respectivos móviles.

—¿Cuándo puedo llamarla?

—Mañana, después del mediodía. Ah, me olvidaba. Maurizio me ha dicho que su secretario...

—No tengo secretario.

—... no le ha dado una buena impresión. Un tipo tosco, vulgar..., con rizos..., bigotudo...

¡El hombre del ciclomotor!

Se sobresaltó visiblemente, hasta el punto de que Carla le pregunta si lo conoce. Él responde que no, se da cuenta de que su reacción ha sido incontrolada y un poco estúpida, hombres bigotudos, con el pelo rizado y algo vulgares los hay a miles.

—Entonces, ¿me deja que lo acompañe?

—Gracias, sí.

Ha aceptado porque, y la cosa lo pasma, quiere seguir teniéndola a su lado, oler su perfume.

Durante el trayecto, Carla no abre la boca, tiene la mirada fija en la calle, a Mauro le parece que ahora la muchacha ha cambiado de humor, que ha cedido a una ligera melancolía.

Pero, cuando se detiene delante del portal y llega el momento de las despedidas, le vuelve a sonreír.

—Créame, no encuentro las palabras adecuadas para darle las gracias —dice Mauro, estrechándole la mano.

—Hablamos mañana —zanja ella—. Buenas noches.

Y arranca tan rápido que Mauro apenas tiene tiempo de cerrar la puerta.

Mientras sube la escalera, se dice a sí mismo que se irá de inmediato a dormir. Si empieza a reflexionar sobre lo que le ha contado Carla, es muy probable que se le haga de día. Y que, en consecuencia, esté atontado por la falta de sueño. Ya ha perdido bastante tiempo, no tiene la intención de malgastar también la mañana siguiente. Son lujos que no se puede permitir, el plazo de entrega del informe es muy

ajustado.

Pero, puesto que se conoce bien y no se fía de sí mismo, para cubrirse las espaldas de la más que probable noche en blanco tomará un somnífero.

Abre la puerta, se encamina directamente al dormitorio sin ni siquiera encender las luces, le basta la claridad de las farolas de la calle, se desviste. Luego, como de costumbre, va al despacho para preparar las cosas que llevará a la oficina al día siguiente. Los dos *pendrives*, aquí están, la pluma estilográfica que tanto le gusta, aquí está, las malditas gafas que le han hecho perder la tarde... Un momento. ¿Dónde están las gafas? Recuerda haberlas puesto sobre el escritorio, entre los dos ordenadores. Cuando no las lleva puestas, las coloca siempre allí. Las busca detrás de los ordenadores, bajo un fajo de documentos, dentro de los cajones, se inclina para mirar al suelo... Nada. Desaparecidas.

Se deja caer sobre el sillón mientras dentro de él crece un repentino nerviosismo. Pero ¿qué le sucede? ¿Por qué está así? Él no es de abandonarse al histerismo por cualquier irrelevante contratiempo. Sin embargo, no puede hacer nada, tiene los nervios a flor de piel. Comienza a crecer en él una sospecha inquietante, es decir, que alguien ha entrado en su casa usando llaves falsas y... Pero inmediatamente después la descarta, es sencillamente absurdo y ridículo suponer que alguien haya entrado en el apartamento, arriesgándose al arresto y a la trena, sólo para robarle las gafas.

Aunque, por otra parte, está la inexplicable historia de la puerta abierta...

Y, está bien, será una sospecha cretina, pero el hecho es que no encuentra las gafas. Y él no se irá a dormir si no ha resuelto ese pequeño misterio.

Hace calor, se levanta, va a asomarse a la ventana. La calle está desierta, el portal del edificio de enfrente se abre y sale una pareja elegantísima. Ella lleva un traje largo y...

¡El traje! Mauro recuerda de golpe que aquella tarde, para ir a la muestra, se ha cambiado el traje. Corre al dormitorio, abre el armario, coge la americana que llevaba por la tarde. Sus gafas están allí, en el bolsillo. No sabe si reír o enfadarse. Las deja sobre el escritorio y finalmente puede irse a la cama.

Antes de salir de casa, mira por la ventana si el individuo del bigote y los rizos anda por ahí. No lo ve y esto le parece un buen auspicio. ¿Qué hace, se ha vuelto supersticioso? No puede menos que reírse de sí mismo. Es sábado, ya hace calor, por las calles hay poca gente, muchos habrán ido a la playa. Espera que Carla no se haya dejado arrastrar por la tentación y haya ido a recoger las informaciones que le interesan. No, Carla le ha parecido una muchacha seria, mantendrá la promesa.

En la oficina, sobre su mesa, bien a la vista, hay una carta dirigida a él. El sobre no tiene membrete, ni siquiera está indicado el remitente. La dirección está escrita a mano, es una grafía que no conoce. No es usual, para él, recibir correo privado en la oficina, se la pone en el bolsillo prometiéndose leerla solamente después de haber

trabajado como mínimo tres horas. Quiere recuperar el tiempo perdido.

Permanece en el ordenador no sabe cuánto tiempo. Su reloj marca las doce y cuarto. ¡Es la hora de llamar a Carla!

—Buenos días, soy Assante.

—Sí. Lo sé, pero estoy conduciendo... Lo llamo en cuanto encuentre un sitio donde detenerme.

Mauro está un poco desilusionado, esperaba más calidez por parte de la muchacha. No consigue ponerse otra vez a trabajar, mira continuamente el reloj. Pero ¿cuánto dura un minuto? Sesenta segundos son una eternidad.

Un cuarto de hora, media hora, tres cuartos de hora... Se promete esperar todavía una hora. E inmediatamente después se pregunta qué sentido tiene esperar la llamada en la oficina si Carla lo telefonará al móvil. Recorre pasillos desiertos donde sus zapatos retumban, sale a la calle. No tiene apetito y sobre todo no tiene ganas de hablar con nadie. Por eso coge el autobús, que lo devuelve a casa.

Está muy amargado por el comportamiento de Carla, que parece haberlo olvidado.

A las cuatro de la tarde, en su despacho, delante de los dos ordenadores inútilmente encendidos, Mauro llega a la conclusión de que no le será posible trabajar sin haber tenido noticias de Carla. Basta, ha sido incluso demasiado paciente, tomará él la iniciativa. La llama al móvil. Le responde una voz grabada para comunicarle que el teléfono está apagado o fuera de cobertura. ¡Toma ya! Ahora le queda claro que Carla no quiere que la moleste. Pero ¿por qué ya no quiere ayudarlo? La tarde anterior se había mostrado tan gentil y predispuesta...

Necesita moverse. Se levanta, se quita la americana y, al hacerlo, se acuerda de la carta que le llegó a la oficina. La coge, abre el sobre. Dentro hay dos hojas: la primera, impresa, tiene el membrete de la Banca Santamaria, seguido inmediatamente debajo por la inscripción «El administrador delegado». Luego, en el centro de la página: «Carta a los socios». La segunda hoja, en cambio, no tiene ningún membrete, es la fotocopia de algunos apuntes escritos a mano.

Si son, como parece, documentos internos de la Banca, ¿por qué se los han hecho llegar de forma anónima?

Duda si leerlos o tirarlos a la basura, en sus oficinas circulan una gran cantidad de cartas anónimas. Va a romperla, sin embargo, quién sabe por qué, cambia de idea.

La carta que Foschini, el administrador delegado, dirige a los socios es una garantía, tan genérica como grandilocuente, sobre la evolución positiva de la Banca, un anuncio de futuras y rentables iniciativas y, por último, una calurosa invitación a no alarmarse por los rumores que corren como consecuencia de la inspección que recientemente han sufrido.

Nada excepcional. Foschini, como era previsible, ha intentado tranquilizar a los

socios.

Mauro coge la segunda hoja. Con gran estupor, ve que esos apuntes lo conciernen directamente. Es una especie de biografía condensada que no sólo da cuenta de sus estudios, de su familia, de su trabajo y de sus costumbres, sino que también habla de Mutti. No hay ni un dato equivocado, tampoco insinuaciones ni comentarios. Pero el último apunte le produce escalofríos.

La hermana mayor de Assante, Caterina, murió hace siete años en una clínica para enfermos mentales.

La frase está subrayada dos veces. ¡Qué ruines y asquerosos cobardes! Quienquiera que le haya mandado la carta ha querido ponerlo en guardia. Esos son muy capaces de utilizar a su favor la enfermedad de la pobre Caterina, sugiriendo que tampoco él está demasiado bien de la cabeza... Sería un golpe bajo, claro, pero podría tener un efecto desastroso. Es difícil rebatir semejante infamia, la duda de que su cerebro no funciona correctamente podría calar en sus superiores e invalidar su trabajo.

Está tan conmocionado, tan disgustado, que siente la necesidad de beber algo fuerte.

Mientras sorbe el *whisky*, decide que es necesario un movimiento de defensa preventiva.

El lunes por la mañana le hará leer las dos hojas a Biraghi y juntos decidirán qué hacer.

La rabia, el desdén y la amargura le han hecho olvidar a Carla. Aunque tiene muchas ganas de dejarlo correr todo y cogerse una buena mona, la vuelve a llamar. Responde la odiosa voz grabada.

Debe resignarse a la idea de que la llamada de Carla ya no llegará. ¡Confía en una muchacha que hace de acompañante! Su gentileza, evidentemente, no era más que una máscara. Ella es una profesional.

¡Dios, cómo echa de menos a Mutti! Por un instante tiene el impulso de llamarla y contárselo todo. No, es una pésima idea, la alarmaría inútilmente.

Va a lavarse la cara, pero no se siente aliviado. Vuelve al despacho, no sabe qué hacer. Se abandona sobre el sillón, cierra los ojos.

La melodía del móvil lo coge por sorpresa. ¡Es Carla, finalmente!

No puede contenerse.

—¡Ha tardado un poco en encontrar un sitio donde detenerse!

—Disculpe, pero...

—¿Me puede dar esa información? —zanja Mauro con brusquedad.

—No se enfade conmigo, se lo ruego. No podía llamarlo antes, créame.

Mauro se avergüenza de su arrebatado de cólera.

—No estoy enfadado, es sólo que...

—Oiga, las cosas no han ido como esperaba.

Mauro no la entiende.

—¿Qué cosas?

Carla no responde de inmediato. Luego pregunta:

—¿Dónde se encuentra?

—¿Dónde quiere que esté? En mi casa —responde groseramente Mauro, que a duras penas puede controlarse.

—¿Está solo?

—Sí.

La muchacha tarda en hablar, Mauro la presiona:

—¿Por qué?

Otra breve vacilación, luego:

—¿Le molestaría mucho que fuera allí?

—En absoluto. Pero ¿cuándo?

—Estoy en la zona, podría llegar dentro de diez minutos.

—No vaya a ser que luego encuentre tráfico y...

—Diez minutos, se lo juro.

—Está bien, la espero.

¿Debe creerla? Decide que sí. Ordena apresuradamente el despacho, corre al baño a peinarse, se pone de nuevo la americana, se asoma a la ventana. La calle está semidesierta, con el calor muchos habrán ido a pasar el fin de semana fuera de la ciudad. También el motorista del pelo rizado brilla por su ausencia. Llega un coche blanco que aparca justo enfrente del quiosco. Ve salir a Carla. Esta vez ha cumplido su palabra.

Le va a abrir la puerta y la espera en el descansillo. Ella lo vislumbra mientras sube el último tramo y le sonrío. El instinto de Mauro sería el de abrazarla, pero se limita a estrecharle la mano. El apretón dura más de lo normal, como queriendo decir que el incidente de por la tarde ya está olvidado.

—Venga a mi despacho.

Ella va con americana y pantalones, elegantísima. Y lleva aquel perfume que a Mauro tanto le gusta. La hace acomodarse en uno de los dos sillones. Mauro la mira silencioso y sonriente, le parece mentira que esté sentada delante de él.

—¿Le puedo ofrecer algo?

—Nada, gracias.

Él se sienta. Ella ve la foto que Mauro tiene sobre el escritorio.

—¿Su mujer y su hijo?

—Sí. Están pasando unos meses en la montaña.

—Perdone mi curiosidad. ¿Usted a qué se dedica?

—Soy inspector bancario.

—¿Qué significa?

—Que me mandan a inspeccionar los bancos para ver si todo está en regla.

—Entiendo.

Carla respira hondo. Ya no encuentra más argumentos para retrasar la mala noticia.

—Las cosas han ido mal —dice.

Mauro se lo esperaba.

—Cuéntemelo todo.

—Esta mañana he ido a la agencia y le he pedido a Maurizio que me diera todos los datos de la persona que se había hecho pasar por su secretario. Tuvo una reacción inesperada. Me respondió groseramente que no, que no le tocara los cojones con preguntas inoportunas sobre cosas que no me importaban en absoluto.

—Perdone —la interrumpe Mauro—, pero cuando ustedes hablaron por primera vez de este asunto, él tuvo una actitud distinta, al menos eso me pareció entender.

—En efecto. Por eso me quedé muy sorprendida. La otra vez respondió a todas mis preguntas. Me confió incluso, y lo hizo espontáneamente, que su secretario no le había causado una buena impresión...

—¿Usted cómo se lo explica?

Carla guarda silencio unos instantes, pensativa. Mauro pagaría una fortuna para poder leer dentro de ella. Finalmente habla, sin embargo más que hablar susurra casi para sí misma. Aunque no es una respuesta a la pregunta de Mauro.

—También me ha dicho otra cosa.

—¿Es decir...?

Ella es claramente reacia, vacila largo rato, quizá se ha arrepentido de lo que ha dicho, luego se decide.

—Me... Me aconsejó que me olvidara de esta historia, por mi propio interés.

—¡La ha amenazado!

Carla quiere precisar:

—No, me ha dado un consejo.

—Será un consejo, pero también es una amenaza.

Carla se encoge de hombros.

Mauro no consigue entender si la muchacha está asustada o no. Por eso aventura una pregunta directa:

—¿Seguirá ese consejo?

La mirada de Carla se encuentra con los ojos esperanzados de Mauro.

—Usted no me conoce.

—¿Lo seguirá o no?

—No —dice decidida.

—Se lo agradezco.

—No me lo agradezca. También yo quisiera entender algo. No me gusta verme envuelta en historias poco claras.

Una vez más tuvo que frenar el instinto de abrazarla. Sigue hablando.

—Si de algún modo conseguimos saber por qué Maurizio ha dado marcha atrás...

—Planteo una hipótesis —dice Carla—. Puede haber recibido una llamada que lo ha asustado. O un correo electrónico. Con él basta poco para hacerlo temblar, es un cobarde.

—Pero ¿una llamada de quién?

—Naturalmente de la misma persona que ha organizado esta historia sin pies ni cabeza.

Mauro la observa, pasmado. Carla comprende su mirada y de pronto se acalora.

—Tal cual, sin pies ni cabeza. Considere la cosa desde mi punto de vista. Yo debía venir a su casa para que luego fuéramos a cenar con un colega suyo inglés al que habría debido hacer de acompañante. En cambio, ¿qué sucede? Que yo llego puntualísima y usted ni siquiera me deja entrar, sosteniendo que se trata de un equívoco. Como era lógico esperar de una persona seria como usted. ¿Y entonces? ¿Cuál ha sido el objetivo de esta puesta en escena?

El razonamiento de Carla es impecable.

—También yo me lo pregunto.

—Con toda lógica, habría una respuesta —murmura Carla después de una pausa.

—¿Cuál?

—Que nos encontráramos. Ponernos en contacto, hacer que no seamos dos desconocidos.

—¿Y con eso...?

—Y con eso la pregunta de fondo queda sin resolver. ¿Con qué fin? Usted está felizmente casado y yo...

—Usted...

—Digamos que soy bastante difícil.

Mauro no sabe darse una explicación, pero las palabras de Carla le agradan.

—Por tanto, estamos de nuevo en alta mar —dice.

En alta mar, pero sobre la misma barca, y eso es reconfortante.

—Sí —dice Carla, levantándose.

—¿Ya se marcha? —pregunta Mauro cogido por sorpresa y sin poder esconder la desilusión.

—No, me quito la chaqueta, hace demasiado calor.

Se la quita, Mauro la coge y la apoya en el respaldo de una silla.

—Póngase cómodo usted también.

Mauro no deja que se lo repita dos veces, se estaba ahogando, así que se quita la americana.

Ella calla, con la frente arrugada. Mauro quisiera respetar ese silencio, pero la curiosidad y la impaciencia tienen las de ganar.

—¿En qué piensa?

—En la mejor manera de obtener la información que necesita.

Una repentina sonrisa le ilumina el rostro.

—¿Me pone dos dedos de *whisky* con un poco de hielo? Con el *whisky* razono mejor.

Mauro prepara dos vasos, el que tiene más *whisky* es para él.

Suena la melodía del móvil, que está encima del escritorio. En la pantalla aparece

el nombre de Mutti.

—Es... es mi mujer —dice incómodo.

Pero más que incómodo está irritado. Esa llamada ha llegado en el momento menos oportuno. Carla se levanta y, con el vaso en la mano, va a la ventana.

—Dime, Mutti.

—Nada. Tenía ganas de oírte.

—Dentro de un momento te habría llamado yo —miente.

—¿Qué haces? ¿Trabajas también a esta hora del sábado?

Tiene un instante de vacilación, quisiera responder que sí, sin embargo teme que Carla... Pero por otra parte Carla no ha oído la pregunta y por eso... Mejor decir una media verdad.

—No. Estoy con una... cole... asistente.

Mutti está sorprendida.

—¿Qué es esta novedad? ¿Desde cuándo tienes esta asistente?

—Desde hace tres días. Me ayuda con el informe.

—¿Por qué no me has hablado de ella?

—No me pareció algo tan importante como...

—¿Es guapa?

—Sí.

—Cuidado —ríe Mutti. Y luego—: Te dejo trabajar. Stefano te manda un beso grande. ¿Estás bien?

—Sí, muy bien.

—¿Nos llamamos para las buenas noches?

—Desde luego.

Corta, va a la ventana junto a Carla.

—¿Todo en orden? —pregunta la muchacha.

—Sí, gracias.

Durante un momento están asomados en silencio. Mauro siente un sutil placer al tenerla tan cerca. Sus caderas se rozan y, cuando ella mueve la cabeza para beber, un mechón de su largo cabello acaricia delicadamente el rostro de Mauro.

—Me han entrado ganas de mar —dice inesperadamente la muchacha—. Iría a cenar con gusto a Fiumicino. Conozco un sitio que...

—¿Por qué no va?

—Sola no...

—Puedo acompañarla yo, si no le molesta.

Ha hablado sin ni siquiera darse cuenta. Cuando se percató de lo que acaba de decir no puede creer que haya podido hacerlo. Desde que se casó no ha salido con ninguna mujer que no fuera Mutti. Por un instante, también ella se muestra sorprendida.

—Si lo hace sólo por cortesía no...

—Lo hago por...

—Entonces está bien —lo interrumpe Carla—. ¿Por qué debería molestarme? Al contrario.

Se sonríen.

—Volvamos a pensar en nuestro problema —dice la muchacha dirigiéndose al sillón—. Creo haber encontrado una posibilidad.

—Dígamela de inmediato.

—Le repito: es una posibilidad.

—Ya es mucho.

—Se me ha ocurrido cuando usted estaba al teléfono.

—No me tenga en ascuas.

—En la agencia hay una secretaria que es amiga mía. Una vez le hice un gran favor. Podría ser la persona adecuada. Le pediré que localice el formulario y me haga una fotocopia.

Mauro tiene algunas dudas. Carla se da cuenta.

—¿No está de acuerdo?

—Sí. Pero usted se fía de esta...

—Mire, seguro que no irá a contárselo a Maurizio.

—¿Cómo puede estar tan convencida?

—Porque lo detesta.

—De todos modos, piénselo bien antes de recurrir a ella. Recuerde que Maurizio la ha amenazado.

—En el peor de los casos, me responderá que no.

—¿Irás a pedirselo mañana por la mañana?

—No, mañana es domingo, no quiero dejarme ver por la agencia. Maurizio podría sospechar...

Mira el reloj de pulsera.

—Son las siete y ella sale a las ocho. La llamaré a casa más tarde.

Hace una pausa y luego pregunta:

—¿Me permite una curiosidad?

—Por supuesto.

—Si yo consiguiera saber nombre, apellido y dirección de la persona que se ha hecho pasar por su secretario, ¿usted qué haría?

Mauro ha pensado mucho en ello, la respuesta le surge con facilidad.

—Buscaría la manera de encontrarme con él.

—¿Y qué le preguntaría?

—Quién está detrás de él.

—¿Y si no quisiera responder?

—Responderá, puede estar segura.

—¿Lo amenazaré con denunciarle, le pegaré o...?

Mauro ríe.

—¿Le parezco un hombre violento?

—No. Pero...

—Mire, alguien así sólo actúa por dinero.

—Entiendo —asiente Carla. Y luego—: ¿Vamos con mi coche o con el suyo?

—Como usted prefiera.

—Vamos con el mío. Aunque, si no le importa, antes...

—Dígame.

—Necesito refrescarme un poco. ¿Puedo usar su baño? —pregunta inclinándose para coger el bolso apoyado en el suelo.

La acompaña al baño de huéspedes. Luego él va al contiguo, que comparte con Mutti y se comunica con el dormitorio. Se prepara una camisa limpia, saca del armario un traje planchado. Mientras se está desvistiendo para lavarse oye claramente el rumor de la ducha en el baño de al lado. Aquella intimidad le provoca una turbación imprevista, durante un momento se imagina el cuerpo de Carla desnudo bajo el agua. Quisiera expulsar de inmediato este pensamiento. Pero no lo consigue, la visión resiste hasta que cesa el rumor de la ducha.

Parece que toda Roma ha elegido ese sábado por la tarde para ir hacia la costa. Durante más de una hora han viajado o a espasmos o a paso de tortuga en una continua alternancia de paradas y arranques mientras los ciclomotores hacían eslalon a su alrededor. Carla está concentrada en la conducción, es muy hábil, no pierde nunca la paciencia, sabe cómo manejarse ante los imprevistos. Sólo intercambian unas pocas palabras. Finalmente salen de la población y empiezan a ir más rápido. La muchacha, relajada, canturrea un estribillo en inglés, muy agradable.

—¿Qué es?

—¿No la conoce? Es una vieja canción de los Beatles, *Yellow Submarine*.

Mauro no insiste con otras preguntas. Naturalmente, sabe quiénes son los Beatles o los Rolling Stones, pero su conocimiento en este campo no va más allá de los nombres de algunos grupos musicales. Su desinterés hacia la música de cualquier tiempo siempre ha sido absoluto. En los primeros años de matrimonio, Mutti intentó arrastrarlo a algunos conciertos, luego, ante sus obstinadas negativas, acabó desistiendo.

Entran en el pueblo mientras un avión en fase de aterrizaje vuela muy bajo y haciendo mucho ruido por encima de sus cabezas. Luego Carla toma una calleja que desemboca en el puerto, entra en un pequeño aparcamiento repleto, encuentra un espacio exiguo, consigue meterse en él, se detiene. Bajan con movimientos dignos de contorsionistas. La entrada de la fonda está a pocos pasos.

—Pero ¿es un local cerrado? —pregunta Mauro.

—No, tienen un jardín.

En efecto, las mesas de la primera sala, que está a cubierto y es la más grande de todas, están todas desoladamente libres.

—¿Aún hay sitio fuera? —pregunta Carla a un atareado camarero que está dirigiéndose a la cocina cargado con una pila de platos sucios.

—¿Cuántos sois?

—Dos.

—Queda la última. Daos prisa.

La única mesa libre para dos está situada casi en el centro del abarrotadísimo jardín. Están rodeados por una babel de voces, risas, alaridos, llantos de niños y carcajadas. Imposible hablar, salvo en voz alta. Es Carla quien resuelve la situación. La mesa está dispuesta de modo que los dos comensales están enfrentados, pero ella mueve su silla al lado de la de Mauro y pone delante de sí los cubiertos, el plato y los dos vasos.

—Así podremos hablar sin desgañitarnos. No pensaba que hubiera tanta gente, nunca lo había visto tan lleno.

—¿Cómo lo ha descubierto?

—No lo he descubierto yo. Me trajeron hace un par de años. Y como me gustó...

—... viene a menudo.

—Sólo en verano y sobre todo cuando encuentro alguna amiga que me acompañe. Mauro reúne el valor de hacerle al fin una pregunta que le ronda desde hace rato:

—Perdone mi indiscreción. ¿No tiene novio?

—Tuve uno durante cuatro años y fue suficiente.

La respuesta, decidida e inmediata, no admite más preguntas sobre el tema. Pero Mauro tiene muchas ganas de conocerla mejor, quizá demasiadas.

—¿Puedo preguntarle cuántos años tiene?

—Veintiséis.

De repente, la muchacha se pone a reír.

—¿Quiere saber más de mí?

—No tenía ninguna intención de ser...

—¿Indiscreto? Mire, se lo digo todo. Mi apellido es Giuliani. Nací en Viterbo, donde aún viven mis padres. Papá era empleado del ayuntamiento, ahora está jubilado. Soy intérprete diplomada. En los últimos dos años, las llamadas comenzaron a escasear cada vez más; por suerte una amiga me presentó a Maurizio, que me habló de la agencia y así...

—¿Le gusta?

—¿El trabajo en la agencia? Sí y no. A veces conoces a buenas personas, pero a menudo tropiezas con depravados que tratan de ponerte las manos encima y al final, exhibiendo una cartera repleta, te proponen que te vayas a la cama con ellos. Maurizio me consuela diciéndome que son las incertidumbres del oficio, pero yo me cojo unos enfados...

Llega un camarero que posa sobre la mesa una cesta de pan. Después de mirar la carta y hablarlo un par de minutos, deciden pedir espaguetis con almejas, doradas y vino blanco.

—Quizá sería hora de llamar a su amiga, la secretaria de la agencia —aventura tímidamente Mauro.

—Ah, sí, me había olvidado —afirma Carla echando un vistazo a su reloj.

Coge el móvil, busca un nombre, llama.

—Está apagado —dice inmediatamente después—. Habrá ido al cine, como hace casi todos los sábados por la tarde. Le telefonaré mañana por la mañana y enseguida lo llamaré a usted para informarle de la respuesta que me ha dado. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Nos tuteamos? —propone inesperadamente Carla.

Mauro vacila un segundo antes de responder.

—Con mucho gusto.

Carla lo mira y luego estalla a reír con ganas. Mauro se pregunta qué ha dicho que sea tan cómico.

—Te he incomodado, ¿verdad?

Mejor admitirlo, no se le da bien mentir.

—Bueno, sí.

—¿Por qué?

Sí, ¿por qué? Las razones que se le ocurren las descarta porque le parecen ridículas. No sabe darle una respuesta. Ella apoya por un momento su mano sobre la de Mauro.

—¿Te ofendes si te digo algo?

—No.

—¿Sabes por qué he decidido ayudarte?

—Porque quieres saber la verdad también tú, ¿no?

—No sólo por eso. También porque siempre tienes un aire tan... patoso, eso es, me provocas ternura.

A pesar de que el calor de aquellas palabras y el gesto afectuoso le procuran un sutil placer, Mauro se ofende.

—En mi trabajo no me consideran un patoso. Al contrario —rebate en tono seco.

—Perdóname —dice Carla—, no había... no pensaba que... En todo caso, no me refería a tu trabajo.

Ha bastado poco para romper la atmósfera que se acababa de crear. Entre los dos cae un incómodo silencio. El camarero elige aquel momento para servir los espaguetis. Que son caseros y están muy buenos. En cuanto han terminado de comérselos, Mauro ve que Carla se pone tensa, alarmada, una arruga le surca la frente.

—¿Qué pasa?

—Ha entrado un fotógrafo.

Mauro se vuelve para mirar. Es un hombrecito bastante anciano, calvo, con una vieja máquina fotográfica. De inmediato lo llaman para que fotografíe a un vociferante grupo de comensales.

—¿Lo conoces?

—No.

Carla no aparta los ojos del fotógrafo.

—Creía que ya no existían —murmura Mauro.

—Yo nunca lo había visto aquí —dice Carla—. No me convence en absoluto.

Mauro está asombrado. Se vuelve otra vez para mirar al fotógrafo, que ahora está retratando a los comensales de una mesa más cercana a ellos. Tiene un aire absolutamente inofensivo.

—Pero sólo es un pobre...

—Vámonos —dice Carla, muy nerviosa, levantándose.

—¿Qué te sucede? —pregunta Mauro, cada vez más sorprendido, mientras permanece sentado.

Sin responderle, Carla se inclina, lo coge de un brazo y tira de él, obligándolo a ponerse de pie.

—¡Fuera!

El fotógrafo se ha percatado de que la pareja se está marchando. Se desplaza, rápido, queriendo cerrarles el paso, levanta la máquina, pero no llega a disparar porque un empujón de Carla le hace perder el equilibrio. Todo ha sucedido en pocos segundos, pero son muchos los clientes que se han dado cuenta. Mauro y Carla ahora están en la sala cerrada, delante de la caja. Mientras él paga, Carla vigila la puerta que da al jardincito, pero el fotógrafo no aparece.

—¿Caminamos un poco? —propone la muchacha, apenas están fuera—. Necesito calmarme.

El embarcadero está incluso demasiado animado, en el muelle por momentos hay que abrirse paso entre la gente.

—Volvamos atrás —dice Carla, hosca e inquieta.

Mauro obedece sin chistar.

—A mí se me ha pasado el apetito. ¿Y a ti?

—A mí también —responde Mauro.

—Entonces vámonos.

Llegan al aparcamiento, suben al coche, arrancan.

Mauro no se atreve a preguntarle adónde lo está llevando. De pronto, Carla toma una calle mal asfaltada, con escasas luces, bordeada por un denso cañaveral, en la que casi no hay tráfico. Después de haber recorrido un tramo, Carla se arrima al bordillo, para, se pega al asiento, con los ojos cerrados y la cabeza reclinada hacia atrás. Suspira profundamente.

—Ahora comienzo a sentirme mejor.

Mauro no abre la boca. Ella se vuelve a mirarlo.

—Quizá me haya comportado como una tonta, ¿qué piensas?

—Francamente, no he entendido nada.

—Puede ser que aquel fotógrafo fuera sólo un pobre diablo, como has dicho tú, pero en el momento...

—¿Qué has pensado?

—Que lo habían mandado aposta para fotografiarnos.

Mauro está estupefacto.

—¿Fotografiarnos a nosotros?

—¿Y a quién, si no?

—Pero ¿con qué fin?

—El mismo por el que me han mandado a tu casa.

—Y la foto, ¿qué probaría?

—Que entre nosotros hay un vínculo, una relación...

—¡Pero habría sido una foto inocentísima!

—De acuerdo, pero suficiente, por ejemplo, para destruir tu paz conyugal.

—¡Venga!

—Supón que hoy por la tarde me han fotografiado a escondidas mientras atravesaba el portal de tu casa y que esa foto, junto con la de la fonda, se la envían a

tu mujer con el comentario apropiado...

Mauro se queda petrificado. Carla tiene razón. Pero...

—Pero ¿cómo saben que nosotros, esta tarde, iríamos a esa fonda? La idea se te ha ocurrido mientras...

—Quiere decir que han estado de guardia y nos han seguido.

En un santiamén, Mauro recuerda al hombre bigotudo y de pelo rizado que estaba holgazaneando con su ciclomotor junto al quiosco de enfrente del portal. El mismo que podría haberse hecho pasar por su secretario. Quizá no se haya tratado de una fantasía de Carla. Mira a su alrededor nerviosamente. Por la calle no hay nadie, pero no deben descartar que alguien los esté espiando desde la espesura del cañaveral.

—¿Piensas que pueden habernos seguido hasta aquí?

—No, he estado muy atenta desde que salí del aparcamiento, no me seguía ningún coche.

—¿Qué hacemos?

—Te acompaño a casa.

—Estando así las cosas, no sería prudente. Puede ser que estén esperando nuestro regreso.

—Te dejo en las inmediaciones, el resto del camino lo haces a pie.

—Está bien.

—Ah, una cosa importante: está claro que nosotros dos ya no debemos vernos.

Para Mauro es como recibir una puñalada en el corazón. Por otra parte, se da cuenta de que la muchacha ya ha hecho mucho por él, no puede pedirle más.

Carla intuye su estado de ánimo, le apoya una mano en la rodilla, se la acaricia.

—También yo lamento mucho no verte, pero es mejor así, créeme. Hablaremos por teléfono, comenzando por mañana por la mañana. Ahora vámonos.

Carla detiene el coche unos metros después de cruzar el puente.

—Desde aquí a tu casa son cinco minutos.

Mauro se vuelve hacia ella.

—Gracias por lo que has hecho —dice.

Por toda respuesta, Carla acerca el rostro al suyo, lo besa levemente en una mejilla. Mauro abre de mala gana la puerta, baja, la cierra. El coche arranca de nuevo, él se encamina hacia casa.

No puede menos que reflexionar sobre lo que ha sucedido en la fonda y sobre la extraordinaria presencia de ánimo de Carla, que, con su reacción, se ha transformado en una especie de ángel guardián. Un ángel que, por desgracia, no estará a su lado en los próximos días. Y él, cinco minutos después de haberse separado de ella, ya la echa de menos.

De repente, la sombra de un hombre se le para delante. Cogido por sorpresa, Mauro se sobresalta y baja de la acera.

—¿Qué quiere? —pregunta con voz alterada.

—¿Me da fuego?

—No, no fumo.

Vuelve a caminar con el corazón acelerado. Un ciclomotor que llega a toda velocidad lo obliga a subir de nuevo a la acera. El ciclomotor ha frenado bruscamente un poco más adelante, justo debajo de una farola. El conductor tiene los pies apoyados en el suelo, las manos en el manillar. El motor ronca ligeramente. Es como si lo estuviera esperando.

Con un escalofrío que le serpentea por la espalda, Mauro se detiene.

¿Qué hacer? ¿Seguir caminando o dar la espalda y ahuecar el ala?

En este punto, el hombre levanta los brazos, se quita el casco, se da la vuelta para mirar.

Con los bigotes y el pelo rizado, Mauro lo reconoce al instante. El hombre se pone otra vez el casco, arranca.

Mauro está inmóvil, una estatua de hielo.

Aunque ya no oye el ruido del ciclomotor, no se atreve a moverse. Tiene la impresión de que los edificios que hay delante de él se han transformado en árboles monstruosos de una intrincada floresta donde se esconden acechanzas mortales, celadas sin salvación. La distancia que, desde el punto en que se encuentra, lo separa de su casa le parece tan grande que es prácticamente inaccesible. Luego, poco a poco, consigue ganar un mínimo de autocontrol y alcanzar, entre infinitas cautelas, el portal de casa.

Una vez entre las tranquilizadoras paredes domésticas, la tensión lo abandona de golpe y Mauro se deja caer sobre el sillón del despacho como un saco vacío.

Pero ¿por qué está tan asustado? En el fondo, el hombre del ciclomotor no ha hecho más que quitarse el casco y mirarlo, ni le ha dicho nada ni le ha amenazado. Y, pensándolo bien, ¿qué pruebas concretas tiene para asignarle un papel en esa historia? ¿Sólo porque se cruza con él a menudo? ¡Puede ser que viva en las inmediaciones! Y tampoco el hecho de que el hombre que fue a la agencia haciéndose pasar por su secretario tuviera bigotes y el pelo rizado significa absolutamente nada. Por poner un ejemplo, Toniutti, un inspector colega suyo, tiene bigotes y el pelo rizado. Está haciendo una montaña de un grano de arena.

Se levanta, entra en el baño, se ducha y se va a la cama.

Pero en cuanto se ha acostado se le presenta la imagen del motorista.

Y detrás llegan las preguntas sin respuesta. O con respuestas tan probables como inquietantes.

¿Por qué se ha detenido, se ha quitado el casco y se ha vuelto hacia él? Seguramente quería mandarle un mensaje. Este: adondequiera que vayas, no te perdemos de vista.

¡Por tanto, Carla tenía razón! Los han seguido hasta la fonda y gracias a la prontitud de la muchacha su plan se ha ido a pique.

Ahora está de nuevo agitado. Se levanta, se prepara un buen vaso de *whisky*, va a sentarse en el despacho.

El sonido del móvil lo sobresalta. Es Carla. ¿Ella también habrá tenido un encuentro desagradable?

—¿Qué ha sucedido? —pregunta, ansioso, antes de que la muchacha tenga tiempo de abrir la boca.

—Nada. Sólo quería saber cómo estás.

Rápidamente decide no contarle el episodio del motorista. ¿Por qué inquietarla también a ella?

—Me estaba yendo a la cama. ¿Y tú?

—Yo también. Quiero pedirte perdón.

—¿Por qué?

—Por el follón que monté en la fonda. He sido una estúpida. No pienses más en

ello y duerme tranquilo. Buenas noches.

—Buenas noches.

*Duerme tranquilo.* Es como si Carla hubiera recitado una fórmula mágica. Se echa y, menos de diez minutos después, se hunde en un sueño abismal.

A las ocho de la mañana, después de telefonar a Mutti disculpándose por no haberla llamado la noche anterior, ya está delante del ordenador, completamente descansado, con las ideas claras y un gran deseo de recuperar el tiempo perdido. Trabaja ininterrumpidamente y cuando mira el reloj, porque lo ha molestado la melodía del móvil, se percata, sorprendido, de que son las once. Es Carla.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Sí, ¿y tú?

—Yo también. Tengo que darte una buena noticia. He hablado con Elena.

—¿La secretaria?

—Sí. Ha aceptado.

—¿Te dará la fotocopia del formulario?

—Me lo ha prometido.

—¿Y cuándo?

—Esta tarde irá a la agencia a buscarlo, tiene las llaves.

—¡Pero se puede topar con Maurizio!

—No, sabe con seguridad que está fuera de Roma.

—Entonces sólo nos queda cruzar los dedos.

—Todo irá bien, verás. Te llamo en cuanto Elena dé señales de vida.

Vuelve a trabajar con más ahínco que antes. Las señales de un notable apetito lo obligan a parar hacia la una. Piensa que un buen almuerzo le vendría bien. Hay un restaurante que tiene las mesas justo a orillas del Tíber... ¡Y es un día tan hermoso! Pero para ir es preciso coger el coche. Así sea, en el fondo se trata de un recorrido de unos veinte minutos.

El quiosco de enfrente del portal ya está cerrado, no hay ni rastro del hombre bigotudo con el ciclomotor. El enorme garaje donde tiene el coche está siempre abierto, incluso de noche, incluso los domingos. Entra, intercambia un saludo con el guardia, entrega las llaves al encargado de buscar el coche. El garaje está medio vacío, al encargado no le costará encontrar su vehículo. En cambio, pasan los minutos y no vuelve.

—¿Qué sucede? —pregunta Mauro, impaciente, al guardia.

—Bah.

Finalmente, el encargado reaparece.

—No lo encuentro —dice.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Mauro, perplejo.

—Quiere decir que él no ve un carajo —explica el guardia saliendo de la garita

acristalada.

Y luego, dirigiéndose al encargado:

—Ven conmigo.

Los dos desaparecen para regresar poco después.

—No está —dice, lacónico, el guardia, tendiendo las llaves a Mauro.

Él, mecánicamente, las coge. Pero en cuanto las tiene en la mano se enfurece.

—¡Eh, no! ¡No podéis libraros tan fácilmente de mí! ¡Yo quiero mi coche y lo quiero de inmediato!

—¿Está seguro de que no lo ha retirado usted? —pregunta el encargado.

—¡Por favor!

—Un momento —dice el guardia—. Yo he entrado esta mañana a las siete y estoy seguro de que nadie ha cogido su coche. Quizá Walter, que hace el turno de noche... Deme un minuto, que le telefono.

Entra en la garita y marca un número.

—Walter... Soy Michele. Perdona si te molesto, pero ¿tú sabes algo del coche del doctor Assante? ¿Ah, sí? Espera un segundo, que te lo paso.

Tiende el auricular a Mauro.

—Buenos días, doctor. ¿Qué sucede?

—Sucede que mi coche no está en el garaje, ¡eso sucede! —estalla Mauro, alterado.

Cuando habla, Walter parece muy sorprendido...

—Pero, doctor, ¿se ha olvidado?

—¿De qué?

—De la llamada que me hizo.

—¡¿Yo?!

—¡Sí, usted!

—¿Y cuándo?

—Esta mañana, a las cinco y media.

Con un esfuerzo que le baña la frente de sudor, Mauro se obliga a mantener la calma.

—¿Qué te he dicho?

La voz de Walter suena cada vez más asombrada.

—Me ha dicho que entregara el coche a su secretario, que vendría con las llaves. Por seguridad, también me ha dicho que el secretario se llamaba Mario Dominici y que me mostraría su carnet de identidad.

—¿Cuándo ha venido?

—Poco después de su llamada.

—¿Lo has visto?

—¡Claro!

—¿Cómo era?

—Tenía bigotes, el pelo rizado...

Mauro no se sorprende en absoluto. Es más, habría puesto las dos manos en el fuego.

—Mire, doctor, yo, para hacer las cosas bien, he escrito el número del documento de identidad.

—¿Ah, sí? ¿Dónde está?

—Páseme a Michele, por favor.

Después de escuchar a su colega, el guardia busca en un cajón y luego tiende a Mauro una hojita en la cual está escrito:

MARIO DOMINICI

VIA CASSANDRO, 27-ROMA

DNI n.º AU 35007850.

—¿Todo resuelto? —pregunta el guardia.

—Sí, gracias.

No tiene nada más que hacer allí. Da media vuelta y sale del garaje con los ojos todavía un poco perplejos de los dos trabajadores clavados en su nuca.

Sería de tontos tomarla con el guardia del turno de noche, quien, después de todo, ha creído que le hacía un favor. Y la verdad es que le ha hecho un favor, y grande. Ahora, gracias a Walter, el fantasmal secretario tiene un nombre, un apellido y una dirección.

Ha perdido del todo el apetito. Sólo tiene ganas de volver a su despacho lo antes posible para poner un poco de orden en la gran confusión que reina en su cabeza.

Pero, cuando llega a la altura del palacete donde vive, se queda paralizado. No puede creer lo que ve, debe de tratarse de un engaño de sus trastornados sentidos.

Se frota los ojos, avanza con cautela un par de pasos para mirar mejor. Ahora ya no tiene dudas.

Es su coche, aparcado al lado de la acera, justo delante del portal.

Cuando salió, hará más o menos media hora, el coche no estaba, de eso está más que seguro. Por tanto, han aprovechado esa media hora que ha perdido en el garaje para aparcarlo ahí. Lo que significa que están controlando en todo momento lo que hace. Tal vez hayan alquilado un apartamento frente al suyo. Y quizá lo estén observando también en este preciso momento. ¿Qué hacer? Lo más sabio es comportarse con naturalidad, sin mostrar ninguna señal de nerviosismo.

Acercándose a la casa, se mantiene alejado del coche, como si fuera una bomba lista para explotar de un momento a otro. Abre deprisa el portal, lo cierra, jadeando sube a la carrera hasta su piso, abre la puerta y se asoma a la ventana del despacho, que ha dejado abierta.

El automóvil sigue allí.

Necesita una ducha con urgencia, se queda largo rato debajo del agua, pero, después, no tiene ánimos para volver a vestirse, hasta la ropa interior le molesta. Desnudo, vuelve a sentarse en el despacho.

Mientras se estaba refrescando, de pronto ha tenido una iluminación y ha entendido por qué le han hecho lo del coche. Y él, como un estúpido, ha avalado su juego sucio diciéndole a Michele que todo estaba resuelto mientras que, en realidad, debería haber gritado, protestado y amenazado con denuncias a diestro y siniestro. Y presentarlas de verdad. En cambio, mostrándose conciliador, ha admitido indirectamente que ha sido él quien ha telefoneado y lo ha olvidado algunas horas después. Y así Walter, Michele y aquel imbécil del encargado podrán asegurar de muy buena fe que al doctor Assante le falla la cabeza, pobrecillo. Por otra parte, debe de ser una enfermedad de familia, porque dicen que su hermana...

¿Es posible ponerle remedio? Y si es así, ¿cómo? Pero ¿no sería mejor, ante todo, hacer hablar al supuesto secretario? ¿Obligarlo, por las buenas o por las malas, a revelar los nombres de quienes están desencadenando una guerra de nervios contra él?

Lo asalta, irresistible, el deseo de tener a Carla a su lado. Oír al menos su voz. Está a punto de llamarla. Lo piensa dos veces. No quiere parecer pesado, total, dentro de poco será ella quien le telefonee. Puede que Carla esté pasando la tarde de domingo con alguien. Es imposible que una muchacha guapa como ella no tenga un hombre, un pretendiente. Tal vez esté haciendo el amor. Y él, ¿desde cuándo no lo hace? El próximo fin de semana, aunque el mundo se venga abajo, irá a ver a Mutti y Stefano. Mira la foto de los dos que tiene sobre el escritorio. Por un curioso efecto de luz, la cabeza de Mutti está como borrada, parece decapitada. La cosa lo fastidia mucho. Se levanta, mueve ligeramente la foto, se vuelve a sentar. Ahora Mutti le sonrío de nuevo y él corresponde a la sonrisa.

Llaman a la puerta. Va a abrir. La baronesa se echa hacia atrás, lo examina de arriba abajo, sonrío.

—Gracias por la oferta, querido. Pero por desgracia ya no tengo la edad...

¿De qué habla esta loca?

—¿Cómo dice?

La sonrisa de la baronesa se acentúa aún más.

—Entonces, si me permite, me pongo de igual a igual.

Y comienza a desabotonarse la camiseta. En este punto, Mauro se da cuenta de que está desnudo.

—Per... perdone —balbucea.

Y corre a ponerse un albornoz. Vuelve abochornadísimo. La baronesa ha entrado en el recibidor.

—Dígame la verdad, le juro que no le diré nada a su mujer: ¿a quién esperaba?

—A nadie, baronesa. Acababa de ducharme y...

—Está bien, está bien, hagamos como que le creemos. ¿Viene a casa esta tarde?

—Esta tarde tengo un compromiso, lo siento.

—Entiendo, entiendo —dice la baronesa con un tono de complicidad—.  
¿Quedamos mañana?

—Está bien.

—Enhorabuena —dice la baronesa riendo.

Mauro cierra de un portazo. ¡Ahora quién sabe qué contará por ahí esa lengua viperina! Este pensamiento le hace saltar a otro. Un contramovimiento que puede tener una cierta eficacia. Se viste de punta en blanco, coge el móvil, sale de casa, entra en el coche y arranca en dirección al garaje.

—¿Lo ha encontrado, doctor? —pregunta Michele.

—Sí —responde Mauro, que baja del coche para dejarle su sitio al encargado.

—Pero ¿quién ha sido? —insiste Michele.

—Ha sido mi secretario, que ha telefoneado a Walter haciéndole creer que era yo. Y, como no es la primera vez que me la juega, lo he despedido.

—¡Cómo es la gente! —comenta el guardia.

Vuelve el encargado, le entrega las llaves. Mauro saluda y se marcha. Ha puesto un parche, como dicen en Roma. Esperemos que aguante.

Carla tarda en llamarlo y Mauro se pone cada vez más nervioso. No por las noticias que ella podría darle, han perdido valor después de que ha sabido el nombre y la dirección del hombre que se hace pasar por su secretario. Lo pone nervioso el pensamiento de que ella se olvide de él o le asigne un papel secundario en su existencia. Debe admitir, aunque sea apretando los dientes, que se siente atraído por esa muchacha. Y es una situación absolutamente nueva para él, que lo fascina y lo espanta. Además, intuye que no se equivoca al pensar que Carla siente por él algo más que una simple simpatía. Finalmente, la muchacha lo llama poco después de las seis.

—¿Cómo ha ido?

Ella tarda en hablar; es un tono que aún no le ha oído, susurrante y acongojado.

—No sabes cuánto lamento tener que decírtelo, pero hemos llegado demasiado tarde.

—¿O sea...?

—Elena ha perdido un montón de tiempo buscando y revolviendo, pero no ha conseguido encontrar nada.

—¿Qué quiere decir?

—Significa que Maurizio, quizá alarmado por mis preguntas, ha hecho desaparecer el formulario.

—¿Tampoco hay rastro del pago?

—No quedó registrado en las entradas.

—En conclusión, nos ha jodido.

—En conclusión, es como si tu «secretario» nunca hubiera venido a la agencia.

—¿Y ahora?

El tono de Carla se vuelve más acongojado todavía.

—Lo siento, pero creo que ya no estoy en condiciones de ayudarte.

No se librarán tan fácilmente de él. Mauro le hace la pregunta que más le interesa:

—Oye, ¿tú querrías seguir ayudándome?

—¡Claro! —exclama Carla.

Y añade:

—Si hubiera sólo una manera...

—La hay. Si te dijera que tengo el nombre y la dirección del falso secretario...

Oye que Carla contiene la respiración. Y luego, contesta:

—¿De verdad?

—¿Crees que bromeo?

—¿Cómo lo has hecho?

Mauro piensa que aquel es el momento justo para hacerle su propuesta. Ha despertado la curiosidad de la muchacha y, por tanto...

—Es demasiado largo para contártelo por teléfono. Si pudiéramos vernos...

aunque sea un momento...

Carla se queda muda.

¿Es tan arriesgado verse? Quizá haya dado un paso en falso.

—¿Estás ahí?

—Estaba reflexionando. Si queremos encontrarnos, debemos hacerlo de modo que nadie nos vea.

—Estoy más que de acuerdo.

—Oye, tengo una amiga que está de viaje y me ha dejado las llaves de su apartamento. Podríamos vernos allí. ¿Qué me dices?

—Me parece una excelente idea.

—Pero es mejor que no usemos nuestros coches.

—Iremos en taxi.

—Tú llega después de las diez. Via De Concini, 32. El nombre en el interfono es Liberti. Hay ascensor. Cuarto piso.

—Hasta luego.

Mauro cuelga con una sonrisa. Saber que dentro de unas horas verá de nuevo a Carla le provoca una ligera euforia, como si hubiera bebido algo muy fuerte. Se sorprende tarareando una cancioncilla de la que no conoce la letra.

Antes de salir a comer a un restaurante cerca de casa, llama a Mutti.

Stefano tiene algunas décimas de fiebre, nada preocupante, efecto de sudar corriendo por los prados.

—¿Has trabajado también hoy? —pregunta Mutti.

—Naturalmente.

—Al menos los domingos podrías descansar. La baronesa me ha dicho que esta tarde tienes un compromiso.

—Sí, un colega necesita que lo aconseje.

—Y tu asesora, aquella bonita...

—¿Cuál?

—Ah, ¿tienes muchas?

—¡Venga, Mutti, no digas tonterías!

Mutti ríe. Se despiden. Mentir a distancia no es tan difícil.

Cuando llega al restaurante tiene mucho apetito. Metódico, barre con todo lo que ha pedido y al final se concede un *whisky* que sorbe con lentitud. Después de consultar el reloj, pide otro vaso. Luego paga la cuenta y hace llamar un taxi.

A las diez y diez está delante del portal de Via De Concini. Aprieta el botón del interfono, el portal se abre de inmediato. El corazón le late aceleradamente. Sube en ascensor al cuarto piso. Carla lo espera delante de la puerta abierta, se aparta para dejarlo entrar, cierra la puerta, lo besa en una mejilla, le coge una mano.

—Ven.

Se dirigen a un pequeño salón amueblado con mucha elegancia, lo invita a sentarse en un diván.

—¿Quieres beber algo? Mi amiga está muy bien aprovisionada.

—Gracias. Quizá más tarde.

Ella se le sienta al lado. Él vuelve a saborear su perfume. La cadera de ella roza la de Mauro como cuando estaban asomados a la ventana del despacho. Es increíble, pero le parece aún más hermosa que el día anterior. Él debe contenerse para no ponerle un brazo en torno a los hombros y atraerla hacia sí.

—Entonces cuéntame.

Se limita a relatarle el incidente del garaje, le explica que ha sido provocado con el único objetivo de hacerlo parecer alguien que no tiene la cabeza en su sitio. Luego saca la hojita que le ha dado Michele y se la tiende. Carla la coge y la lee.

—En la agencia, Dominici habrá presentado este mismo documento —comenta al final.

—Sin duda.

Le devuelve la hojita.

—¿Qué quieres hacer?

—Mañana por la mañana lo voy a ver y...

—¿Estás seguro de que está en casa?

—No lo sé.

—Es algo delicado, deberías ser cauto. ¿No sería mejor que intentáramos saber más?

—¿Cómo?

—Lo pensaré yo.

Sale y vuelve con dos vasos de *whisky*. Le ofrece uno a Mauro.

—Ten. Voy a hacer algunas llamadas.

Mauro la oye por momentos parlotando en la habitación de al lado. Acaba de terminarse el *whisky* cuando ella regresa.

—Este Mario Dominici, que vive en Via Cassandro, no aparece en el listín telefónico.

—Empezamos bien —murmura Mauro.

—En compensación, he sabido que Via Cassandro existe.

—¿Dónde está?

—Lejitos. Es una travesía de Via Togliatti.

—Es extraño.

—¿Por qué?

—Por una serie de circunstancias estaba convencido de que vivía por mi zona.

—Mientras estaba hablando por teléfono —dice Carla— he reflexionado sobre algo que...

Se interrumpe. Mauro insiste:

—Algo que...

—... no te gustará.

—Dímelo igual.

—Antes cojamos fuerzas.

Sale y vuelve con otros dos vasos de *whisky*. Se sienta en el diván, muy cerca de Mauro.

—He pensado que hay una pequeña incongruencia.

—¿En qué?

—En el modo de actuar del secretario.

—Explícate.

—Debería haber previsto que los del garaje te habrían proporcionado sus datos.

—Hasta los delincuentes más listos se equivocan.

Carla niega con la cabeza.

—En mi opinión, no ha cometido ningún error.

—No te entiendo.

—Ha dejado que copiaran sus datos porque sabía perfectamente que no sirven para nada.

—¿No sirven?

—No, porque el noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento del documento de identidad que ha mostrado es falso.

Mauro había tenido la misma sospecha cuando Michele le había dado el papel, pero la había expulsado de inmediato, queriendo creer con todas sus fuerzas que por fin tenía en su mano la llave para desenmascarar a sus perseguidores.

Por eso, las palabras de Carla lo aniquilan.

—No aguantaré con esta duda hasta mañana por la mañana —murmura Mauro dejándose caer sobre el diván, con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados. Podría hablar con Gaslini, pero es tarde y, además, llamarlo otra vez... Lo consideraría un tocapelotas.

Carla le acaricia levemente el rostro, se acerca aún más a él.

—Si te sientes con ánimos...

—¿De hacer qué?

—Hay una manera de resolver de inmediato la cuestión.

—¿Cuál?

—Ir sin perder más tiempo a Via Cassandro, 27. Y si está Mario Dominici, te encaras con él.

—¿Y tú?

—Yo vengo contigo, naturalmente. Es más, te llevo con el coche de mi amiga.

Entre el *whisky* que ha bebido y la oleada de gratitud que lo arrolla, Mauro ya no puede controlarse. Abraza con fuerza a la muchacha y posa los labios sobre los de ella. Durante un largo momento, Carla se abandona a él, luego se suelta del abrazo.

—Venga, vamos.

Salen.

—Has dejado las luces encendidas —observa Mauro.

—No pasa nada. Total, volvemos enseguida.

El automóvil de la amiga, un Volvo, está aparcado a poca distancia. Suben y arrancan.

A pesar de que hay poquísimo tráfico, Carla emplea unos cuarenta minutos en llegar a Via Cassandro, que es una calle estrecha y escasamente iluminada. El número 27 es un descuidado inmueble de cuatro pisos. El portal está cerrado, Mauro y Carla leen juntos los nombres escritos en el interfono.

No hay ningún Dominici.

—Tenías razón —dice Mauro, desconsolado.

—Un momento —lo interrumpe Carla—. Quizá el nombre del interfono sea el de la esposa o viva en un cuarto alquilado...

—Sí, pero ¿quién nos lo va a decir?

—Si estás de acuerdo, puedo volver mañana por la mañana y preguntarle a alguien que viva aquí.

—Está bien.

Están subiendo al coche cuando ven a un hombre que se aproxima al portal sacándose del bolsillo un manojito de llaves.

—¡Señor! —lo llama rápidamente Carla.

El hombre se detiene a mirarlos mientras los dos se le acercan.

—¿Qué desean?

Es Carla quien habla.

—Perdone la molestia, pero usted vive aquí, ¿verdad?

—Sí.

—Estamos buscando a un amigo; bueno, quizá nos hayamos equivocado de número porque en el interfono no...

—¿Cómo se llama? —zanja el hombre.

—Mario Dominici.

—Aquí no vive, seguro.

—¿No podría ser huésped de alguien?

—No creo.

—No es muy alto, lleva bigotes, el pelo rizado y tiene un ciclomotor —interviene Mauro.

El hombre niega con la cabeza, abre el portal, entra, el portal se cierra. Mauro y Carla se alejan de mala gana.

—Pero —dice ella mientras regresan a Via De Concini— no tenemos la certeza absoluta de que Dominici no viva allí ni de que el documento de identidad sea falso.

—Es difícil saberlo con seguridad.

Carla permanece en silencio. Luego habla.

—Tengo una idea.

Mauro la mira, admirado. ¡Qué suerte haberla conocido! ¡Y qué sensación de

seguridad le da saber que está de su lado!

—¿Puedes poner dentro de mi bolso la hojita con los datos de Dominici? Juro que te la devolveré.

Mauro obedece y luego pregunta:

—¿Para qué la quieres?

—Mañana por la mañana voy a la comisaría del barrio. La policía descubrirá, sin duda, si esos datos son falsos.

—¿Y qué les contarás?

—Alguna trola. Lo pensaré cuando despierte. En este punto ya no es necesario que vengas conmigo a Via De Concini.

Mauro, de pronto, está triste.

—¿Me dejas...?

—No, pero si encontramos un taxi...

—Si encontramos un taxi, fingimos que no lo hemos visto porque yo tengo ganas de estar contigo.

Eso es, lo ha dicho. Ya ha metido la pata.

—¿Sólo un rato?

—Sólo un rato.

—¿Prometido?

—Prometido.

Todo lo que ha conseguido obtener de Carla, en el tiempo que ella le ha concedido, han sido dos besos largos y apasionados, eso sí, y alguna ligera y torpe caricia en los senos. Luego ella, negándose a ofrecerle otra bebida, literalmente lo ha echado. Con amabilidad, claro, pero el hecho es que en lo mejor se ha visto empujado inexorablemente al rellano.

—Al menos acompáñame a casa...

—No me fío. Tú baja mientras te llamo un taxi.

—¿Y tú?

—Yo me quedo. Dormiré aquí.

En consecuencia, cuando se ha ido a la cama, presa de la inquietud, no ha conseguido pegar ojo, primero por el ardiente e insoportable deseo de Carla y, después, por el punzante remordimiento de haber traicionado a su Mutti.

A las siete, mientras está acabando de vestirse, recibe una llamada de Danika, la asistente que tienen desde hace tres años y que viene todas las mañanas, excepto los domingos. Le informa de que, durante una semana, en su lugar hará el servicio una prima suya, Zinaida, de absoluta confianza, que seguirá el mismo horario. Añade que la tarde anterior informó a la señora Mutti, que dijo que estaba de acuerdo. La noticia lo deja indiferente, habrá visto a Danika cinco veces como máximo, dado que la asistente viene a las nueve y se marcha a la una, cuando él está en la oficina.

Antes de salir de casa se asoma con cautela a la ventana del despacho. Se demora mirando hacia la calle. El motorista, alias Dominici o vete tú a saber, a menos que esté escondido detrás del quiosco, no está en los alrededores. Mejor para él, porque está de tan mal humor que esta vez no habría vacilado en agredirlo.

Llega a la oficina con antelación y esto le permite entrar en su despacho sin cruzarse con ningún colega. Encontrarse con alguien lo habría fastidiado mucho. Se sienta detrás del escritorio sin hacer nada, contando los minutos que pasan hasta que es la hora en que debe comenzar a trabajar. Sólo entonces llama por el teléfono interno a la secretaria de Biraghi.

—Buenos días, soy Assante. ¿Me hace el favor de preguntarle al doctor si puede recibirme?

La respuesta llega después de pocos segundos: sólo si va de inmediato, porque después el doctor tiene una reunión.

—Voy.

Por suerte, la oficina del jefe se encuentra a dos despachos del suyo. Pero bastan esos pocos pasos para que el mal humor de Mauro se transforme en un agudo nerviosismo. Que no disminuye ni siquiera ante la desacostumbrada sonrisa cordial con la que lo acoge Biraghi.

—¡Querido mío! Póngase cómodo. ¿La familia?

—Bien, gracias —responde Mauro sentándose en la silla delante del escritorio.

Lo asalta la duda repentina de que quizá se está equivocando en todo, pedir una reunión con Biraghi probablemente no haya sido la mejor jugada. Pero ahora es demasiado tarde para echarse atrás.

—Lo escucho.

Mauro saca del bolsillo la carta anónima, se la pone delante sin abrir la boca.

Biraghi extiende una mano, coge el sobre, mira distraídamente la dirección y se la devuelve. Mauro está alelado por el estupor.

—¿No la lee?

—No.

—¿Por qué?

—Ya conozco el contenido.

Abre un cajón, coge una carta en todo similar a la de Mauro, se la muestra, la vuelve a guardar, cierra el cajón.

—Para su conocimiento, no hay miembro del Directorio que no la haya recibido —dice.

Mauro tiene la clara impresión de que el techo y la lámpara le han caído sobre la cabeza. Durante un momento es incapaz de hablar, boquiabierto. Luego se recupera.

Y suelta casi un grito.

—¡Esta es una cobardía innoble!

—Sí, pero...

—¡Y yo quiero defenderme!

Biraghi tuerce la boca.

—¿De qué?

—De lo que estos infames... han escrito... haciendo saber que mi hermana...

—Perdone, Assante, pero ¿es verdad o no que su hermana ha fallecido en una clínica para enfermos mentales?

—Es verdad, pero...

—Y, entonces, ¿de qué quiere defenderse? ¿De la verdad? Debe tener bien presente que, hasta que se demuestre lo contrario, la muerte de su hermana no constituye delito.

Mauro no se deja desarmar.

—Defenderme quizá no sea la palabra justa. Quisiera precisar que... no estaba loca, eso es... Después de la muerte de su marido empezó a sufrir una profunda depresión y entonces un amigo psiquiatra..., pero ella no aguantó ni siquiera una semana y se...

No puede continuar.

—¿Quitó la vida? —pregunta Biraghi.

—Sí.

—¿Y de qué manera pretende hacer sus precisiones? —continúa Biraghi—.

¿Escribiendo una circular a todo el Directorio? A mi parecer, no haría más que empeorar las cosas.

—¿Empeorar?

—Tal cual.

—¿Por qué?

—Porque daría la impresión de atribuir una importancia extrema a esa carta anónima.

—Entonces, ¿no debo reaccionar?

—Yo creo que no. El triste episodio de su hermana, del cual han querido informarnos, no desplaza un milímetro la positiva consideración que aquí todos nosotros tenemos de su equilibrio, su competencia y su seriedad. ¿Entonces? Sería distinto si mandaran esta historia a algún periódico haciendo malignas insinuaciones. En ese caso, intervendría nuestro instituto, a través de sus abogados, asumiendo su defensa. ¿He sido claro?

—Clarísimo. Pero entretanto yo...

Se detiene de nuevo. No está seguro. ¿Puede fiarse de Biraghi? ¿Puede serle completamente sincero?

—Pero ¿entretanto usted...?

Ahora está en el baile y debe bailar.

—Yo... yo..., eso es, estoy sometido a continuas presiones que me ponen en una situación de... malestar.

La cara de Biraghi de pronto se ensombrece.

—Un momento, por favor. ¿Está sufriendo presiones por parte de los de la Banca Santamaria?

—Sí..., pero... indirectamente, eso es.

—¿Qué tipo de presiones?

A Mauro le sudan las manos. El nerviosismo que lo invade le impide exponer los hechos con orden.

—Le envían a mi mujer una enciclopedia para niños que ella no ha pedido... Me mandan a casa a personas desconocidas... Tratan de fotografiarme en un restaurante...

Biraghi lo escucha, estupefacto.

—¿Es todo? Pero estas no son...

—Espere. Luego hay un tipo con un ciclomotor que usa un documento de identidad falso y que se hace pasar por mi secretario...

Se seca las manos en los pantalones.

—¿Qué ha hecho ese pseudosecretario?

—Muchas cosas. Por ejemplo, fingiendo que era yo, ha cogido mi coche del garaje...

—¿Se lo ha robado?

—No, lo aparcó delante de mi casa.

Quizá no debería haber hablado de este tema, está haciendo un papelón.

Biraghi respira hondo.

—Oiga, Assante, le hablo con sinceridad. Usted me parece un poco agotado, un poco exhausto. ¿Quiere tomarse algunos días de descanso? Y paciencia si se retrasa con el informe, no será el fin del mundo. Su familia está en la montaña, ¿verdad? Vaya a verlos, pase con ellos una semana con toda tranquilidad y luego...

Un relámpago atraviesa el cerebro de Mauro.

¡He aquí adonde lo quiere llevar Biraghi! ¡A retrasar la entrega del informe! Y se da cuenta de otra cosa. Su jefe está persuadido de que él está atravesando un período de profundo cansancio que le hace tomar el rábano por las hojas. Y, con seguridad, lo que le ha dicho no ha hecho sino agravarlo todo. Mejor cortar de inmediato.

—Se lo agradezco, pero estoy perfectamente. Y el informe se lo entregaré dentro del plazo establecido —dice, levantándose.

Biraghi lo mira salir y sacude la cabeza, pensativo.

A la una, después de haber trabajado desganadamente, mientras se está dirigiendo al restaurante, lo llama Carla.

—Hola. ¿Has dormido bien?

—Muy mal.

Ella no hace comentarios.

—Quería decirte que he ido a la comisaría. El número de ese documento de identidad no existe.

—Lo esperaba. ¿Qué le has contado?

—Cuando nos veamos te lo digo.

—¿Y cuándo nos vemos?

—Esta tarde no puedo, tengo un compromiso con la agencia. Te llamo por la mañana.

—¿Cuándo?

—Tarde, creo que se me harán las tantas...

Una punzada de celos, tan inesperada como aguda.

En el restaurante no puede evitarlo y se tiene que sentar en la misma mesa que Marasco, quien nota de inmediato su nerviosismo.

—¿Qué te pasa?

—Estoy preocupado por mi hijo, no está bien.

Mentir es fácil, incluso en persona.

—Pero ya sabes cómo son los niños... Un día, una fiebre de caballo y, al día siguiente, más sanos que antes...

Espera a que el camarero haya tomado nota para seguir hablando.

—He sabido que esta mañana has visto a Biraghi.

No es una pregunta, sino una afirmación. ¿Cómo diablos hace Marasco para saberlo todo de todos? No puede más que bajar la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Le has pedido consejo?

—¿Sobre el informe?

Marasco sonrío.

—No te hagas el listo conmigo.

—No estoy...

—Al contrario, sí. Me juego los mismísimos a que le has hablado de la carta donde se aludía a la muerte de tu hermana.

¡Figúrate si Marasco podía callarse un chisme tan delicioso!

—¿También tú la has recibido?

—Yo, no. Pero me han hablado de ella. Y más de uno, ya me entiendes... ¿Qué te ha aconsejado?

—Que no haga nada. Me ha asegurado que la noticia no ha influido en lo más mínimo en la opinión que el Directorio tiene sobre mí.

—¡Ay, ay! —espeta Marasco.

—¿Qué quieres decir?

—El doctor Biraghi tiene dos caras. Me han dicho, por ejemplo, que Cosentino ha expresado una cierta perplejidad sobre el hecho de que tú sigas ocupándote de esa asquerosa Banca. Que no le parecía oportuno, ha dicho sin precisar más.

—Es decir, ¿sin entrar en el asunto de mi salud mental?

—Exactamente.

Por tanto, el asunto es mucho más complejo de lo que Biraghi le ha querido hacer creer.

Tiene un instante de debilidad, y casi haciendo de tripas corazón pregunta a Marasco:

—Tú, en mi lugar, ¿qué harías?

El colega tiene la respuesta preparada:

—Me dirigiría a un abogado. Por si acaso.

—¿Piensas que lo harán saber a los periódicos?

—No creo.

—¿Por qué?

—Aprovechar que tu hermana haya muerto en una clínica de enfermos mentales podría volverse en su contra. Es un golpe demasiado bajo. No, temo que continuarán sirviéndose de este tema, pero, cómo decirlo, de manera más sutil y, por eso, más peligrosa.

El poco apetito que tenía Mauro desaparece del todo.

Al abrir la puerta de casa, tiene un sobresalto. Hay alguien sentado en una silla de la

entrada. Es una mujer joven, graciosa, modestamente vestida, que se pone de pie.

—Buenos días, señor.

—Tú eres...

—Soy Zinaida, mandado aquí Danika.

—Tu horario acaba a la una. ¿Por qué estás aún aquí?

—Yo quedado para decir qué sucedido.

—¿Qué ha sucedido? ¿Cuándo?

—Yo hacía cama, oído sonar puerta, abierto. Había hombre solo.

—¿Quién era?

—Dicho a mí era policía y mostrado carnet que yo no he entendido. Dice tenía un eso, un... eso que uno puede buscar en casa.

—¿Una orden de registro?

—Sí, dijo precisamente así.

—¿Lo has dejado entrar?

Zinaida sonrío con astucia.

—Ese no policía. Yo entender cuándo sí policía y cuándo no.

—¿Y qué has hecho?

—Cerrado la puerta.

—¿Y él se ha marchado?

—No enseguida. Primero llamó, llamó...

—Oye, ¿era un tipo con bigotes y cabello rizado?

—No, señor. Nada bigotes, cabello liso, rubio. En mi opinión él ladrón que quería robar.

—Has hecho muy bien, Zinaida. Gracias.

La muchacha se despide y se va.

Hay dos posibilidades.

O han intentado entrar a por sus papeles y sus ordenadores, para tratar de saber cuál es la orientación del informe que está escribiendo, o simplemente lo han hecho para amedrentarlo.

En el primer caso, gracias a la intuición de Zinaida, han fracasado en su misión; en el segundo caso, han alcanzado plenamente su fin y han obtenido el efecto deseado.

Porque el nerviosismo de Mauro ha llegado a tal punto que siente un ligero temblor en las manos. Se queda tan turbado que se las pone en el bolsillo, como para esconderlas a la vista.

Inútil, en esas condiciones, ponerse a trabajar.

Permanece sentado de través, repantigado, en el sillón del despacho, mirando hacia los ordenadores apagados sin ni siquiera verlos.

Mientras está inmerso en esta especie de torpor, en él se abre paso la idea de pedirle a Biraghi que le exima de elaborar el informe y se lo pase a un colega. Pero esta renuncia, unida a las habladurías que ya circulan sobre él, marcaría desde luego el fin de su carrera. Y esto no puede permitírsele. Si estuviera solo, tal vez, pero tiene sobre sus espaldas el peso de una familia.

De modo que no le queda más que apretar los dientes, armarse de valor y seguir adelante.

Aunque se siente cada vez más cercado.

Quizá Marasco le haya dado el consejo adecuado: recurrir a un abogado. Sin embargo por más que hurga en su memoria no le viene a la mente un nombre que le merezca confianza. Estaría Luseti, el marido de Anna, una de las mejores amigas de Mutti, que todos dicen que es bueno. Pero ¿no sería mejor contactar con un abogado a quien no conozca?

La cena en casa de la baronesa ha estado a medio camino entre una farsa y un funeral. Eran sólo tres, con el barón cada vez más ausente mientras la baronesa contaba las aburridísimas historias que vivió de jovencita en un colegio suizo.

Justo cuando se estaba yendo a la cama, la melodía del móvil. Ve con sorpresa que es Carla.

—Me esperaba cualquier cosa menos...

—Tenía ganas de oír tu voz.

Un bálsamo que hace desaparecer en un solo momento el color negro de aquella jornada.

—Pero ¿no estás ocupada?

—Lo estoy, te llamo desde el baño. Me marchó corriendo. Adiós, buenas noches.

—Buenas noches. Te lo agradezco.

Ahora sí que podrá dormir tranquilo. Aunque es una ilusión que dura poco.

En cuanto cierra los ojos, vuelve a abrirlos. ¿Por qué, en vez de buscarse un abogado, no va a hablar con la policía? Podría contar dos hechos concretos que con mucha probabilidad constituyen delito: el coche retirado del garaje en su nombre y el intento de entrar en casa hecho por un falso policía. Y podría llevar, como apoyo, los testimonios de Walter y de Zinaida.

Con la policía de por medio, sus perseguidores lo pensarían dos veces antes de darle otra sorpresa desagradable. Pierde dos horas de sueño valorando los pros y los contras de esta idea. Y llega a la conclusión de que, antes de decidirse, necesita escuchar el parecer de Carla.

Aquella mañana, el autobús que lo lleva a la oficina está abarrotadísimo. Mauro, que está de pie aplastado entre una mujerona y un marroquí, saluda con la cabeza a algunos compañeros habituales de viaje. Al cabo de un rato, delante de él, aunque de espaldas, se sitúa un hombre enjuto con el pelo rubio bastante largo y con una llamativa verruga bajo el ojo izquierdo. De pronto, Mauro siente que algo le ha caído encima del zapato derecho. No puede inclinarse, dada la estrechez del espacio en que se ve obligado a moverse. Entonces dobla las rodillas y palpa en el suelo. Sus dedos encuentran algo blando. Lo aferra, lo levanta. Es una cartera, evidentemente se le ha caído del bolsillo posterior al rubio melenudo que está delante.

Está a punto de tocarlo en un hombro cuando ocurre algo increíble. El rubio, volviéndose de golpe, le agarra la muñeca de la mano que sostiene la cartera y se pone a gritar:

—¡Te he pillado, ladrón!

Mauro se queda petrificado.

Todos se vuelven tratando de ver qué está ocurriendo y el autobús se queda en silencio. Entonces resuena más fuerte la voz del rubio.

—¡Mirad a este cabrón! ¡Aún tiene mi cartera en la mano!

Ahora los pasajeros se exaltan.

—¡Ladrón!

—¡La pena de muerte, eso es lo que hace falta!

También hay alguien que piensa distinto.

—¡Dejadlo! ¡No puede ser él!

—¡Es una persona de bien!

Mauro es absolutamente incapaz de reaccionar.

Una mujer sentada cerca se levanta y le da con el bolso en la cabeza mientras grita:

—¡A mí me han robado la pensión estos asquerosos!

En este punto se oye una voz autorizada.

—¡Policía! ¡Dejadme pasar!

Entretanto ha intervenido otro pasajero.

—¡Yo a este señor lo conozco muy bien! ¡No es un ladrón! ¡Se trata de un error!

Mauro, que tiene la vista nublada, consigue enfocar y ver de quién se trata. Es un funcionario de un ministerio, no recuerda cuál. Coge el autobús en la misma parada y a menudo charlan.

Ahora el policía, de paisano, ha llegado al lado de Mauro y le ordena:

—¡Devuélvale la cartera al señor!

Mauro ni siquiera está en condiciones de hacer ese gesto. El rubio se la arranca con ira de la mano y se la vuelve a poner en el bolsillo.

—Soy un agente antihurtos —dice el policía—. Lo hemos descubierto en flagrante delito, ¡queda arrestado! Chófer, deténgase.

En un instante, sin que haya tenido tiempo de darse cuenta, Mauro se encuentra esposado.

El autobús se ha detenido.

—¡Bajen! —ordena el policía a Mauro y al rubio.

Con ellos bajan también el pasajero que ha defendido a Mauro y un cuarentón bajo, taimado, que está tomando una foto tras otra con el móvil.

—Pero ¿usted quién es? —pregunta el agente a este último.

—Soy periodista.

—¿Y usted? —pregunta al defensor de Mauro.

—Soy el subprefecto Deruta, del Ministerio del Interior —responde el otro mostrando un carnet.

Y prosigue:

—Le ruego, agente, escúcheme con atención. Yo respondo personalmente por este señor. Que se llama Mauro Assante y es un importante funcionario de banca. Se trata de un equívoco muy desagradable, vuelvo a repetirlo. ¡Quítele de inmediato las esposas!

Evidentemente atemorizado por el carnet y por el tono sosegado pero firme del subprefecto, el policía obedece.

—¡Bonita justicia! —comenta el rubio—. ¡Si estaba a punto de mangarme la cartera!

—¿Lo ha sorprendido mientras se la sacaba del bolsillo? —le pregunta Deruta.

—¡No, pero la tenía en la mano!

Sólo entonces Mauro consigue hablar.

—Se había... había caído encima de mi zapato... La he recogido y estaba a punto de dársela cuando...

—Creo que esto es suficiente —dice Deruta, autoritario, cogiendo a Mauro del brazo y abriéndose paso entre el corro de habituales curiosos que se ha formado rápidamente.

—Valor, ya ha pasado —le susurra mientras lo conduce hacia un bar.

Está sentado en el escritorio de su oficina pensando en lo que le ha ocurrido.

No, no se ha tratado de un equívoco, como ha creído su salvador. Está casi seguro de que le han tendido una trampa que podría haber tenido efectos terribles sin la providencial intervención de Deruta. Después de tantas advertencias caídas en el vacío, se han visto obligados a elevar el tiro.

La noticia de su arresto por robo, incluso en el caso de que hubiera terminado con una aclaración completa, habría tenido como mínimo un coletazo, el de endosarle la reputación de cleptómano.

Le bastaría levantar el auricular del teléfono y llamar a casa para asegurarse del todo, pero vacila en hacerlo precisamente porque no quiere perder la ilusión, mínima, es verdad, de que no ha habido ninguna trampa, de que se ha tratado verdaderamente de un equívoco.

Luego se decide a marcar el número de casa. Tarda en convencer a la desconfiada asistente de que quien habla es precisamente él.

—Oye, Zinaida, ¿te acuerdas del hombre que vino ayer por la mañana fingiendo que era policía?

—Claro, señor.

—Me has dicho que era rubio, ¿verdad?

—Rubio, sí, señor. Pelo largo.

—¿Tenía una verruga bajo el ojo izquierdo?

—¿Qué es verruga?

—Es como un lunar, pero que sale fuera.

—¡Oh, sí! ¡Él tenía!

¡Ya está! Ahora no hay ninguna duda posible.

Además del bigotudo con el ciclomotor, han metido en liza a un segundo hombre. Que ayer hizo el papel de policía y hoy el de víctima del robo. Por ahora, la suerte, se llame Carla, Zinaida o Deruta, lo ha ayudado, pero ¿hasta cuándo seguirá haciéndolo?

Porque ahora es evidente que lo tienen bajo control, quieren demolerlo y por eso seguirán estándole encima, urdiendo situaciones cada vez más peligrosas.

¿Esta mosca que pasea sobre el escritorio no podría esconder una minúscula cámara o un micrófono? Tiene que eliminarla, de inmediato. Hay un periódico doblado cerca de su mano. Lo coge con cautela y luego asesta un violento golpe sobre la mosca, reduciéndola a papilla. Después la observa atentamente, sin descubrir rastro de cámaras o micrófonos.

Pero ¿a qué se ha reducido, si se le ocurren gilipolleces tan mastodónticas?

Se queda en la oficina incluso cuando todos se han ido a comer. No quiere que el telefonazo de Carla llegue mientras está sentado a la mesa con Marasco.

Carla lo llama a las dos, aún tiene la voz pastosa de sueño.

Mauro le menciona su desventura matutina y luego le dice que quiere pedirle consejo. Quedan en Via De Concini.

—¿A qué hora?

—Tengo una idea.

—¿Cuál?

—¿Te atreverías a comer un plato de espaguetis cocinados por mí?

—¡Claro!

—Entonces ven hacia las ocho. Eso sí, trata de que no te sigan.

—Iré con cuidado.

Llega tarde al restaurante. Marasco ha terminado de comer y está marchándose.

—Siento no poder hacerte compañía.

—¡Figúrate!

Mejor así.

La invitación a cenar de Carla le ha dado ganas de trabajar. Desconecta el teléfono fijo de casa y está a punto de apagar el móvil cuando llega una llamada de Mutti.

—Stefano...

—Ya ha pasado todo. Te quería decir que he recibido una carta.

—¿De quién?

—No lo sé. Ha llegado aquí, a la montaña. Es anónima.

Mauro ve que el cielo se oscurece. ¿Esos canallas quieren poner de por medio también a Mutti?

—¿Qué dice?

—Te la leo, es muy breve: «Apreciada señora: en su interés y en el de su familia, consiga que su marido se tome un largo período de descanso. Un amigo». ¿Me explicas qué significa? ¿Cómo han conseguido mi dirección?

¡Qué extraño! Han empleado más o menos las mismas palabras que Biraghi. Pero debe de ser una coincidencia, porque Biraghi no le parece un tipo que escriba cartas anónimas. De todos modos, se siente aliviado, esperaba algo peor.

—¿Qué significa? —vuelve a preguntar Mutti, con voz alarmada.

Él finge una penosa risita.

—Es algo que no tiene ninguna importancia. Tu dirección la habrán conseguido de algún modo. ¿Sabes cuántas cartas anónimas recibo yo y nunca te he hablado de ellas?

Ahora mentir le resulta fácil... Trata de dar un tono ligero a sus palabras:

—Y a mis colegas, ¡ni te cuento! Son formas ingenuas de defensa por parte de quien teme el resultado de nuestras inspecciones. Y pierden el tiempo. Créeme, Mutti, no hay ningún motivo de...

—¡Si supieras qué miedo he pasado!

Mauro ríe de nuevo, esperando que su carcajada no suene demasiado falsa.

—Mira, si puedo, el sábado iré a consolarte.

—¿Lo dices de verdad?

—Espero conseguirlo. Ah, oye, por curiosidad: ¿has recibido aquella famosa enciclopedia?

—Ni en sueños.

Cuando se despiden, Mutti ya está mucho más tranquila. Mauro apaga el móvil y se pone a trabajar. La historia de la carta anónima no lo ha perturbado demasiado. Un alfilerazo, en comparación con las auténticas cuchilladas que le han infligido y que Mutti ignora.

Sale de casa con el paso indolente de quien quiere estirar las piernas, sin una meta precisa. Camina durante un rato, luego, viendo llegar un taxi libre, lo para y sube. Está seguro de haberlos despistado, esta vez ha sido más rápido que ellos.

Carla se deja besar. Luego lo conduce a una cocina limpiísima, reluciente y provista de gran cantidad de chismes. Ha puesto allí la mesa. Un aroma delicioso flota en el ambiente.

—¿Te gustan los espaguetis a la carbonara?

Carla se ha puesto un delantal blanco sobre los vaqueros y la camiseta. Durante un momento, a Mauro le parece encontrarse dentro de una foto publicitaria.

—¡Ya lo creo! —responde.

—Entonces siéntate y cuéntame lo de esta mañana, mientras pongo a hervir los espaguetis.

Mauro se lo relata todo detalladamente. Y le habla también de la conversación que ha tenido con Zinaida. Carla, que lo ha escuchado sin hacer ningún comentario, lleva a la mesa la cazuela humeante y le sirve la cena.

—¡Es demasiado! —protesta Mauro, al ver el plato que tiene delante lleno hasta el borde.

—Come, porque de segundo no hay más que una tortillita. Todo mi arte culinario se acaba aquí. Sólo sé hacer estas dos cosas.

Pero Mauro querría que le hiciera algún comentario sobre el falso robo.

—Y no me dices nada de lo que...

—Después. No estropeemos la cena. Total, ¿qué prisa tienes? Tenemos todo el tiempo que queramos.

La carbonara es tan buena que Mauro no vacila en pedir que le sirva un poco más. Carla está muy orgullosa de su éxito como cocinera.

Al final, en la cazuela no queda ni un espagueti. También la jarra de vino se ha terminado, si bien Carla trae otra a la mesa.

—Ahora preparo la tortilla.

—Te ayudo.

Mientras están delante de los fogones, Mauro le pasa un brazo en torno a la cadera, la atrae hacia sí, la estrecha y la besa. De pronto, Carla se pega con todo el cuerpo al de Mauro.

Dan cuenta de la tortilla, atracón de cebollas, quesos varios y setas, junto con media jarra de vino. Mauro rechaza la fruta, la muchacha coge dos albaricoques.

—¿Quieres un café?

—No, gracias.

Carla se levanta, se quita el delantal.

—Vamos al saloncito. ¿Acabamos el vino o cojo el *whisky*?

—Acabamos el vino.

Carla coge la jarra, Mauro los dos vasos.

Él se sienta en el diván, y la muchacha elige un sillón. Mauro siente un punto de decepción.

—¿Por qué no vienes a mi lado?

—Porque me distraigo. Si debemos hablar en serio, prefiero que estemos así.

—Entonces ¿qué me dices de la historia del autobús?

—¿Qué quieres que te diga? Estoy plenamente de acuerdo contigo. Creo que quieren hacerte la vida imposible.

—Al respecto, necesito tu opinión.

—Dime.

Le cuenta que su colega Marasco le ha aconsejado que hablara de la situación con un abogado de confianza, pero que él, en cambio, ha pensado dirigirse a la policía.

—Tú le has contado todo esto a Marasco. ¿Y te fías? —pregunta Carla.

—¡Qué va! Sólo conoce mis problemas en la oficina.

Carla prosigue:

—¿Y qué le dirías a la policía?

—La bromita con mi coche y el intento de entrar en mi casa.

Carla se queda pensativa.

—¿No te convence? —pregunta él.

—Estoy reflexionando.

Se levanta, camina por la habitación con el vaso en la mano, cada tanto sorbe, vuelve a sentarse.

—La idea me parece buena. Pero...

Mauro está ansioso.

—... pero, una vez que has presentado una denuncia formal, entras en un engranaje que no sé...

Quiere servirse más vino, pero la jarra está vacía.

—Voy a buscar el *whisky*.

Regresa con una botella, hielo y dos vasos. Llena los vasos.

—¿Qué estaba diciendo?

Evidentemente, el vino le comienza a hacer efecto.

—Me advertías del riesgo de entrar en el engranaje policial.

—Ah, sí. ¿Sabes? No se puede decir que la policía brille por su tacto y discreción...

—¿Y entonces?

—Y entonces, en mi opinión, sería oportuno tener, antes de que vayas a la comisaría, algo más de información, saber cómo es mejor plantearles tu problema.

—Explícate.

—Pon por caso que tú, delante de ellos, dices una palabra fuera de sitio o una frase poco clara... Basta eso para que comiencen a pensar mal, para que sospechen que tú no estás diciendo la verdad... Y te encuentras empantanado en una situación absurda...

Carla estará un poco achispada, pero su cerebro es lucidísimo. Mauro no puede más que darle la razón.

—Si pudieras venir conmigo a la comisaría...

—¿A título de qué?

Inmediatamente después de haber hablado, se pone en pie de un salto. Bebe un largo sorbo.

—Se me ha ocurrido una idea.

—¿Cuál? —pregunta Mauro, esperanzado.

Carla no le responde. Deja el vaso sobre la mesita, se acerca a Mauro, que la mira, pasmado, le quita el vaso de la mano, lo pone junto al suyo, se sienta en el diván, lo abraza con fuerza.

—No te muevas —le ordena.

Y luego, con la boca muy cerca del oído de él, susurra:

—Quiero confesarte que... te he mentado.

Mauro cae vertiginosamente del séptimo cielo. Si ya no puede fiarse de ella, entonces...

—¿Sobre qué? —consigue articular.

—Cuando te he dicho que fui a la comisaría. Estuve en la Jefatura de Policía.

Mauro respira aliviado.

—¿Qué diferencia hay?

—La diferencia es que..., en resumen, allí trabaja un exnovio mío, Paolo, es subcomisario...

—¿Os lleváis bien?

—Sí, cada tanto incluso nos vemos. Ha sido él quien me ha dicho que ese documento de identidad era falso. ¿Perdonada?

—Perdonada.

Ella le ofrece los labios.

—Bésame.

Después, Carla llena de nuevo los vasos.

—¿Por qué me has hecho esta confesión? —pregunta Mauro.

—Porque quiero pedirte permiso.

—¿Para qué?

—Para telefonar a Paolo.

Ahora Mauro comprende cuál es la idea de Carla.

—¿Quieres que sea él quien me aconseje?

—Pienso que es la persona indicada.

—¿Crees que aceptará?

—A mí nunca me diría que no.

Para Mauro aquellas palabras son un puñetazo en el estómago.

—¿Aún te ama?

—Él dice que sí. Entonces, ¿me das permiso?

Mauro vacila.

—Dime por qué estás en contra.

—No estoy en contra, pero...

—Dime...

—... pero no me agrada que me ayude una persona con quien tú...

Carla suelta una carcajada.

—¿Con quien he estado prometida? ¡Cariño, te lo ruego, no seas ridículo!

—Está bien —concede Mauro, de mala gana.

Carla, con el móvil en la mano, está a punto de salir.

—¿Adónde vas?

—Fuera.

—¿Para telefonar?

—Sí.

—¿No puedes hacerlo aquí?

—Sola es mejor.

Y sale. Quiere estar sola para poder desplegar todo un repertorio de carantoñas, alusiones, risitas...

Carla vuelve con el móvil en la oreja.

—Sí, un minuto, que se lo pregunto.

Y luego se dirige a Mauro:

—Paolo se ha puesto a nuestra disposición. Sólo que mañana está fuera de Roma, podríamos reunirnos pasado mañana por la tarde. ¿Qué le digo?

—Que está bien.

Total, como están las cosas, día más, día menos... Carla se lleva el móvil a la oreja.

—Sí, está de acuerdo. Podríamos hablar...

Y sale de nuevo de la habitación. Esta vez se queda más tiempo, la despedida, según parece, es larga. Mauro se consuela con el *whisky*. Carla finalmente regresa. Está sonriente, con las mejillas un poco enrojecidas.

—Estoy muy contenta con tu decisión. Has hecho lo correcto. Ya lo verás, Paolo nos ayudará.

—¿Dónde quedaremos?

—Aquí. Me parece el sitio ideal para hablar sin temor a oídos indiscretos.

Apaga el móvil, lo deja sobre la mesita.

—Y ahora basta, acabado el tema.

Se le acerca, le tiende la mano.

—Ven.

Ahora están en el dormitorio. Se besan de pie, las manos de Mauro acarician, ávidas, el cuerpo de la muchacha. Luego ella lo aparta, se quita la camiseta. No lleva sujetador. Después se desabrocha el botón de los vaqueros, baja el cierre, se los quita junto con las bragas. Mauro, por un instante, se ve obligado a cerrar los ojos, deslumbrado, no soporta aquella visión. Se sienta al borde de la cama y se inclina para desatarse los zapatos.

—Levántate. Te desvisto yo —dice Carla arrodillándose.

Comienza a hacerlo mientras sigue hablando.

—Te quiero dar algunas instrucciones de uso.

—¿Qué uso? —pregunta Mauro medio atontado.

—El mío. Al menos la primera vez, me gusta hacerlo en la oscuridad.

—Por una vez...

—Cuando a una cosa digo que no es un no sin discusión.

—No discutiré.

—Una advertencia. Me voy a la cama contigo sólo porque me gustas, y si por casualidad sigo haciéndolo, no significa que deban surgir complicaciones.

—No entiendo.

—No tengas pretensiones sobre mí, como yo no las tendré sobre ti. ¿He sido

clara?

—Clarísima.

Ahora también Mauro está desnudo. Ella, riendo, le da un empujón que lo hace caer sobre la cama. Luego Carla apaga la lámpara de la mesilla.

—Ya son las cuatro. Estoy un poco cansada, cariño.

Mauro la abraza, luego se levanta de mala gana de aquella cama donde ha conocido un placer que no creía posible y una alegría tan intensa como para ser casi dolorosa.

—¿Cómo quedamos...? —le pregunta mientras se viste.

—Te llamo a última hora de la mañana.

—Decía para la tarde.

—Si estoy libre, con gusto.

—¿Me invitas de nuevo a cenar?

—Sí, pero hoy llamaré al restaurante chino.

Ella se levanta y, desnuda, lo acompaña a la puerta. Se besan y Mauro comienza a acariciarla.

—Vete. Si no, volveremos a empezar.

En la calle, mientras espera el taxi, tendría ganas de ponerse a correr gritando como un chiquillo, cantando a voz en cuello.

Cuando llega a casa decide no lavarse. Dormirá con el perfume de Carla en la piel, así podrá hacerse la ilusión de que aún la tiene al lado.

Duerme tan profundamente que no oye el despertador. La voz de Zinaida le hace abrir los ojos.

—¡Oh! Perdóneme. Yo no sabía que usted...

—¿Qué hora es?

—Las nueve y diez, señor.

¡Por Dios, cómo ha podido dormirse!

—Prepárame un café.

Mientras corre al baño, le vuelve a la memoria, con cada detalle, la noche transcurrida con Carla. El deseo de ella se reaviva enseguida. Quizá sea mejor usar agua fría para la ducha.

Está acabando de afeitarse cuando oye que suena el teléfono fijo.

Grita a Zinaida:

—Responde tú y pregunta quién es.

Después de un momento oye a Zinaida desde detrás de la puerta entornada del baño:

—Ser señor de su oficina.

¿Y quién puede llamarlo? ¿Y por qué?

—Dile que voy de inmediato.

Se seca de prisa y corre al teléfono.

—Aquí estoy. ¿Quién habla?

—Soy Biraghi.

¿El jefe en persona se molesta en telefonarle? Lo asalta un desagradable presentimiento.

—¿Qué ha sucedido?

—A mí, nada. ¿Y a usted?

—Nada, que yo sepa.

—Menos mal, estaba preocupado.

—¿Por qué? ¿Puede creer que, por primera vez en mi vida, no he oído el despertador?

—Mejor así. Había venido a buscarlo y al no encontrarlo... ¿Vendrá a la oficina?

—Desde luego, dentro de media hora estaré allí.

—Cuando llegue, venga directamente a verme.

¿Qué le pasa a Biraghi aquella mañana? ¿Cuándo se ha preocupado por el estado de salud de uno de sus inspectores?

Llama un taxi. Sobre la mesita del recibidor hay al menos diez copias del mismo semanario. Se llama *El Ahorro*, es gratuito y consiste en ocho páginas de publicidad y cuatro, las centrales, dedicadas a sucesos.

—¿Quién los ha traído? —pregunta a Zinaida.

—Encontrados yo delante puerta cuando venido.

—Tíralos.

En el pasillo ve a Marasco, quien hace un gesto inexplicable. No le estrecha la mano que Mauro le tiende, sino que lo abraza y le dice:

—Valor.

Y se aleja rápidamente dejando a Mauro atónito.

Consigue dar algunos pasos, llama a la puerta de la secretaria, abre, entra y saluda a duras penas.

—Buenos días.

—Ah, ya ha llegado... Sólo un segundo.

Mientras la secretaria avisa a Biraghi, Mauro vislumbra sobre el escritorio un ejemplar de *El Ahorro*. Los propietarios del semanario no se han ahorrado distribuir miles de copias. Quizá haga publicidad de alguna importante liquidación.

—El doctor lo espera.

Mauro gira con mucha lentitud el pomo de la puerta de Biraghi, tiene la impresión confusa, y nada tranquilizadora, de estar accionando, con su propia mano, la palanca de la trampa del verdugo.

—Póngase cómodo —dice Biraghi.

No lo ha saludado, se ha quedado sentado. Mala señal. También sobre su escritorio hay una copia, doblada, de *El Ahorro*. En Mauro comienza a nacer la inquietud de que entre ese semanario y él hay algo en común.

—Esta mañana —empieza Biraghi—, al no verlo en su oficina he pensado que se encontraba mal.

—En tal caso habría llamado.

—Fue justamente la falta de noticias la...

—Perdone, pero ¿por qué ha pensado que estaría indispuerto?

Biraghi no responde, extiende un brazo, lo apoya sobre *El Ahorro*, golpetea encima con el dedo.

—Evidentemente no ha leído el artículo que le han dedicado.

La garganta de Mauro, ya seca, se vuelve árida.

—¿A... mí?!

—Sí. Un largo artículo en la página central, acompañado por una vistosa fotografía suya, esposado.

El aire ya no llega a los pulmones de Mauro. Vacila presa de una especie de vértigo, la mirada se le nubla, se agarra al escritorio que tiene delante para no caer. Biraghi levanta el teléfono, pide un vaso de agua a la secretaria. Cuando ella llama a la puerta, Biraghi se levanta, le abre, no la hace entrar, le quita el vaso de las manos y cierra. Un gesto cortés del que Mauro ni se ha dado cuenta. El jefe no ha querido que la secretaria lo viera en ese estado.

Mauro bebe tan deprisa que se ahoga. Biraghi le da dos golpecitos en la espalda, vuelve a sentarse.

—¿Por qué no me ha dicho nada de este incidente?

Mauro tiene un arrebató de orgullo recuperado no sabe de dónde.

—La respuesta está en su misma pregunta.

—No entiendo.

—Usted define como incidente algo que no lo era. ¿Cómo lo cuenta el artículo?

—Le digo de inmediato que no ofrece ningún flanco a querellas o cosas similares. Es muy hábil. Deja abierta todas las posibilidades, que van del banal equívoco a la hipótesis de que usted haya sido víctima de un ataque irresistible de cleptomanía. Estará de acuerdo con que la noticia de uno de nuestros inspectores sorprendido robando es una auténtica primicia.

A Mauro no le basta la objetividad a la que Biraghi parece atenerse:

—Y usted, ¿qué cree que ha pasado?

Biraghi hace una pausa antes de responder.

—Yo pienso que le han tendido una trampa que podía provocar consecuencias más graves de las que ha tenido.

Mauro está sorprendido.

—Anda, si la otra vez, cuando le conté todas las... usted no me creyó, me aconsejó algunos días de descanso...

—La otra vez me hizo una inconexa lista de cosas que no tenían la gravedad de esta última. Han ido demasiado lejos y me han hecho cambiar de opinión.

Mauro se siente alentado. Tener a Biraghi como aliado...

—Su plan —prosigue el jefe— ya está bien delineado. Quieren hacer de usted un hombre totalmente informal, víctima de algún trastorno mental, o al menos dar esa imagen.

—¿Con el fin de que yo sea relevado de este encargo?

—¿Y qué otra cosa puede ser?

—¡Pero otro inspector me sustituirá y hará el informe! ¿Y no será lo mismo para ellos, antes o después?

—No, querido. Antes no es lo mismo que después.

—¿Por qué?

—Dejemos una cosa clara. La pregunta que voy a hacerle no quiere influir en lo más mínimo en el informe en el que está trabajando. ¿Está claro?

—Está claro.

—La pregunta es esta: una vez que usted haya entregado el informe a quien corresponda, ¿cuáles serán las indispensables obligaciones que nos competerán?

Mauro no duda ni por un instante.

—La denuncia a la autoridad judicial por el administrador delegado, el consejo de administración y el Colegio de Auditores.

—Dado que ninguno de nosotros nació ayer, todos sabemos, aunque no nos lo decimos, que la conclusión será esta. Pero también lo saben el subsecretario De Simone y el senador Fondi. Y han tratado de ponerle remedio sin perder un minuto. Aquí es reconocible la mano de Fondi, propietario de un semanario abyecto que es sólo una máquina de fango. Se estará sirviendo de algún sicario especializado.

—Y, hundiéndome a mí, ¿qué ganan?

—Tiempo. Tienen una desesperada necesidad de tiempo. Si su informe queda

invalidado, estaríamos obligados a enviar una nueva inspección. Se necesitará tiempo. Y ellos aprovecharán para salvar lo salvable, acaso recurriendo a operaciones fuera de la ley.

—Pero yo, mientras tanto...

—Tenemos una reunión a las tres dedicada a su caso. Sería bueno que esta tarde estuviera usted en su oficina. Podríamos necesitar que nos hiciera algunas aclaraciones.

—Entiendo.

—Yo estimo que es mi deber aclarar que cualquier intervención nuestra sobre su actual trabajo puede interpretarse como una concesión a las presiones que usted está sufriendo y, en consecuencia, como una rendición a la más aberrante ilegalidad.

Mauro tiene un nudo en la garganta por la emoción. No esperaba una toma de posición tan firme por parte de Biraghi.

—No tengo nada más que decirle —acaba el jefe, y se levanta.

Mauro se alza a duras penas de la silla, las piernas le flaquean. Biraghi lo acompaña a la puerta, le tiende la mano.

—Verá que todo saldrá bien.

Acaba de dar un paso fuera de la oficina del jefe cuando la puerta vuelve a abrirse a sus espaldas.

—Assante, perdone, ¿puede quedarse un momento más?

«¡No!», responde para sus adentros. En cambio, debe reunir todas las fuerzas que le quedan para volver a entrar. Sabe que no podrá aguantar otra mala noticia. Biraghi cierra cuidadosamente la puerta, pero permanece de pie.

—Oiga, se me ha ocurrido que en la reunión de hoy... Porque, naturalmente, con todas estas historias usted no habrá tenido la posibilidad de dedicarse a su informe como habría querido... ¿No es así?

—Por desgracia, es así.

—Eso es, he pensado que alguien podría plantear la idea, siempre en la perspectiva deplorable de tener que alargar los plazos de entrega de su informe, de que un colega lo ayude para que acabe su trabajo con más rapidez. En tal caso...

Se detiene. Mauro no se atreve a abrir la boca, pero considera esa hipótesis como ofensiva.

—En tal caso —prosigue Biraghi—, quería tener su consentimiento para la posición que tomaré al respecto.

—Que sería...

—De rechazo total. La instrucción le pertenece y debe seguir siendo suya. A menos que usted mismo me diga aquí y ahora que la intervención de un colega le sería de gran utilidad.

—No. Es más, pienso que ahora mismo sería un estorbo.

—Estaba convencido también yo. Entonces, ¿de acuerdo con la línea que debemos seguir?

—Completamente de acuerdo. Gracias.

Está tan inmerso en sus pensamientos delante de los ordenadores apagados que el sonido del teléfono lo sobresalta. Después del encuentro con Biraghi, ningún colega ha dado señales de vida, lo han dejado solo. ¿Comienzan a considerarlo un paria? Es la centralita.

—Doctor Assante, hay una llamada para usted.

—¿Ha dicho quién es?

—Sí, pero no he entendido bien, dice que es su asistente.

¡¿Zinaida?! Está preocupada, para llamarlo a la oficina debe de ser algo serio.

—Zinaida, ¿qué sucede?

—Sucede que yo esta mañana nada paz en su casa.

—¿Por qué?

—Tres personas golpeado puerta y he dicho que usted no estaba.

—¿Quiénes eran?

—Periodistas. También cinco llamadas.

Inevitablemente, la bomba ha estallado.

—¿Quién te ha dado el número de mi oficina?

—Telefoneado señora Mutti y ella dado.

—¿Te ha preguntado para qué lo querías?

—Sí, y yo le he dicho por qué.

Y así Zinaida le ha hecho explotar, sin querer, otra bomba en la familia.

—Oye, Zinaida. Déjalo correr por esta mañana y vuélvete a tu casa. Es mejor que esta gente no encuentre a nadie.

—Está bien, señor.

Casi no le da tiempo de colgar cuando el teléfono vuelve a sonar. Es otra vez la centralita.

—Es su señora.

Mutti está histérica:

—¡¿Me quieres explicar qué te está ocurriendo?! Primero esa horrible carta anónima, ahora los periodistas... No puedo seguir con este goteo... Dejo a Stefano con mi familia y bajo...

Claro que la querría a su lado, ¡y cuánto! Pero la natural aprensión de Mutti, si supiera cómo están realmente las cosas, subiría hasta las estrellas y se convertiría en un nuevo peso sobre sus espaldas. Debe tratar a toda costa de tranquilizarla. Se impone mantener la calma y la lucidez.

—Mutti, no está ocurriendo nada grave. Ya te lo he dicho antes. Mi inspección a esa Banca, que es pequeña pero posee poderosos apoyos políticos, podría tener consecuencias desagradables y es, por tanto, más que normal que estén tratando de defenderse... Pero a mis espaldas está todo el instituto unido, listo para prestarme

ayuda si se presentara la necesidad...

Continúa así durante un cuarto de hora, hasta que al final consigue tranquilizar a su mujer.

Acaba de secarse el sudor de la frente cuando suena la melodía del móvil. Es Carla.

—Acabo de ver esa asquerosa revista y te he llamado para decirte que en este momento quisiera tenerte aquí, a mi lado.

¡Qué frágil y conmovido se siente! Antes de responderle, se ve obligado a aclararse la voz.

—Y yo iría corriendo. Pero por desgracia no puedo moverme de la oficina y tengo que quedarme hasta la tarde. ¿Cómo lo has sabido?

—Me ha telefoneado mi amiga, la secretaria de la agencia, a quien le había dado tu nombre para aquella búsqueda... Entonces me he vestido, he ido a un quiosco y he cogido un ejemplar. ¡Qué cabrones!

—Cabrones es lo mínimo.

—¿Has dicho que tienes que quedarte en el trabajo también por la tarde?

—Sí. A las tres, los grandes jefes tienen una reunión para discutir mi caso.

—¿No pondrá en peligro nuestra cena china en Via De Concini?

—Pienso que no durará tanto. Luego me comunicarán la decisión que hayan tomado.

—¿Prometes que me llamarás inmediatamente después para contármela?

—¿Por qué?

—Primero, porque estoy impaciente por saberla, y segundo, si es buena, para comprar una botella de champán.

En el restaurante, Marasco ni siquiera le da tiempo de sentarse.

—¿Cómo ha ido con Biraghi?

—Mucho mejor de lo que pensaba.

—Que traducido significa...

—Que está por completo de mi parte.

Marasco hace un gesto de admiración.

—¡Virgen santa, qué hábil es ese hijo de puta!

—Pero ¿por qué en cada cosa que hace tú ves su provecho?

—¡Porque es así! ¿Tú le has creído?

—Me ha parecido verdaderamente sincero.

Marasco se ríe.

—Biraghi es hábil, y tú, no te ofendas, eres también un poco capullo. Y así te ha neutralizado.

—¿En qué sentido?

—Atándote a él de pies y manos te ha borrado de la lista donde ocupabas el

primer puesto entre sus sucesores. Te ayudará, claro, pero, conociéndote bien, obtendrá a cambio tu gratitud. ¡Más claro, agua! Ah, oye, a propósito de esa ridícula historia del robo, ¿has hablado con un abogado como te aconsejé?

—Aún no.

Marasco lo mira, atónito.

—¡De verdad que tú tienes vocación de mártir, amigo mío! ¡Tú debes de ser como san Sebastián, que disfrutaba cuando recibía las flechas!

Está medio adormilado con los brazos cruzados sobre el escritorio y la frente apoyada en ellos; el teléfono le hace despejarse de inmediato. Es Biraghi.

—¿Debo ir? —pregunta.

—No, no es necesario. La reunión acaba de terminar. Dentro de pocos minutos estaré en su oficina.

Mira el reloj. Las cuatro y media. Una hora y media escasa para decidir su destino. No se han esforzado mucho.

La cara de Biraghi, cuando le tiene delante, carece de cualquier expresión.

—Le digo de inmediato que mi postura ha prevalecido. Por tanto, usted proseguirá con su trabajo. Y solo, que quede claro, nadie le ayudará.

—Por tanto, ¿ha ido bien?

—Relativamente. Cosentino y los demás le han puesto una especie de espada de Damocles sobre la cabeza.

Mauro, como para mostrarse más atento, apoya los codos sobre el escritorio, en realidad su cuerpo ha sufrido un ligero desfallecimiento. A una ducha hirviendo sigue otra polarmente gélida. No abre la boca, la pregunta es un grito mudo de los ojos.

—Me explico —prosigue Biraghi—. Cosentino es de la opinión, por lo demás, como le he dicho, ampliamente compartida por los otros, de que muy pronto jugarán contra usted la última carta, la que cortará la cabeza al toro, perdóneme la infeliz expresión, y hará muy problemático el mantenimiento de la actual ruta. En resumen, se le concede otra posibilidad. Después no habrá más.

A Mauro se le revuelve el estómago.

—¡Qué fácil lo hace el doctor Cosentino! ¡Como si dependiera de mí!

—En parte, sí, sostiene Cosentino.

—¿Bromea?

—En absoluto. Cosentino considera que su deber sería blindarse.

—Pero qué...

—Déjeme terminar. Usted no debería seguir haciendo vida normal como si la situación en la que se encuentra no fuera anormal.

—No entiendo.

Biraghi lanza un largo suspiro, como queriendo demostrar que está siendo muy paciente.

—Durante todo el período que dedique a la redacción del informe, deberá permanecer encerrado en su casa, comiendo y durmiendo, solo, naturalmente...

—Pero si mi mujer...

—Le ruega que se mantenga alejada. Deberá estar solo, sin recibir a ningún extraño, sin tener contacto con los amigos, a ser posible, sin responder ni siquiera el teléfono. Sea siempre usted quien llame a la oficina, si necesita algo, pero con brevedad y empleando pocas palabras. Sería aconsejable no leer el correo, sobre todo el electrónico.

—En resumen, debería transformarme en una especie de fraile trapense.

—Sería de desear —coincide Biraghi.

En su voz no hay ni sombra de ironía.

—Está bien, intentaré...

—No, querido. Usted debe hacer y no intentar hacer. Mire que Cosentino le ha dado un auténtico ultimátum. Si usted no siguiera estas instrucciones, Cosentino lo acusaría de corresponsabilidad, por haberle facilitado los movimientos al adversario, aunque haya sido sin dolo. Espero haber sido clarísimo.

Lo ha sido. Cuando se ha marchado Biraghi, Mauro ha comenzado a imaginar sus días futuros. En resumidas cuentas, la reclusión no debería pesarle mucho. Hay un

pequeño aspecto positivo, ya no se verá obligado a asistir a las aburridísimas cenas con la baronesa. Si Zinaida sabe cocinar, aunque sea discretamente, todo en orden. Por otra parte, antes de casarse con Mutti, ¿cuál era su vida cotidiana? Escasísimas amistades... Pero no, tampoco eran amigos porque la amistad, la verdadera, consiste en una relación profunda a la que nunca ha sabido abandonarse. Alguna velada al teatro o al cine..., alguna rara cena con muchachas fáciles, por puro desahogo físico...

—Me estoy enamorando de un oso —había dicho Mutti cuando las cosas entre ellos habían comenzado a ponerse serias—. Un oso al que conseguiré revestir de piel humana.

Pero Mutti, en siete años, apenas ha conseguido esconder el hirsuto pelaje del oso bajo un decoroso traje de hombre. A propósito de Mutti, vista la situación, se verá obligado a explicarle que estas limitaciones se las han impuesto sus superiores para envolverlo en una especie de manto de protección.

Tiene una sola reserva mental que se guardará para él.

Carla.

A ella no tiene la intención de renunciar por ninguna razón del mundo. Carla es la única persona que en estos amargos trances ha estado fielmente a su lado, aconsejándolo, protegiéndolo incluso, compartiéndolo todo, ofreciéndole hasta su cuerpo para regalarle algunas horas de pura felicidad... Esa muchacha se ha convertido quizá en una parte vital de sí mismo, no verla sería como una amputación, imposible de soportar.

Está a punto de llamarla cuando la puerta de la oficina se abre con brusquedad, y Marasco, otra vez con brusquedad, la cierra para ir a sentarse delante del escritorio.

—Lo sé todo. Cosentino te quiere en arresto domiciliario, según parece.

—Ha impuesto esta *conditio sine qua non*.

—¿Y tú?

—La he aceptado.

De golpe, Marasco se afloja, un globo pinchado por una aguja.

—Estoy hasta los cojones.

—¿De qué?

—De ti.

Y luego, irritado:

—Tú estás fuera de circulación y ni siquiera te das cuenta. Ya no se fabrican personas como tú. Funcionario intachable, esposo y padre irreprochable, ningún vicio, no intrigas para obtener promociones, estás siempre en tu sitio, tienes un cerebro analítico, tomas decisiones después de haberlas sopesado detenidamente, a menudo te señalan como ejemplo, esto y más, claro, ¡pero al mismo tiempo eres el ser más desprevenido y necio e incapaz de entender la vida que haya conocido nunca!

—¿Por qué?

—¿Ves que continúas sin entender? Que tú habrías sido el sucesor de Biraghi era

algo más que un rumor de pasillo. Entonces, él te ha confiado a ti, el incorruptible, el que no mira a la cara de nadie, la inspección de la Santamaria, con la certeza de que intentarían darte por culo. Comienzan las desgracias. Biraghi juega a hacerse el duro, de acuerdo con Cosentino, que es su santo en el paraíso. Y, si los de la Santamaria tienen éxito, podrán acusarte de un grave delito de complicidad. ¡Ese hijo de puta ha invertido totalmente la situación!

—Pero si yo me atengo...

—¡Virgen santa! Alguna vez tendrás que ir a cagar, ¿o no?

Mauro no entiende.

—¿Es una metáfora?

Marasco estalla.

—¡Yo no hago metáforas del carajo, yo llamo al pan pan y al vino vino!

—¡Baja la voz!

Marasco se contiene a duras penas.

—Pon que tú estás sentado en la taza, con la puerta cerrada, los pantalones bajados y estás releyendo una página del informe. Bien, alguien con una llave falsa entra en tu casa sin que tú lo oigas, hace lo que debe hacer y se marcha, ¿sabes cuál será la conclusión? ¡Te acusarán de no ser imparcial, o incluso de colaboración con el enemigo!

—En resumen, ¿debería hacer mis necesidades detrás de la puerta?

—¡No basta! ¡Porque entretanto pueden entrar por la ventana! No hay nada que hacer, te has dejado joder. Adiós.

Se levanta, se encamina hacia la puerta, se detiene, vuelve atrás.

—De todos modos, cuando esta mierda haya acabado, y, sin duda para ti, de la peor de las maneras, acuérdate de que he intentado aconsejarte bien, con toda sinceridad, incluso yendo contra mis...

No termina la frase, se vuelve, abre y sale.

Mauro mira la hora. Son casi las seis. ¡Dios mío, qué tarde se ha hecho! Llama a Carla. Ella pregunta de inmediato cómo ha ido, ansiosa.

—Bien, pero deberé atenerme a algunas reglas férreas. Si las transgredo, aunque sólo sea en parte, me considerarán corresponsable. En resumen, no puedo bajar la guardia, porque si consiguen golpearme otra vez, esa será la última para mí.

Carla permanece un instante en silencio.

—¿En qué consisten esas reglas férreas?

—Esencialmente consisten en un aislamiento total. Por ejemplo, no ver a nadie.

—¡¿Ni siquiera a mí?!

Demasiado inmediata esa reacción para no brotar directamente del corazón. Mauro está trastornado.

—¿Cómo podría estar sin ti? Aun a costa de disfrazarme de fontanero, de cura...

Carla ríe, tranquilizada.

—Entonces, ¿esta tarde nos vemos?

—¡Aunque el mundo se venga abajo!

He aquí: le basta intercambiar algunas palabras con ella para sentirse fortalecido, como si una linfa joven y fresca estuviera recorriendo sus venas.

*¿Ni siquiera a mí?*

Esas seis sílabas continúan resonando en su cabeza. Cómo corresponder, incluso en una mínima parte, a todo lo que ella... Tiene una idea que le parece buena. No debe perder un minuto.

Llama un taxi, pide que lo lleve a casa. Por suerte, encuentran poco tráfico.

Ducha rápida, cambio de traje, americana y corbata. A pesar del bochorno, no puede prescindir de ellas.

En la escalera, la melodía del móvil. Carla. Señor, ¡haz que no tenga un compromiso de última hora!

—Oye, me acaba de llamar Paolo y...

—¿Quién es Paolo?

—¡¿Cómo?! ¡Paolo Rizzi! Mi... el subcomisario.

—Ah, perdona, voy un poco atrasado y...

—Escucha. Le ha surgido una urgencia. Saldrá de Roma mañana por la mañana y faltará durante más o menos una semana.

—No puedo esperar tanto.

—Estoy de acuerdo. Paolo me ha propuesto que nos veamos esta tarde, sólo tendrá un par de horas, desde las ocho y media. Podríamos comer una *pizza* rápida en Via De Concini. ¿Qué me dices?

—Si no hay otra manera...

—Entonces lo llamo y le doy el OK.

—¿Seguro que se irá después de dos horas?

—Tranquilo —lo apacigua Carla, riendo.

Sale con el paso desgano de quien tiene tiempo que perder, pero después de pocos metros detiene un taxi. Su meta es una refinada joyería del centro. Está muy incómodo, y no sabe cómo comportarse. Viene en su auxilio un treintañero elegantísimo, sonriente, que le habla con una voz que es casi un susurro.

—¿El señor desea...?

—Quisiera algo, un brazalete, para regalar a una... buena amiga.

Está empezando a sudar.

—¿De menos de treinta? —pregunta el hombre.

—Sí. Es tan alta como yo, muy esbelta, viste siempre con elegancia.

—Por favor, sígame.

Lo conduce a la trastienda, lo hace sentar en un saloncito con dos sillones y

pregunta:

—¿Alto, medio, medio alto?

Mauro no entiende.

—Me refiero al precio, señor.

Mejor ser prudentes, no tiene la más mínima idea de cuánto puede costar un brazalete.

—Vuelvo enseguida.

El hombre desaparece, Mauro apenas tiene tiempo de pasarse el pañuelo sobre la frente cuando el vendedor reaparece con tres rollos de terciopelo verde entre las manos. Los dispone sobre la mesita, los desata y los extiende. Dentro de cada rollo hay diez brazaletes, cada uno metido en una especie de ranura.

—Elija, pues.

Mauro no lo duda, sus ojos se han posado de inmediato sobre una pulsera abrigada de soberbia simplicidad.

—Ese.

—El señor tiene buen gusto. Si es tan amable de darme el carnet de identidad y la tarjeta de crédito mientras se lo hago envolver...

Poco después está en otro taxi. Afortunadamente, lleva varios días sin usar aquella tarjeta de crédito, porque la suma pagada está sólo pocos euros por debajo del límite máximo del gasto mensual. El verdadero problema será con Mutti, que está muy atenta a las cuentas. Deberá inventarse enseguida una mentira colosal, pero plausible. Cada tanto, con una mano controla que el rectangular y adornado paquete con la caja del brazalete esté siempre allí, en el bolsillo interior de la americana.

De pronto, una brusca frenada lanza a Mauro hacia delante. Su taxi ha rozado un Volvo. Entre los dos chóferes, el paso del insulto a la conciliación es bastante rápido, pero hace que Mauro llegue a Via De Concini cuando son ya las ocho y media pasadas. Mientras está pagando, ve a una señora de mediana edad que precisamente está entrando en el portal.

—¿Quiere dejar abierto, por favor? —le grita desde la ventanilla.

El portal es de cierre automático y la señora, cortésmente, lo mantiene abierto apoyando los hombros. Mauro la alcanza, dándole las gracias.

Entran, se detienen delante del ascensor.

—¿A qué piso va? —pregunta la señora.

—Al cuarto. Liberti.

—Entonces entro yo antes, vivo en el quinto. Soy la señora Caserta.

—Un placer. Assante.

La señora no se decide a entrar en el ascensor, tiene ganas de charlar. Mauro está ansioso.

—¿Sabe? Soy la propietaria del apartamento al que usted se dirige. Lo alquilo en

general a extranjeros o a gente de paso. ¿Usted ya ha estado?

—Sí, señora.

—¿No es un amor? La cocina, además... Totalmente amueblada por mí.

—Pues tiene usted muy buen gusto.

Sus halagos actúan como una palabra mágica. Finalmente la señora entra, Mauro también, el ascensor arranca.

Carla acude a abrir, sorprendida.

—¿Cómo es que no has llamado por el interfono?

—En el portal me he encontrado a la señora Caserta, la propietaria de este apartamento, que me ha dado la tabarra.

—Pero ¿por qué este retraso?

—Mi taxi ha tenido un accidente.

—Ven. Paolo ya está aquí desde hace diez minutos.

—Lamento haber perdido un tiempo precioso.

Carla lo roza con los labios.

—No lo hemos perdido. He aprovechado para informar a Paolo sobre la situación, aunque por encima.

Otro roce de labios.

—Venga, vamos a hablar con Paolo.

En el saloncito, a pesar de que la ventana está abierta de par en par, el aire está impregnado de humo de cigarrillo. El cenicero en la mesita está lleno de colillas. Se ve que el subcomisario apaga uno y enciende otro. ¿Cómo se las apañará en la oficina, donde fumar está prohibido?

Alto, atlético, bronceado, sonrisa deslumbrante, Paolo Rizzi va a su encuentro con la mano tendida. No tiene nada de policía, sino que parece una joven estrella de cine. A Mauro enseguida le cae simpático. Lo único que le molesta es que Rizzi, en vaqueros y camisa arremangada, vaya a acomodarse en el diván, en el sitio que Mauro ya considera suyo.

—Lo que se dice sobre la Banca Santamaria... —empieza Rizzi que, para alivio de Mauro, muestra claramente que no tiene tiempo que perder.

Pero el interfono lo interrumpe. Carla va a responder.

—¡Han llegado las *pizzas*! —la oyen gritar—. ¡Id a sentaros!

Rizzi se precipita hacia la cocina como si no comiera desde hace días. Mauro lo sigue un poco molesto. No por la descortesía, sino porque el jovencito parece conocer perfectamente la disposición del apartamento de la amiga de Carla. ¿Ha venido ya otras veces a verla y juntos han dado un nuevo barniz al pasado? Inmediatamente se avergüenza de este pensamiento. Carla puede habérselo mostrado mientras esperaban su llegada.

—Sobre la Banca Santamaria —continúa Rizzi aún con el primer bocado en la boca— sé bastante y desde hace tiempo. Comprendo que lo que voy a preguntarle no es lo más correcto, sin embargo tenga presente que soy un policía amigo y debe fiarse: ¿cuáles serán, según usted, las providencias que el instituto se verá obligado a tomar como consecuencia de su informe?

Mauro no puede rehuir la pregunta, pero lo hace violentando su naturaleza y su código deontológico. Porque se trata de una instrucción en curso, absolutamente confidencial, ni siquiera se debería hacer mención a ella. Dar a conocer las conclusiones antes del final, además, es un auténtico delito.

—La denuncia a la autoridad judicial —dice con brusquedad.

—Por tanto, ¿grandes problemas para el subsecretario, el senador y así sucesivamente, aunque no estén implicados en primera persona?

—Grandes e inevitables. Ellos lo saben y han urdido un plan para dejarme mal parado ante el Directorio.

—En resumen, ¿querrían que a usted lo relevaran de este encargo y lo sustituyeran por otro?

—Sí, pero ese otro deberá comenzar de cero, empezando por la inspección.

—Y ellos tendrán el tiempo indispensable para poner orden —concluye Rizzi.

Inteligente, el jovencito, no hay nada que decir.

Ahora Rizzi levanta los ojos de la media *pizza* que tiene aún en el plato, se bebe de un sorbo tres dedos de vino, se pasa el dorso de la mano por la boca y sonrío con amabilidad a Mauro.

—Estando así las cosas, preveo, con altísimas posibilidades de acertar, que el golpe definitivo contra usted lo intentarán como máximo dentro de las próximas cuarenta y ocho horas.

Mauro se queda helado y empalidece. Carla, que está sentada a su lado, le coge una mano, se la acaricia. Rizzi está ocupado en tratar de hacer desaparecer una mancha de salsa de la camisa, y para conseguirlo se pasa por encima un dedo bañado en el agua de un vaso. Pero, dado que así sólo empeora las cosas, lo deja correr y dice

a Mauro:

—Ahora cuénteme desde el principio todas las cosas extrañas que le han ocurrido, sin olvidar ningún detalle.

—Bien. La primera es la llegada inesperada de Carla a mi casa.

—Olvídese. Carla ya me ha hablado de ello.

Mauro se rebela. ¡El jovencito quiere pasar por alto precisamente aquel movimiento inicial que ni él ni ella han sabido explicarse!

—Perdone que insista, pero no consigo entender...

—¿Desea saber por qué se la han enviado a casa? Ha sido un doble error de cálculo. Ciertamente debido a la prisa con la que han actuado. Han partido del supuesto de que Carla era una muchacha fácil y usted un cincuentón proclive a una escapadita extraconyugal. Luego se habrían servido de esta pequeña aventura para hacerle chantaje. Es un clásico. Pero de inmediato se han dado cuenta del error garrafal que han cometido y se lo han replanteado todo. Continúe.

Mauro prosigue el relato desde la llamada de la fantasmal editorial Lux y, para cuando termina, han vuelto al saloncito y están bebiendo *whisky*. Rizzi ya va por el segundo paquete de cigarrillos.

Ha escuchado con extrema atención, interviniendo a menudo para preguntar un pormenor o un detalle, y ahora rumia, silencioso. Carla está sentada sobre el brazo del sillón de Mauro, con una mano sobre el hombro de él. Y, de vez en cuando, con los dedos le roza la mejilla.

¡Qué extraño! Esas leves caricias, en vez de infundir a Mauro una sensación de tranquilidad y confianza, le hacen estar tenso e incluso le provocan cierto fastidio, como si una mosca insistente...

—Doctor Assante, escúcheme bien —dice Rizzi, de repente.

Quizá haya empleado un tono demasiado alto, porque Mauro se sobresalta y se endereza el nudo de la corbata, mientras que Carla le retira, rápida, la mano del hombro, como si quemara.

—Se lo digo sin medias tintas y asumiendo la responsabilidad —continúa Rizzi—. Pero me parece evidente que usted ya no tiene ningún margen de maniobra.

Mauro cierra los ojos. Esperaba un consejo, no una sentencia capital. Le falta la respiración para emitir cualquier sonido.

Carla es más veloz.

—¿Qué quieres decir?

Rizzi resopla.

—Que ya no le queda tiempo para hacer lo que yo había pensado.

Carla pierde la paciencia.

—Perdona, te importaría ser un poco más...

—Calma. ¿Por qué quería verme el doctor Assante? Para exponerme su situación y saber cómo comportarse en el caso de tener que acudir a la policía. ¿Es así?

—Está bien, está bien —admite Carla.

—Entonces te digo que no hay espacio para denuncias, indagaciones, seguimientos, interrogatorios... ¡Figúrate! Ellos golpearán antes de que nosotros comencemos a transcribir en el acta las señas del doctor Assante.

Ahora todo está claro también para Mauro.

—En conclusión..., ¿no hay nada que hacer? —pregunta con un hilo de voz.

—No he dicho eso —rebate Rizzi—. Yo creo que el blindaje que quieren imponerle sus jefes es, en el estado actual, lo más lógico y útil. No será una reclusión larga, estoy convencido. Porque, si no consiguen joderlo enseguida, después de un tiempo cada una de sus acciones perderá impulso y eficacia.

La desilusión de Mauro es inmediata y profunda. Pero debe reaccionar y lo hace.

—Mire, Rizzi, este blindaje podría ofrecer el pretexto a alguien para convertirme en un chivo expiatorio... No consigo explicarme... En resumen, yo solo no...

Rizzi lo interrumpe.

—Naturalmente, yo puedo ayudarlo, pero permaneciendo entre bastidores, como suele decirse, de manera discreta.

Mauro se agarra a aquellas palabras como a una cuerda. Haría lo mismo incluso con una telaraña.

—¿¡Y cómo!?

—Usted, esta tarde, aceptando la invitación de Carla, debe convenir que ya ha cometido un grave error. Evitemos un segundo, más tarde, cuando se marche.

—Por desgracia, no podrá hacerme invisible.

—Lo intentaré.

Se levanta de golpe, saca el móvil del bolsillo, se encamina hacia la puerta.

—Perdonadme, debo hacer algunas llamadas.

En cuanto ha salido, Carla le pregunta en voz baja a Mauro, mientras le sirve el *whisky*:

—¿Qué te parece?

—Es un tipo brusco, pero me gusta que vaya al grano. A veces es francamente desagradable. Bueno...

Carla ríe.

—Esos modales son una especie de defensa porque, no lo creerás, en el fondo es un tímido. Sin embargo, mira, pertenece a la rara raza de aquellos que mantienen siempre y en cualquier circunstancia lo que han prometido. Y, por tanto, te puedes fiar ciegamente de lo que dice. Nos conviene hacerlo.

Está a punto de besarlo cuando Rizzi regresa. Parece muy satisfecho.

—He pedido y obtenido un código Y inmediato.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Mauro.

—Dentro de media hora un taxi aparcará frente al portal de esta casa. El chófer pondrá el aviso de fuera de servicio y se alejará. Usted, doctor Assante, a cualquier hora que decida marcharse, apenas fuera del portal, solo debe toser repetidamente con fuerza y secarse la boca con el pañuelo. El chófer, que es uno de nuestros agentes,

aparecerá enseguida y lo acompañará a casa.

—No sé cómo agr...

—No he terminado. Mi colega lo seguirá hasta dentro de su apartamento, lo inspeccionará y luego se marchará.

Mauro está a punto de hablar pero Rizzi no se deja interrumpir.

—Hay más. Ahora voy a organizar un servicio de vigilancia de su casa. Pienso que tres días serán suficientes. Por lo demás, me ha descrito bien a los dos sicarios, digamos así, operativos: el bigotudo que se hace pasar por su secretario y el falso policía con la verruga, luego falsa víctima de robo. Todo irá bien, créame.

Saca del bolsillo posterior de los pantalones la cartera, extrae una tarjeta de visita y la ofrece a Mauro.

—Es la mía. En la parte de atrás, a pluma, está mi número privado. Si lo necesita, llámeme a cualquier hora del día o de la noche.

Tiende la mano a Mauro, le sonrío. De pronto, Mauro quiere abrazarlo, sin embargo, Rizzi se aparta y dice a Carla:

—Venga, acompáñame a la puerta.

—Un momento —replica ella sin moverse.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta Rizzi, harto, mirando con ostentación el reloj de pulsera.

—Pasa que estoy yo.

—¿Qué quieres decir?

—En tu opinión, según parece, durante la clausura, Mauro y yo no deberíamos vernos...

—Me parece evidente. Pero será algo breve, ya lo he dicho, como máximo tres días.

—¡Una eternidad! —rebate Carla, dura.

Mauro siente que dentro de sí resuenan campanas de fiesta.

—Carla, la situación es esta y no hay nada que hacer. Si no resistís, llamaos una vez al día, a horas siempre distintas y sobre todo sed muy breves. Ahora acompáñame.

Rizzi se encamina y Carla lo sigue.

«El jovencito quiere a toda costa despedirse de ella a solas», piensa Mauro mientras se desploma, exhausto, sobre el diván.

De modo que aquella es la última noche que pasará con Carla y eso es lo que peor sobrellevará en los días por venir. Es más, se le va a hacer insoportable.

Luego, lentamente, comienza a verlo todo desde otra perspectiva.

Con la ayuda de Rizzi, que en esencia significa la protección —aunque no sea oficial— de la policía, no sólo podrá dedicarse por completo a la redacción del informe, sino que, también y sobre todo, habrá vuelto imposible la posible acusación

de complicidad de la que le ha advertido Cosentino.

La que hasta algunas horas antes se perfilaba como una segura derrota ahora tiene muchas probabilidades de transformarse en una inesperada victoria.

Y todo esto gracias a Carla, a esta muchacha maravillosa entrada en su vida por casualidad, perdida, siempre por casualidad reencontrada...

—¡Quítate de inmediato la corbata y la americana! —ordena Carla, reapareciendo—. ¡De otro modo no me siento junto a ti!

Mauro se pone en pie, obedece, echando la americana sobre un sillón.

Un instante después, Carla está acurrucada sobre sus rodillas y le pega los labios en la boca. Cada tanto los aparta, lo justo para tomar un poco de aire...

Y siempre sin intercambiar ni siquiera una palabra.

Después, aunque no sabe cuánto tiempo ha transcurrido, un pensamiento ilumina como un relámpago la mente de Mauro.

¡El regalo! ¡Se había olvidado totalmente!

—Perdóname, debo levantarme.

Carla lo mira, perpleja, pero se pone de pie. Mauro se levanta del diván, da dos pasos, coge la americana del sillón.

—¿Ya quieres marcharte?

Carla no ha gritado, es más, ha hablado con voz sofocada. ¡Sin embargo, cuánta amarga y genuina sorpresa hay en aquellas palabras! ¡Y cuánta desilusión! Y, en el fondo, bien en el fondo, apenas un indicio de desesperación que sorprende a Mauro y lo inmoviliza.

Pero ¿por qué se muestra casi trastornada por un gesto tan común?

Intenta sonreírle.

—Ni en sueños.

—Y, entonces, ¿qué quieres hacer? —prosigue Carla, aún inquieta.

—Sólo quiero darte esto —responde Mauro sacando el paquete y dejándolo sobre la mesita.

Es evidente que está incómodo, sabe que no está a la altura de las circunstancias, pero nunca le ha hecho un regalo a una mujer que no fuera Mutti. Se sienta de nuevo en el diván.

Carla no se ha movido.

Sólo ha echado un fugaz vistazo al paquete que brilla en su envoltorio dorado, luego sus ojos han vuelto a posarse en los de Mauro.

—¿Qué es?

—Es un obsequio para ti.

—Ah.

Un *ah* carente de cualquier entonación.

Mauro está descolocado. Esperaba grititos de alegría, agradecimientos, besitos...

—¿No quieres ver qué es?

Con un rostro del todo inexpresivo, Carla se inclina y comienza a deshacer el paquete.

Sus gestos son atentos, desata poco a poco los nudos del lacito, tiene cuidado de no rasgar ni siquiera un minúsculo pedazo del papel que lo envuelve. Finalmente abre la cajita y aparece el brazalete.

Sin cogerlo, Carla se inclina a observarlo.

—Es bellissimo —murmura.

Y luego, ante los ojos horrorizados de Mauro, cierra la cajita y rehace el paquete. Al final, este vuelve a ser idéntico a como era.

—Gracias.

Hace una brevísima pausa.

—Pero no lo acepto.

Mauro se queda atónito. Se pregunta por qué Carla lo está tratando así. ¿Ha cometido un error? Y si es así, ¿cuál? No consigue darse una explicación inmediata, y las palabras que se le ocurren son, desde luego, las menos indicadas para aquel momento.

—¿Y ahora qué hago con él?

—Lo que quieras. Devuélvelo. Les dices que a la persona a la que se lo querías regalar no le ha gustado. Y, si no quieren reembolsarte el dinero que has gastado, compra algo para tu mujer —responde Carla mientras sirve en su vaso las últimas gotas de *whisky* que restan en la botella. Parece nerviosa.

Se levanta, deja el vaso sobre la mesa, coge el de Mauro.

—Allí aún hay un poco. Te lo voy a buscar.

Va, vuelve con el vaso medio lleno, se lo ofrece a Mauro. Beben separados, él en el diván, ella en un sillón.

Quien rompe el pesado silencio es Mauro. No puede evitarlo, ha nacido así, siempre debe obtener respuestas racionales a las preguntas que plantea o que se hace.

—Creo que me merezco una explicación.

La prontitud de Carla es un claro signo de que esperaba esa solicitud.

—Sí, es justo. ¿Te puedo preguntar algo?

—Lo que quieras.

—Reflexiona bien antes de responder. ¿Qué representa para ti este regalo? Me explico mejor: ¿pretendía ser un agradecimiento y basta, o una propuesta de que sigamos viéndonos?

Mauro no necesita reflexionar.

—Cuando lo compré quería que fuese un pequeño gesto de gratitud, un agradecimiento, si quieres, pero ahora que, además, sé que durante tres días no podré verte, representa más que nunca una propuesta de que... sigamos viéndonos, como dices tú.

—Por fin lo entiendo. Dicho en otros términos, tú quieres tener un rollo conmigo.

Mauro se siente en el deber de corregirla. También porque ciertas expresiones de uso corriente le producen un fastidio casi físico.

—No un rollo, sino una... relación —precisa.

La carcajada de Carla prorrumpe tan fragorosa como inesperada. Mauro se asombra y se irrita. ¿Es posible que no acierte ni una?

—¿Qué te hace tanta gracia?

La carcajada de Carla no se interrumpe.

—¡Una relación! —repite.

De pronto, deja de reír tal y como ha comenzado. Mira a Mauro a los ojos, muy seria.

—¿Una relación que mantener en secreto como el informe que estás escribiendo?

Mauro no sabe qué responder. E, incluso si lo supiera, no podría.

Un cansancio repentino y pesado lo está arrastrando a un remolino gris en cuyo interior las horas, los minutos y los segundos de aquel largo día y las palabras dichas y escuchadas y los gestos hechos o vistos, todo se va transformando en una materia viscosa y densa que le impide cualquier movimiento. La cabeza le da vueltas. Apenas consigue sostener el vaso en la mano. Echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos.

Carla se sienta a su lado. Le quita el vaso. Más que hablar, parece acunarlo, susurrando. Pero a Mauro sólo le llega, desde muy lejos, el sonido de las palabras, no su sentido.

—Te pido perdón..., perdón por esa estúpida carcajada de hace un momento... Mira..., yo no soy alguien que... destroce familias, eso es... Tú tienes a tu mujer y a tu hijo..., abrázalos... Nuestra historia durará lo que deba durar... Tendrá sus altibajos..., luego uno de nosotros se cansará..., es inevitable... Pero ahora no pensemos en ello... Descansa un poco aquí..., luego..., cuando quieras..., me coges de la mano..., me llevas al dormitorio... y nos quedamos juntos larga... largamente..., hasta el amanecer... si quieres...

Abre de golpe los ojos con una desagradable sensación de pánico y el impulso de huir enseguida de aquel lugar, cualquiera que fuese. Sin embargo, su cuerpo no responde, es como si aún estuviera dormido.

Comprende que está acostado en una cama, lleva los pantalones de un pijama, que por la tela y las arrugas sabe que es suyo. Pero no reconoce el techo de ese cuarto. Está oscuro y quieto, mientras que él siempre deja las persianas medio abiertas y la luz de la calle proyecta en lo alto un continuo y caleidoscópico claroscuro.

Puede ser que él mismo haya cerrado las persianas sin darse cuenta. Pero ¿qué hora es?

Intenta levantar la cabeza de la almohada, pero suelta un alarido de dolor y la baja de nuevo.

A aquel amago de movimiento le ha correspondido inmediatamente un mazazo en la sien izquierda seguido por un segundo golpe en la otra sien, y un instante después las dos mazas se han puesto a martillear al mismo tiempo.

Y ahora no sólo toda la cabeza le hace un daño atroz, sino que le parece que también el cerebro vibra bajo aquellos golpes y dolores.

Está aterrorizado, bañado de un sudor acidulado. Siempre ha gozado de una salud impecable, alguna ligera gripe, eso sí, aunque pasada en el sillón y nunca en la cama, en la cama hay que estar solamente lo indispensable, para dormir o hacer el amor, demorarse en ella es una blasfemia.

¿Qué le ha sucedido? ¿Qué ha hecho?

No recuerda nada, su memoria está negra como el techo, es más, peor, es como una pizarra negra cuidadosamente borrada. Esforzarse por recordar, además, hace que

aumente mucho el martilleo en las sienas.

No puede más que permanecer boca arriba, sin mover un músculo. Y gemir.

Desde la calle le llega, amortiguado, un sonido insistente.

Al principio no entiende qué es, al final lo distingue claramente: es la bocina de un coche.

¡No consigue moverse, pero al menos puede escuchar!

Ese es el ruido de un autobús, ese otro de un ciclomotor... Hay tráfico.

¡Entonces es pleno día!

Y él, ¿cuánto lleva enfermo en esa cama? ¿Horas, días, meses, años? Ha perdido el sentido del tiempo. Quizá le haya atacado un mal contagioso y lo hayan puesto en aislamiento. ¿O quizá el suyo es el despertar de un largo coma? Entonces, ¿está en una habitación de hospital? En general, en ellos se estanca el olor dulzón de los medicamentos... Huele: aire viciado y sudor, nada más.

Él debe reaccionar, debe saber, cueste lo que cueste. Habrá seres humanos en las cercanías. Pero comprende que tiene la boca demasiado seca.

Trata de humedecerla recogiendo toda la saliva que puede y grita:

—¡Socorro!

Le ha salido una especie de graznido ronco que nadie puede haber oído, y para ello ha tenido que pagar el precio de una punzada lancinante justo dentro del cerebro.

Ahora, sobre su cara el sudor corre con las lágrimas.

Un golpe fuerte, a poca distancia. ¿Qué ha sido? Ah, sí, una ventana que el viento debe de haber sacudido. Y ahora un repiqueteo que se acerca. ¡Son pasos! Pasos de una mujer que...

La luz de la puerta que se abre es una cuchilla que le corta las pupilas. Con el rabillo del ojo vislumbra a Zinaida, que, rápida, va a la ventana, la abre, aparta las persianas, luego se da la vuelta, lo ve, se queda paralizada, con la boca abierta por el estupor.

—¡Oh, no sabía señor estar aquí!

«Entonces son las nueve de la mañana», piensa Mauro.

Zinaida, entretanto, se ha dado cuenta del estado de Mauro. Se acerca a la cama.

—¿Señor estar mal?

—Sí.

Basta aquella sílaba para transformar a Zinaida en una solícita dama de la Cruz Roja. Apoya una mano sobre la frente de Mauro.

—Fiebre poco poco.

Ahora Mauro está sumergido en oleadas de náuseas. Pero no quiere quedarse en la cama.

—Ayúdame..., debo levantarme.

Se esfuerza por mover las piernas. Se mantienen pegadas a la sábana. Zinaida pasa a la iniciativa. Coge a Mauro por los tobillos, consigue arrastrarlo hasta el borde de la cama y luego lo sienta levantándolo por los hombros.

Un chorro de vómito salta de la boca de Mauro.

—Señor no preocupar.

Desaparece, reaparece con una palangana, sujeta la frente de Mauro, que sigue vomitando en el suelo, en la cama, en los pantalones del pijama. Mauro, agotado, vuelve a caer hacia atrás, con los ojos cerrados. Intuye, por el ruido, que la mujer está limpiando el suelo. Después advierte las manos de Zinaida, que le levantan primero un costado y luego el otro. No comprende qué pretende hacer y tampoco le importa demasiado.

Inmediatamente después, una esponja empapada de agua tibia lo masajea delicadamente desde la frente hasta la punta de los pies. ¡Entonces lo ha desnudado! Pero la reparadora sensación que experimenta tiene las de ganar sobre el sentimiento de pudor. También cuando Zinaida lo ayuda a ponerse panza abajo para lavarle la espalda.

Zinaida le ha puesto un pijama recién lavado, pero no ha podido convencerlo de que volviera a la cama.

También porque comienza a sentirse mejor, el latido en las sienes es soportable, las náuseas han desaparecido. Zinaida ha encontrado un termómetro y lo ha obligado a tomarse la temperatura amenazando con llamar a Mutti. Sólo tiene unas décimas.

Está sentado en el sillón del despacho y ni por un instante deja de hacerse preguntas. Puesto que le abarrotan el cerebro procurándole una fastidiosa confusión, y considerando que su memoria es aún una pizarra negra, da prioridad a las más importantes. Ante todo quiere saber qué puede haberle ocurrido, qué tipo de indisposición lo ha golpeado tan duramente.

Llama al marido de una amiga de Mutti, Mario Remini, que es un ilustre cirujano cardíaco. Remini puede concederle tres minutos de escucha.

Mauro le describe todos los detalles.

—¿Calambres y diarrea?

—No, sólo náuseas y muchos vómitos. Tengo 37,2 de fiebre. El dolor de cabeza ahora es soportable.

Remini formula una sola hipótesis:

—Quizá sea una ligera intoxicación alimentaria. Ayer por la tarde, ¿qué comiste?

—No lo recuerdo.

—¿¡No lo recuerdas!?! ¡Entonces te has emborrachado!

—Sinceramente no...

—¿Y por una vulgar borrachera me tocas las pelotas? Oye, quédate acostado y sobre todo bebe muchísima agua. Adiós.

En cuanto ha colgado le viene a la cabeza un ramalazo de memoria.

Ve como si se proyectara ante sus ojos un plato del que desborda una *pizza*. Una *pizza* caprichosa, esa con huevo duro en rebanadas, setas, jamón... Quizá el huevo no

estaba bien...

Pero ¿estaba solo o en compañía? El ramalazo de memoria no se repite. La pizarra sigue estando negra. De todos modos, bien o mal, ha tenido una primera respuesta. Sin embargo, es tan marginal que se cierra en sí misma. Necesita un punto de vista preciso, pormenorizado, para poder producir algún otro rasgón en la pizarra negra... ¡Pero sí que existe! Llama a Zinaida.

—¿Dónde está la ropa que llevaba ayer por la tarde?

—Mismo sitio. Sobre silla cerca baño.

—Tráemela, con silla y todo.

La americana, la camisa, la corbata y los pantalones están dispuestos como siempre los pone al desvestirse, no hay nada fuera de lugar, sólo que no recuerda haberlo hecho. Coge la chaqueta, la comprueba, no falta nada, las gafas en el bolsillo, la cartera en el bolsillo interior derecho, el móvil en el más pequeño, a la izquierda. Abre la cartera, echa un vistazo. No le parece que falte nada. En los bolsillos de los pantalones, pañuelo, llaves y calderilla.

Está desilusionado, esperaba encontrar algo extraño que sirviera para proporcionarle algún indicio...

—Preparado caldito ligero para señor.

—Gracias, pero no tengo apetito.

—Caldito hace bien. Señor prueba, si gusta, come, si no, no.

Se rinde dócilmente.

—Está bien, voy dentro de cinco minutos.

¡No puede sentarse a la mesa en pijama! Nunca lo ha hecho y nunca lo hará.

Pero le fallan las piernas, no se siente con ánimos de caminar hasta el baño. Se pondrá el traje del día anterior, lo tiene al alcance de la mano. Llama a Zinaida y le dice que vaya a buscarle ropa interior limpia, un par de calcetines, una camisa y los zapatos. Se viste en el despacho, luego, siempre sentado, coge los pantalones y, sosteniéndolos por el cinturón, pliega el busto hacia delante para ponérselos. Y aquí le ocurre algo inexplicable. Sus piernas permanecen extendidas e insensibles, como si se negaran a entrar en aquellos pantalones. No sólo esto, sino que un espasmo de repulsión recorre todo su ser, como si entre las manos no tuviera una tela, sino una materia descompuesta, podrida.

Esforzándose por vencer el disgusto, levanta los pantalones, los escruta y luego los huele. Ningún signo ni olor particular. Pero, entonces, ¿por qué? ¡Basta! ¡Ya está bien de preguntas!

—Zinaida, tráeme otro traje y este de la silla mándalo a la lavandería.

Para satisfacción de Zinaida, Mauro traga el caldito con evidente placer. También se come una pera. Cuando ha terminado, vuelve al despacho. Evita poner la mirada en los ordenadores apagados. Lo hacen sentir culpable, ha perdido una mañana preciosa.

Se promete recuperar el tiempo desperdiciado comenzando de inmediato. Entregará el informe en el plazo previsto, está seguro. Antes es mejor llamar a Mutti. Pero ella no está de buen humor:

—¿Te parece posible? ¡Desde ayer que no tengo noticias tuyas!

—Mutti, como he tratado de explicarte, mis superiores...

—¡Al cuerno tus superiores! ¡Yo soy tu mujer!

El rapapolvo dura cinco minutos. Luego Mutti se calma.

—¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Y tú? ¿Y Stefano?

Otros cinco minutos de armonía y finalmente Mauro se sienta delante del ordenador. Para refrescarse la memoria, comienza por releer las páginas ya escritas del informe y desde las primeras líneas se complace consigo mismo. Lo recuerda todo y tiene clarísima la línea de desarrollo que debe seguir. Suspira aliviado. Mantendrá el compromiso y Cosentino y sus socios deberán poner al mal tiempo buena cara. Sonríe, se asombra de haber sido capaz de hacer un jueguito de palabras. Se quita la americana y se zambulle en el trabajo.

A las tres, Zinaida entra para despedirse, le ha preparado una cenita fácil de digerir, está en la nevera, bastará con recalentarla. Mauro la sigue porque quiere cerrar la puerta con pestillo.

En la mesita del recibidor hay un paquete elegante, envuelto con esmero. Mauro lo ve y se queda de piedra.

—Quién... quién... —balbucea.

—No sé, señor. Estaba aquí cuando llegado —dice Zinaida mientras sale.

Es un instante. La pizarra negra se divide en dos y una parte explota sin sonido, haciéndose añicos.

—¡Carla! —grita.

¿Cómo ha podido borrarla de su mente, de su cuerpo, aunque sea durante algunas horas? Lo que le ha sucedido debe de haber sido mucho más serio que una simple intoxicación.

Coge el paquete, lo lleva consigo al despacho. El trayecto es brevísimo, pero suficiente para recordar con nitidez los acontecimientos de la tarde anterior, la rápida cena de tres, los comentarios de Rizzi, la discusión con Carla por el brazalete, su repentino y profundo cansancio, Carla que le habla y... ¿y luego?

¿Y luego? La parte que aún sigue intacta de la pizarra negra le impide avanzar. Puede ser que el cansancio haya sido un síntoma del malestar y que Carla, al ver que estaba cada vez peor, haya decidido acompañarlo a casa y meterlo en la cama, haciéndose ayudar por el taxista-policía enviado por Rizzi...

Sí, debe de haber sido así. Pero hay algo que no cuadra.

¿Por qué Carla aún no le ha telefoneado, y ya son las tres y media, para saber cómo está? Este silencio lo inquieta, no es típico de ella. Aunque esté ocupadísima, habría podido encontrar tiempo para una llamada. A menos que... El pensamiento lo espanta... También las otras *pizzas* tenían huevos duros y setas...

Dios santísimo, quizá también Carla se ha sentido mal..., quizá yace en una cama de hospital y no tiene el móvil...

Debe saberlo, absolutamente. La llama. La habitual voz grabada le comunica que el teléfono está apagado o fuera de cobertura.

Una sombría desazón asalta a Mauro, para él aquella frase significa que Carla no puede responder. Mas no se rinde. Debe localizarla. Pero ¿dónde? ¿Y cómo?

Es precisamente en este punto cuando Mauro se abandona en el sillón, perplejo. ¿Qué sabe él de Carla? El apellido, que ahora no le viene a la memoria, que sus padres viven en Viterbo, que trabaja como acompañante en una agencia... Nada más. Nunca le ha dicho dónde vive, el nombre de la agencia... Intuye que se halla en un callejón sin salida. Es inútil buscar en internet todas las agencias romanas que ofrecen acompañantes y consultarlas una tras otra. Sería una pérdida de tiempo y, aunque por un golpe de suerte encontrara la correcta, seguro que Maurizio ha hecho todo lo posible para truncar de inmediato el contacto.

No, este no es el movimiento correcto. ¿Hay otro? Delante de sí tiene un desierto.

Está a punto de caer en el desconsuelo cuando recuerda que la tarde anterior Rizzi le dio su tarjeta de visita y él se la puso en el bolsillo. Pero cuando ha registrado la americana la tarjeta no estaba. Quizá se haya caído cuando lo han devuelto a casa, inconsciente... ¡Pero hay un remedio!

Llama a la centralita de la Jefatura de Roma. Desde luego, Rizzi debe de conocer la dirección de Carla, ¡han estado prometidos durante años!

—Soy el doctor Assante, quisiera hablar con el subcomisario Paolo Rizzi.

—Espere en línea.

Pasa un buen rato, Mauro tiembla de impaciencia.

—Por favor, ¿quiere repetir nombre y apellido de la persona a la que solicita?

¿Son distraídos o sordos?

—Rizzi. Paolo Rizzi. Subcomisario.

El telefonista vuelve a sumirse en el silencio. Después de algunos minutos da señales de vida.

—¿Usted sabe si trabaja aquí o está de paso?

—¡Trabaja ahí, ahí, ahí!

—Cálmese y espere en línea.

Por último, interviene una voz distinta y definitiva.

—Lo lamento, no hay ningún Paolo Rizzi trabajando en la Jefatura de Roma.

¿Desatinan? ¿Cómo es posible, si Rizzi incluso le ha procurado un agente, el falso taxista? La única respuesta lógica es que Rizzi está trabajando en una misión delicada y que está de incógnito.

Pero siente que está peligrosamente cerca del punto de ruptura.

Si no tiene noticias de Carla, va a enloquecer.

No hay más que una solución. Romper la clausura enfrentándose a riesgos y consecuencias.

—¡Que se vayan todos al diablo!

Mira el reloj: las cuatro y media. Se pone la corbata, llama un taxi, baja a la carrera la escalera. Veinte minutos después está en Via De Concini.

—¿Puede esperarme?

—Si quiere...

—Le daré lo que me pida.

—Está bien.

¿Cuál es el apellido de la amiga de Carla? El nerviosismo que lo invade ha hecho que se le olvide. Ah, eso es, Liberti. Aprieta el botón del interfono. Ninguna respuesta. Vuelve a intentarlo, presionando durante más tiempo. Nada. Carla no está allí y él no sabe dónde localizarla, ¡seguro que está en el hospital! No, no se moverá de aquel portal si antes... Un momento. Podría preguntarle a la señora Caserta el número de Liberti. Llama por el portero automático.

—¿Quién es?

—Señora, soy Assante, nos conocimos ayer por la tarde, usted amablemente esperó con el portal abierto a que entrara... ¿Recuerda?

—Ah, sí. ¿Qué quiere?

—¿Puedo robarle cinco minutos?

—Suba.

La señora Caserta lo hace sentarse en un salón que huele a moho. Se muestra hospitalaria, pero sobre todo está contenta de tener a alguien con quien hablar y acaso cotillear. Mauro empieza resuelto, no tiene un segundo que perder:

—Señora, ¿tiene noticias de Carla?

—¿De Liberti, quiere decir? ¿Por qué me lo pregunta? ¿No estuvo con Liberti ayer por la tarde?

La señora está cayendo en un equívoco que Mauro quiere aclarar.

—Perdone, le explico cómo están las cosas. Liberti está fuera de Roma desde hace tiempo y ha dejado las llaves del apartamento y del coche a su amiga Carla, que, en cambio, se llama...

—¿Qué historia es esa? —lo interrumpe la señora—. La muchacha a la que he alquilado el apartamento durante quince días me ha dicho que se llamaba Carla Liberti. ¡Incluso me ha pedido que pusiera su nombre en el interfono!

Mauro está convencido de que no ha entendido bien.

—¿Por cuánto tiempo ha alquilado Carla el apartamento?

—Se lo acabo de decir, sólo por quince días. Pero el contrato lo ha firmado su primo.

Mauro está confundido, desconcertado. ¿Por qué Carla se ha hecho llamar Liberti? ¿Por qué le ha dicho que el apartamento era de una amiga? ¿Por qué lo ha alquilado sólo por dos semanas? ¿De dónde sale este primo? La cabeza comienza a darle vueltas.

—Naturalmente, me han pagado lo mismo —dice la señora.

¿De qué habla? ¿Qué quiere decir?

—¿Qué significa lo mismo?

La señora Caserta lo mira, asombrada. Ese hombre es lento de mente o está mal.

—Que lo han usado durante diez días, pero me han pagado quince, de acuerdo con el contrato.

Mauro está tan rígido y tenso que a las palabras de la señora les cuesta penetrar en sus oídos. Y, cuando le llegan, tiene dificultades para entenderlas.

—Por tanto..., Carla...

No logra concluir la frase.

—Sí. Ya no vive aquí abajo.

Ya no vive abajo. Se ha ido. Ha desaparecido. Sin avisarle. Una llamada brevísima, una línea, nada. Se ha esfumado sin dejar rastro. ¿O sin querer dejarlo? Entonces, la palabra más adecuada sería: huido. Huido de él. Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Aunque no la he visto marcharse —precisa la señora.

—Entonces..., ¿cómo es que...?

—Porque esta mañana a las ocho ha venido a verme el primo y me ha dicho que el apartamento estaba libre porque ellos habían hecho todo lo que debían hacer.

—Un momento. ¿Me repite, por favor, lo que acaba de decir?

—Esta mañana el primo me ha dicho que el apartamento estaba libre porque ellos

habían hecho todo lo que debían hacer —repite con aire vagamente irritado.

*Habían hecho todo lo que debían hacer. Ellos.*

Ellos, ¿quiénes? No le hace falta formular la pregunta para que algo parecido a una violenta ráfaga de viento le barra angustia e inquietud, duda y perplejidad, estupor y temblor.

Ahora Mauro sabe.

Y, ahora que sabe, vuelve a estar perfectamente calmado y lúcido.

El dolor, el disgusto y el desprecio llegarán después, si llegan.

Mientras tanto la señora Caserta ha continuado con su monólogo.

—... Bajé con él para comprobar el estado. ¿Sabe?, hay gente que me lo deja como una pocilga, escriben en las paredes, destrozan lámparas... Lo he encontrado todo en orden, aunque habían roto tres vasos y un plato. Además, había una fea quemadura de cigarrillo en el diván. Nos pusimos de acuerdo y él sacó la cartera y pagó los daños.

Hace una breve pausa y continúa:

—¿Sabe una cosa? Cuando cogió la cartera, se le cayó el documento de identidad, pero no se dio cuenta y tampoco yo. Lo encontré más tarde, cuando bajé de nuevo. Lo tengo por ahí y mañana tendré que tomarme la molestia de enviárselo.

Mauro coge la pelota al vuelo.

—Si quiere, puedo ocuparme yo.

—¡Oh, gracias! ¡Me haría un gran favor!

Va y regresa con un documento de identidad maltrecho. Mauro se lo mete en el bolsillo sin abrirlo.

Ya ha intuido de quién es el carnet. Se levanta, le da las gracias ceremoniosamente a la señora Caserta.

Más tarde, en el taxi que lo devuelve a casa, se decide a cogerlo y abrirlo, sin ninguna curiosidad, sólo para comprobar.

MARIO DOMINICI  
VIA CASSANDRO, 27  
ROMA

Se ha quedado prácticamente inmóvil durante dos horas seguidas en el sillón del despacho. Han llamado a la puerta, pero no ha ido a abrir. El teléfono ha sonado, pero no ha respondido. Y en todo este tiempo ha conseguido mantener alejado de sí cualquier sentimiento, sólo ha sido una máquina de pensar.

Ha examinado todas las vicisitudes con distanciamiento, como si no las hubiera vivido él, sin otro fin que una objetiva y pormenorizada relación de los hechos, como para responder a todas las preguntas y no dejar ningún punto oscuro.

En resumen: se trataba de crear un restringidísimo grupo de trabajo para destruir, no físicamente, y en pocos días, a un hombre. ¿Qué tipo de hombre? Se recoge toda la información posible sobre él. Pero no es suficiente para Carla, la joven directora de

toda la operación; ella quiere conocer en persona a aquel hombre, le bastará un vistazo para valorarlo. Así inventa la historia de la acompañante que se habría equivocado de dirección. La valoración de Carla es perfecta. Aquel hombre está enamorado de su mujer, adora a su hijo, no tiene vicios ni debilidades, no tiene amantes, es poco proclive a las amistades, es un funcionario modelo, ordenado, preciso, lo imprevisto y lo inexplicable le chocan porque en él la razón es dominante, se halla a disgusto en sociedad, es un poco «patoso». Este retrato impulsa a Carla a formular un plan que ponga a dura prueba la confianza que aquel hombre tiene en la razón. Para hacerlo se servirá de tres sicarios. El plan prevé que Carla y aquel hombre se encuentren por casualidad una segunda vez. Este segundo encuentro es el punto más delicado de toda la partida. Porque es allí donde Carla debe ganarse la amistad de aquel hombre y transformarla a continuación en una total confianza. Si tal cosa ocurriera, Carla podría no sólo conocer con antelación las acciones de aquel hombre, sino sobre todo intervenir rápidamente modificándolas y guiándolas.

El plan de Carla tiene un éxito total. Hasta el punto de permitirle el lujo de revelar, como si fueran una intuición suya, algunos juegucitos en apariencia ilógicos puestos en práctica por sus sicarios.

El resto es conocido.

O mejor: casi del todo conocido.

Falta el final.

Por explícita declaración del sedicente Dominici, el apartamento de Via De Concini ha sido liberado porque habían hecho todo lo que debían hacer.

En otras palabras, consideran concluida su tarea.

Salvo que el hombre al que aniquilar está agotado, al límite de la resistencia, exhausto, herido de muerte, todo lo que se quiera, pero aún no lo han destruido.

Esto simplemente significa que la flecha mortal ha sido lanzada, aunque todavía no ha alcanzado el blanco.

Ya nada la podrá detener.

El sonido del teléfono, fuerte e imprevisto, lo espanta como si fuera una ráfaga de metralleta. Responde sólo para cortarlo.

—Mauro...

—¿Quién habla?

—Soy Marasco. ¿No reconoces mi voz? ¿El encierro te ha hecho este efecto?

—No, es que estaba metido en el informe y...

—¿Te ha llamado alguien de la oficina hoy?

—Nadie.

—¿Seguro seguro?

Mauro se impacienta.

—Nadie para mí quiere decir nadie. Pero ¿por qué habrían debido llamarme?

—No es que habrían debido..., he supuesto que quizá lo habrían hecho.

—¿Por qué?

—No lo sé. Aquí, hacia las seis, se ha montado un poco de follón. Una gran confabulación de los jefes, reuniones suspendidas, citas aplazadas... Luego se han encerrado en un despacho y aún están allí discutiendo, desde hace tres horas. Es la primera vez en mi vida que no consigo saber nada. Bien, adiós.

Mauro se pone a dar vueltas por la casa, encendiendo la luz en todas las habitaciones para sentirse menos solo. ¡Dios, qué desesperada necesidad tiene de Mutti! Va al dormitorio, abre el armario. Mutti ha dejado poca ropa, ha partido con unos maletones enormes. Cierra y se dirige al baño. Aquí encuentra un viejo albornoz de ella. Zambulle en él el rostro, aspirando. Sí, hay un vago perfume de su piel. Lo coge y lo va a depositar sobre la cama.

Suena el teléfono, corre a responder.

—Soy Biraghi.

—Buenas tardes, doctor. Dígame.

—Mañana por la mañana, a las siete y media, Cosentino y yo iremos a su casa. Es nuestro deseo que nadie más esté presente y que tampoco su mujer sepa de esta visita. ¿Está claro?

Y cuelga sin ni siquiera despedirse.

La flecha mortal debe de haber alcanzado el blanco.

Los jefes lo han discutido sobradamente y al fin han tomado una decisión irrevocable, Cosentino y Biraghi serán los responsables de comunicársela a Mauro. Permanece calmado y lúcido, su destino ya está sentenciado, es necia y vana cualquier rebelión. Sólo tiene curiosidad por conocer cuál es el veneno del que está bañada la punta de la flecha. Carla es demasiado inteligente para comprometerlo con historias banales de corrupción, sobornos, regalos costosos o vacaciones de lujo. No, habrá pensado en algo singular. Y despiadado.

Advierte que, a pesar de todo, su cuerpo reclama algo de comer. Tiene razón, el caldito y la pera del mediodía son un pálido recuerdo. Por lo demás, ¿a los condenados a muerte no se les concede una última y abundante comida?

Decide dejar en la nevera la cena preparada por Zinaida e ir a comer fuera.

Se pone la americana, se anuda la corbata y se dirige hacia el restaurante que hay cerca de casa. La brisa marina ha refrescado el aire, se camina a gusto. Se concede una cena a base de platos nunca antes probados. Entrantes mixtos («si me como el plato entero, se me pasará el apetito»), espaguetis con anchoas, aceitunas, alcaparras y tomates, cola de buey estofada. El camarero que lo atiende desde hace años de vez en cuando le lanza una mirada extrañada. Encima se bebe media botella de un tinto fuerte.

Cuando sale, tiene la necesidad de dar un paseo. Se siente demasiado pesado.

Deambula durante una hora, con la cabeza curiosamente vacía de pensamientos. En el camino de regreso, un ciclomotor, lanzado a toda velocidad, al llegar casi a su altura, derrapa, se abate contra el asfalto y, arrastrándose, sube a la acera y roza la pierna de Mauro con el manillar. El hombre que lo conducía, entretanto, después de quitarse el casco y de levantarse del suelo, se dirige hacia el ciclomotor.

—¿Te parece que esa es forma de conducir? —lo reprende Mauro cuando lo ve pasar por delante de él.

El otro se detiene, luego se le acerca, lo mira, amenazante, y gruñe:

—Pero ¿qué coño quieres, capullo?

La respuesta es inmediata e inesperada, tanto para quien la da como para quien la recibe.

Fulminante, Mauro propina un violento puñetazo en la cara del hombre.

Que retrocede tambaleándose, con las manos en el rostro y la sangre brotándole de la nariz.

Mauro se aproxima a él y le da un fuerte puntapié en el bajo vientre.

El hombre se dobla en dos y cae al suelo, gimiendo. Mauro se aleja lentamente. Para él se trata de una experiencia nueva. Ni siquiera de pequeño había querido pegarse con sus compañeros de escuela. Siente una curiosa satisfacción. Piensa en Mutti. Quizá el oso nunca se ha domesticado y ahora sus instintos se están

despertando.

Aquella noche sólo debe reposar, nada de duermevelas que dejan paso a los pensamientos y los sentimientos. Se da un baño caliente, se bebe una tisana de esas que sirven para conciliar el sueño, engulle dos somníferos. Se acuesta abrazado al albornoz de Mutti. Espera que el calor de su cuerpo libere el olor de ella. Pone el despertador a las seis.

Al día siguiente, por la mañana, cuando abre los ojos, se siente sereno y lúcido. Todo ha ido como esperaba. Y se da cuenta de que no siente ansiedad ni temor por la inminente llegada de Cosentino y Biraghi.

Estos dos se presentan puntuales. Mauro los invita a sentarse en su despacho. Biraghi lleva consigo un portafolios. Cosentino, que tiene el cargo más alto, es quien toma la palabra:

—Por desgracia, doctor Assante, ayer por la tarde se creó una situación inesperada, pero sobre todo muy grave y embarazosa, que ha vuelto a ponerlo todo en discusión.

—¿Puedo saber qué ha sucedido? —pregunta Mauro.

Los dos intercambian un rápido vistazo.

—¿Ni siquiera lo supone o se lo imagina? —pregunta Biraghi.

—No.

—Al doctor Biraghi —explica Cosentino— le ha llegado un sobre con unas fotos y una nota en la que estaba escrito: «Tenemos también la película. Decidid vosotros, de otro modo decidiremos nosotros». Un vulgar chantaje.

—Al que, por desgracia, deberemos someternos —añade Biraghi.

—Porque esas fotos —precisa Cosentino— constituyen ya de por sí una condena irrevocable.

—Pero ¿qué se ve en ellas? —pregunta Mauro.

—Oiga —responde Cosentino—. Le hablaré con brutal franqueza. Usted no sólo dejará de ocuparse de la Banca Santamaria, sino que desde ayer por la tarde está fuera de nuestro instituto, ya no forma parte de él. Todos somos de la opinión de que dimita por motivos de salud. Luego hemos afrontado otro delicado problema que planteaban esas fotos. Ellas documentaban un delito y nuestro deber habría sido entregarlas al magistrado. Al fin hemos decidido no hacerlo por dos motivos. El primero, la repercusión negativa que la denuncia habría tenido para nuestro instituto. El segundo, óigame bien, es que estamos convencidos de que esas fotos lo retratan a usted, doctor Assante, mientras está bajo el efecto de alguna droga que le han hecho ingerir a escondidas.

Mauro no abre la boca. Piensa que Cosentino ha añadido la tesela que faltaba en

el mosaico. ¡Así que una intoxicación alimentaria! Carla lo ha drogado, privándolo de la voluntad y de la capacidad de reaccionar. Quería un muñeco inerte entre sus manos y lo ha tenido.

Entretanto, Biraghi ha abierto el maletín, ha extraído un sobre y lo ha depositado sobre el escritorio.

—Le dejo las fotos —dice.

Cosentino vuelve a tomar la palabra.

—Seguiré hablando con franqueza. Al no entregar esas fotos al magistrado, somos conscientes de que estamos cometiendo un delito. Creemos que nuestra actuación merece un reconocimiento de su parte. En otras palabras: nosotros le hemos ahorrado la cárcel, pero usted, junto con la carta de dimisión, debe prometer por escrito que no intentará ninguna acción de resarcimiento contra el instituto.

—No hay problema —concede Mauro.

Cosentino y Biraghi se miran, aliviados y perplejos. Seguro que no esperaban esa frialdad por parte de Mauro.

—Entonces podemos pasar a las cuestiones prácticas —dice Biraghi.

Abre el maletín, extrae un folio y se lo tiende a Mauro.

—Nosotros nos hemos encargado de redactar su dimisión. Léala y fírmela.

Mauro la firma sin leerla.

—Esta es la declaración en la que renuncia a cualquier tipo de resarcimiento.

Mauro la firma sin leerla.

—Esta es la liquidación que el instituto debe abonarle, aumentada con un bonus por el alto rendimiento que ha demostrado en los años en que ha trabajado para nosotros. Si le parece bien, firme que acepta.

Mauro ve la cifra y se queda asombrado. No se esperaba tanta generosidad. Firma.

—¿Le parece bien que la suma sea acreditada en su cuenta corriente habitual?

—Me parece perfecto.

Esa cuenta tiene dos titulares, él y Mutti.

—Ahora —interviene Cosentino— debería ser tan amable de entregarnos todo el material relacionado con la Banca Santamaria, incluso las páginas de su informe.

—¡Pero habré escrito seis o siete folios!

—No importa, dénoslos también.

Mauro saca los dos *pendrives* de los ordenadores y se los entrega.

—¿Ha informado a Marasco? —pregunta Cosentino a Biraghi.

—Sí, ayer mismo, por la tarde.

«Por tanto será Marasco quien ocupe mi puesto —piensa Mauro—. Y quizá sólo esperaba a que me echaran».

—Bien, entonces aquí no... No lo molestamos más —concluye Cosentino, levantándose.

Biraghi lo imita. Las cortesías duran cinco minutos. Luego, Mauro puede por fin

cerrar la puerta a sus espaldas.

Ahora está sentado en el despacho. No se decide a alargar la mano para coger el sobre con las fotos y mirarlas. Por más que se esfuerce, no consigue imaginar a qué abyecciones lo habrá obligado Carla después de drogarlo.

Por último, se rinde. Coge el sobre y saca la primera foto.

Él está completamente desnudo. Tiene una sonrisa idiota estampada en la cara y la mirada ausente. Detrás se entrevén una mesilla y parte del cabecero de una cama. Mauro los reconoce: son los muebles de Via De Concini. Junto a él hay un niño sonriente, de rasgos orientales, tendrá menos de diez años. Su manita derecha empuña el miembro erecto de Mauro.

Paralizado por el horror, siente que una oleada de hielo cubre su cuerpo.

Así debe de ser el hielo de la muerte, o quizá este sea peor, porque el frío insoportable lo hace temblar desde la punta de los pies hasta el último pelo. Lentamente, el hielo comienza a atenuarse y Mauro puede volver a razonar y a moverse. Guarda la foto dentro del sobre, no quiere ver las otras. Se levanta con el sobre en la mano, va a la cocina, enciende un fogón, saca las fotos sin mirarlas y las quema una a una echando las cenizas en el fregadero. Al final abre el grifo y las cenizas se van por el desagüe.

Y, durante todo este tiempo, un único pensamiento. Carla no sólo ha querido aniquilarlo, destruirlo, sino que ha querido cubrirlo de ignominia. Ha ido mucho más allá de la tarea que le habían asignado, ha puesto todo lo que ha podido de su parte y así ha convertido en personales unas vicisitudes que sólo deberían haber sido profesionales. Y, por tanto, si las cosas son así, la partida entre él y Carla aún no ha terminado. Él tiene derecho a un movimiento. ¿Cuál? Lo ha pensado en el mismo instante en que sus ojos se han posado sobre aquella horrenda foto, antes de que el hielo lo asaltase. Aquel hielo polar ha abandonado, sí, su cuerpo, pero lo ha congelado todo en él y en torno a él. Si piensa en Mutti o en Stefano, no experimenta ninguna conmoción, ya no siente la necesidad de tenerlos a su lado, una placa de hielo se ha interpuesto entre él y su familia.

Llaman, va a abrir. Es Zinaida, que llega con retraso. Pero él no la quiere dando vueltas a su alrededor.

—Zinaida, hoy no te necesito.

La muchacha está asombrada.

—Pero, señor, al menos hacer la cama...

—No, Zinaida, no hay tiempo, están a punto de llegar unas personas con las que tengo una reunión importante...

Zinaida se va de mala gana. Mauro todavía no ha vuelto al despacho cuando

llaman de nuevo. Esta vez es la baronesa.

—¡Hace un siglo que no nos vemos! No atiendo a razones: esta tarde usted viene a cenar con nosotros.

—Sin duda, baronesa.

La anciana, que no esperaba que aceptase con tanta facilidad, no acaba de creérselo.

—¿De verdad puedo contar con usted?

—Le doy mi palabra.

Total, ¿qué cuenta la palabra de un hombre abyecto?

—Entonces, le preparo el pastel de patatas que tanto le gusta.

Y se marcha satisfecha.

Salvo imprevistos, ya nadie debería molestarlo. Va al despacho y llama a Mutti. En primer lugar, la avisa de que todo lo que está a punto de decirle es confidencial, no debe saberlo nadie. En realidad, se trata de un montón de mentiras, ahora es un experto. Explica a Mutti que la indagación de la que se está ocupando ha cogido un cariz internacional. Por eso, para que la inspección se realice en el máximo secreto, han acordado con el instituto una temporal y ficticia dimisión que comprende, entre otras cosas, una espléndida liquidación. Prestará servicio, de incógnito, en una agencia financiera que tiene la sede en Londres y que lo obligará a realizar frecuentes viajes por Europa. Si durante un tiempo no pueden verse, podrán hablar tranquilamente por teléfono. Una vez que Mutti se ha tranquilizado, le pide que le pase a Stefano, lo saluda y, terminada la llamada, va al dormitorio. Coge una silla, la pone delante del armario y se sube encima de esta. Baja sosteniendo en la mano una caja de zapatos polvorienta. La deja sobre la cama, la abre.

Dentro, envuelta en un paño manchado de aceite, hay una Beretta 7,65 y una caja de cartuchos. La tiene desde los tiempos de su primer trabajo, cuando trabajaba como cajero en un banco. Sabe cómo usarla, porque para obtener el permiso de armas tuvo que frecuentar el polígono de tiro. Se asegura del buen funcionamiento de la pistola quitándole el cargador y haciendo correr varias veces adelante y atrás la corredera.

Luego escoge una maleta no demasiado grande y comienza a llenarla.

Le gustaría llevar consigo una foto de Mutti con Stefano, pero al final decide que es mejor mantenerlos lo más alejado posible de su pensamiento, de su corazón, de su vida.

Ya no tiene nada que hacer en aquella casa.

Busca en internet un hotel de mediana categoría en las afueras, encuentra uno de su gusto más allá del EUR, telefonea, reserva una habitación, advirtiéndole que llegará como muy tarde dentro de una hora.

Llama un taxi.

Sale al rellano con la maleta.

Cierra la puerta con cuatro vueltas.

Sube al taxi y le da al conductor la dirección del hotel. El taxi arranca.

Mauro no experimenta ninguna emoción, nada. Se siente un hombre solo, que camina en el desierto de un banco de hielo polar.

*Hay un señor que vaga por Roma, desde la mañana hasta que es noche cerrada. Es un cincuentón distinguido, siempre con corbata, cortés y amable. Se ve a una milla de distancia que es una persona de bien. Trabaja como comercial. Durante algún tiempo ha vivido en un hotel más allá del EUR.*

*Luego, un día, conoce por casualidad a una persona que le arregla un viejo documento de identidad. Y así, mientras se pierde el rastro del doctor Mauro Assante, el contable Mario Dominici, también comercial, se aloja en una habitación de un hotel en el centro de Roma. También el contable Dominici va por la ciudad, a bordo de un utilitario, desde la mañana hasta que es noche cerrada.*

*Tiene la certeza de que antes o después encontrará a una muchacha muy guapa y elegante. Se llama Carla, quizá. Porque está seguro de que Roma es una ciudad demasiado pequeña para esconder una belleza como la suya.*

*El contable Dominici, en cuanto la tenga delante, sacará la pistola, le disparará y la matará. Espera tener tiempo de depositar sobre su cuerpo el documento de identidad y un paquete lujosamente envuelto.*

*Que la muchacha, esta vez, no podrá rechazar.*

## **Nota**

Esta es una novela totalmente inventada por mí. Pero todas las invenciones se basan en los datos de lo real y esto podría hacer nacer en algún lector la sospecha de que mis personajes y las situaciones en que se encuentran pueden corresponderse con personas y hechos reales. Nada más equivocado y desorientador. Mi libro es una invención novelesca y como tal debe leerse.

Deseo, por último, agradecer a mi amigo Franco por las preciosas aclaraciones que amablemente me ha proporcionado.

A. C.



ANDREA CAMILLERI nace en Porto Empedocle (Agrigento) el 6 de setiembre de 1925. Entre 1939 y 1943 Camilleri estudia en el Liceo clásico Empedocle di Agrigento donde obtiene, en la segunda mitad de 1943, el título. En 1944 se inscribe en la facultad de Letras, no continúa los estudios, sino que comienza a publicar cuentos y poesías. Se inscribe también en el Partido Comunista Italiano. Entre 1948 y 1950 estudia Dirección en la Academia de Arte Dramático Silvio d'Amico y comienza a trabajar como director y libretista. En estos años publica cuentos y poesías, ganando el «Premio St. Vincent».

En 1954 Camilleri participa con éxito a un concurso para ser funcionario en la RAI, pero no fue empleado por su condición de comunista. Sin embargo, entrará a la RAI algunos años más tarde.

Camilleri se casa en 1957 con Rosetta Dello Siesto, con quien tendrá 3 hijas y 4 nietos.

Desde muy joven el teatro se convierte en su pasión y, con tan solo diecisiete años, dirige su primera obra de teatro. Desde entonces, ha puesto en escena más de cien títulos, muchos de los cuales de Pirandello, como *Así es (si así os parece)* [*Così è (se vi pare)*] en 1958, *Pero no es una cosa seria (Ma non è una cosa seria)* en 1964 y *El juego de las partes (Il gioco delle parti)* en 1980, por citar solo algunos.

Ha sido el primero en representar en Italia el teatro del absurdo de Beckett *Fin de partida (Finale di partita)*, en 1958, en el Teatro dei Satiri de Roma, y, luego, en la versión televisiva interpretada por Adolfo Celi y Renato Rascel; y de Adamov *Cómo*

*hemos sido* (*Come siamo stati*), en 1957; también ha dirigido obras de Ionesco, como *El nuevo inquilino* (*Il nuovo inquilino*) en 1959 y *Las sillas* (*Le sedie*) en 1976, y poesías de Maiakovski en el espectáculo «*Il trucco e l'anima*» en 1986.

Ha trabajado como autor, guionista y director de programas culturales para la radio y la televisión; también ha sido productor de algunos programas televisivos, entre los cuales, destacan un ciclo dedicado por la Rai al teatro de Eduardo y las famosas series policíacas del comisario Maigret y del teniente Sheridan. En varios momentos de su vida, ha impartido clases en el Centro Sperimentale di Cinematografia de Roma y en la Accademia Nazionale d'Arte Drammatica «Silvio D'Amico».

Sus primeras narraciones se han publicado en revistas y periódicos, como *L'Italia Socialista* y *L'Ora* de Palermo. Su primera novela, *Il corso delle cose*, es de 1967-68, pero solo se publicará diez años más tarde en la editorial Lalli. En 1980, la editorial Garzanti publica *Un filo di fumo*. Más tarde, Sellerio publica muchas de sus obras: *La strage dimenticata* (1984); *La temporada de caza* (*La stagione della caccia*) (1992), *La bolla di componenda* (1993); *La forma dell'acqua* (1994), que marca el debut del comisario Montalbano; *Il birraio di Preston* (1995), considerada su obra maestra; *La concesión del teléfono* (*La concessione del telefono*) (1999). En la editorial Sellerio también ha publicado otras novelas del ciclo de Montalbano y en la editorial Mondadori ha publicado las narraciones *Un anno con Montalbano* (1998), *Gli arancini di Montalbano* (1999) y *La paura di Montalbano* (2002), además de *La desaparición de Pató* (*La scomparsa di Patò*) (2000), su primera novela histórica.

Todos sus libros ocupan habitualmente el primer puesto en las principales listas de éxitos italianas. Andrea Camilleri es hoy el escritor más popular de Italia y uno de los autores más leídos de Europa.